



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES



TRABAJO PARA LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
QUE PRESENTA

MARCELA NOCHEBUENA VELÁZQUEZ

ASESORA DE TESIS: LUCÍA C. RIVADENEYRA

La pasión por el fútbol y la palabra. La crónica deportiva de Juan Villoro



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Juan y Lucía, por el tiempo y la disposición.

A los que amo; a los esenciales; a los maestros de la vida, locos y amorosos, por título o experiencia; a los que han caminado conmigo, sin timón y en el delirio, y a los que se fueron, por lo que quedó.

A Consuelito, recuerdo de paz.

“Penalti significa castigo. El castigo suele ser sólo para uno, para el que falla; el que acierta se cubre de gloria. Si ambos resultan castigados, entonces significa que el juego de la vida, que es el más grande, le ganó al juego del fútbol, que es el más bello”.

Rudo y cursi

Índice

Introducción.....	II
I. Esbozo general de la crónica.....	6
II. Análisis de crónicas.....	32
III. Juan Villoro entre el futbol y la palabra: diálogo desde la tribuna.....	104
Conclusiones.....	134
Fuentes consultadas.....	143

Introducción

La crónica es uno de los géneros más seductores y fértiles en el periodismo, por ser de los más libres. Es, al mismo tiempo, el terreno en el cual la literatura y el periodismo conviven de forma estrecha.

En ella, la reconstrucción de atmósferas, la descripción de personajes y la evocación de sensaciones son elementos fundamentales. Es el campo donde pueden sembrarse el resto de los géneros periodísticos, pero se cosecha uno distinto a todos ellos. El “ornitorrinco” de la prosa, la ha calificado Juan Villoro: un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete distintos que podría ser.

La crónica, dice Susana Rokter en una definición más poética que teórica, representa una épica donde el hombre es el protagonista, narrada por medio de un yo colectivo que pretende expresar la vida entera, con un sistema de representación que relaciona las distintas formas de existencia, explorando e incorporando al máximo las técnicas de la escritura.

En particular, en el ámbito de los deportes, éste es el género que, por su libertad y cercanía a la literatura, permite reflejar la pasión del aficionado y la vivacidad inherente a los eventos deportivos.

Sin embargo, en la actualidad, reporteros de diferentes medios limitan la crónica deportiva a la suma de datos técnicos, a una cronología o al relato de su propia opinión sobre un partido de fútbol, o un monólogo que, en todo caso, sólo comprenderían ellos mismos y sus colegas.

Como practicante profesional, tuve la oportunidad de editar las notas de la sección deportiva para la agencia de noticias de *El Universal*, donde pude observar los vicios mencionados. Además de evidentes errores de redacción y sintaxis, las crónicas muchas

veces carecían incluso de nombres o datos que permitieran contextualizar el suceso e identificar, por lo menos, a qué deporte se referían.

Lo anterior puede ser un indicio de que quizá la crónica deportiva y sus recursos no han sido analizados y estudiados, o bien, no se les ha dado la importancia necesaria para hacer de ese género un relato que llegue a poseer tintes literarios. Entre ese cúmulo de confusión y de un ejercicio limitado de la crónica deportiva, ha destacado el trabajo del escritor Juan Villoro.

Con regularidad, a los narradores no se les asocia con el relato del deporte, o se percibe su afición sólo como un pasatiempo. Pero la seriedad de Villoro al abordar este género es evidente en sus crónicas de fútbol. Su trabajo como cronista –de diversos temas-- ha sido reconocido y halagado con frecuencia, aunque sus textos deportivos (sobre todo de fútbol) en raras ocasiones son comentados o analizados con mayor profundidad. De hecho, muchas veces es un aspecto desconocido dentro de su labor como escritor.

Es por eso que para este trabajo de investigación, se eligió recuperar algunas de sus crónicas deportivas y profundizar en las características que Villoro les ha imprimido con su formación literaria, así como las virtudes que ha plasmado en ellas. La crónica futbolística de este autor puede convertirse en una referencia y ejemplo para aquellos que, al estudiar Ciencias de la Comunicación, desean cultivar este género o dedicarse a trabajar para las secciones deportivas.

Además, esta tesis no sólo pretende analizar los aciertos de sus textos deportivos, sino también registrar las impresiones del mismo autor acerca de la práctica de esta faceta del periodismo, su propia experiencia en los eventos que ha cubierto y los conceptos que pueda detallar respecto al género. Con esto se intenta recabar una valiosa información que podría servir para futuros estudiantes, como ejemplo de la posibilidad de hacer un trabajo diferente y atractivo en el ámbito del periodismo de deportes.

Las crónicas que han surgido de la cobertura de Villoro en varios mundiales de futbol son su trabajo más destacado en este género, por tratarse de sucesos internacionales. Así, los primeros tres textos que se eligieron para analizar serán los “partes de guerra” –como los calificó la propia revista *Proceso*— de una de estas contiendas deportivas: Alemania 2006, ya que son, además, tres crónicas que no fueron compiladas en su libro *Dios es redondo*.

A éstas se sumaron los textos “Hugo en llamas” (*Proceso*, 2008) y “Vuvuzelas” (publicada en *Reforma* durante el mundial de Sudáfrica, en junio de 2010), porque son dos variaciones del género que, sin abandonar lo deportivo, no se enfocan en un suceso, contienda o partido, sino en una persona reconocida dentro del deporte nacional y un objeto que destacó por su peculiaridad en el mundial sudafricano y que es el pretexto perfecto para delinear una crónica que, en el fondo, trata del mexicano y su relación con el silencio.

Con las cinco crónicas elegidas, esta investigación pretende dar un panorama del trabajo de Juan Villoro en este género y mostrar su versatilidad. En ellas ha sido capaz de abordar desde una justa deportiva internacional, hasta la historia de un entrenador de la Selección Nacional o la relación de un objeto como las vuvuzelas, que son parte de la pasión futbolera, con el silencio.

Recuperar y analizar estos textos será el punto de partida para esbozar un concepto general de la crónica deportiva y al mismo tiempo, encontrar las características que hacen sobresaliente la aportación de Villoro al género.

Para lograr este objetivo, la estructura más pertinente fue dividir el contenido de la presente investigación en tres capítulos: el primero, dedicado a la teoría que existe acerca de la crónica y, aunque mucho menos abundante, de la crónica deportiva; el segundo, al análisis de los relatos de Juan Villoro y uno final, que consiste en la entrevista en la que el propio autor habla de la crónica deportiva y su experiencia al internarse en el género.

Así, la fusión del análisis de sus textos y sus propias impresiones, registradas mediante el ejercicio de otro género periodístico --la entrevista--, constituirán una muestra de lo que se puede lograr cuando se unen de manera adecuada el fútbol y la palabra.

I. Esbozo general de la crónica

“...Esa realidad fugaz y en constante proceso de elaboración sólo podía captarse con un lenguaje que tuviera su mismo ritmo, su misma fugacidad, mutabilidad, inmediatez, y que al mismo tiempo expresara la potencia de los cambios con una poética igualmente inventiva, en tensión, en estado de búsqueda, continuamente insatisfecha de sí misma. Ese lenguaje encontró su nueva épica en la crónica periodística, y la convirtió, como las viejas sagas, en un campo de batalla y creación literaria sembrado de victorias y derrotas.”

Susana Rotker

1.1. Definición de crónica

Para comenzar un esbozo general de la crónica, es necesario precisar algunos aspectos fundamentales de los que parte este trabajo de análisis.

La breve visión de la crónica que se presenta aquí, si bien pretende retomar la opinión de distintos autores –muchos de ellos periodistas experimentados y reconocidos en la materia--, al mismo tiempo busca desmarcarse, al igual que las crónicas de Juan Villoro, del concepto tradicionalista de este género periodístico.

Definir a la crónica como un texto que, en orden cronológico, relata un suceso mediante la descripción detallada del ambiente en el que se desarrolló no sólo sería una explicación pobre y canónica, sino también una que ya se ha visto rebasada por el quehacer periodístico actual, en donde lo que se busca es crear un texto atractivo y novedoso para el lector, lo cual involucra muchos más elementos que una llana descripción.

Basta con echar un vistazo a cualquier publicación diaria o semanal de circulación vigente en nuestro país, para comprobar que las crónicas que hoy son publicadas y leídas no se ciñen a un rigor cronológico ni se basan sólo en la descripción.

Descubrir y delimitar esos elementos, así como el uso que Villoro hace de ellos en sus crónicas deportivas, es la finalidad primordial de este trabajo de análisis.

En la introducción a su antología de crónicas, *A ustedes les consta*, la cual recoge algunos de los mejores ejemplos de este género en diferentes etapas de la historia de México, Carlos Monsiváis lo define como la reconstrucción literaria de sucesos o figuras, un género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas.

Desde este punto, debemos resaltar el aspecto de que la crónica implica siempre una importante labor sobre la forma, un revestimiento de la información que no sólo tiene que conducir a lograr un texto que se diferencie de la nota, el reportaje o el artículo, sino a

hacerlo más atractivo para el lector, el factor y motor más importante para quien ejerce el periodismo.

“En la crónica –dice Monsiváis—el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena. Tradicionalmente –sin que esto signifique ley alguna—en la crónica ha privado la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias”.¹

Dos aspectos deben resaltarse sobre el apunte de Monsiváis.

El uso de la primera persona, que permanece como un debate en los intentos de teorización sobre la crónica. Este punto será señalado en repetidas ocasiones por otros autores y, en su momento, abordado con mayor detalle en el capítulo destinado al análisis de las crónicas de Villoro, la mayoría de las cuales tienen narraciones en primera persona.

El segundo es la supremacía –desde el punto de vista de este autor—de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias. Si bien en la crónica debe privar la forma y será ésta en mayor medida la que determine la eficacia del texto, debemos tener presente que las noticias también forman una parte importante de ella. Es más, son su punto de partida. Y cuando a ella se le agrega la denuncia, por supuesto el texto adquiere un valor más significativo.

Para Raymundo Rivapalacio, durante mucho tiempo director editorial de *El Universal*, la crónica es un género que apela a la precisión visual y la búsqueda incansable del detalle, en el que al mismo tiempo no deben olvidarse el rigor de la observación y la metodología del reporteo.

En su *Manual para un nuevo periodismo*, Rivapalacio afirma que la crónica es “una narración que engloba una forma de ver la noticia. Puede ser redactada en forma cronológica o a partir de un momento climático. Puede ser sobre un acontecimiento determinado, o bien sobre una persona”.²

Es importante destacar este enunciado, pues una de las crónicas analizadas en el segundo capítulo de esta investigación es sobre una persona y fue incluida, precisamente, para dar muestra de la versatilidad y posibilidades que ofrece el género.

“Hugo en llamas” es una crónica que versa sobre la tarea que desempeñó Hugo Sánchez como director técnico de la Selección Mexicana, y que habrá de distinguirse de un perfil, como lo apunta Rivapalacio:

¹ Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta*. Antología de la crónica en México, México, Era, 1980, p. 13

² Rivapalacio Raymundo, *Manual para un nuevo periodismo*, México, Plaza Janés, 2005, p. 167

La diferencia fundamental entre una crónica y un perfil es que la primera pretende una narración epidérmica, mientras que el segundo busca la introspección. También son muy diferentes en cuestiones metodológicas. Mientras que el perfil requiere de un largo proceso de investigación a fin de poder entrar a la mentalidad y el comportamiento del sujeto, la crónica dispone, como herramienta principal, la observación.³

El cumplimiento de esta afirmación y los elementos que utiliza Villoro para construir esta crónica de personaje serán detallados en el posterior análisis.

En su libro *La crónica*, Angélica Arreola también abunda acerca de los temas susceptibles de ser abordados en este género, asegurando que este puede ocuparse de cualquier asunto: hechos, personajes, viajes, lugares, espectáculos o instituciones, los cuales pueden ser actuales o pasajeros.

En el caso del análisis de las crónicas de Villoro, ejemplificaremos también la que se ocupa de un objeto; en este caso, de las vuvuzelas.

Al mismo tiempo, Arreola recuerda a Carlos Monsiváis cuando decía: “La crónica es vivencia de hechos actuales y al mismo tiempo registro de acciones pasadas, se cuentan gestas históricas, viejas costumbres, modas actuales; en ella tienen cabida lo popular y lo elitista”.

Como definición sintética la autora afirma que “la crónica es el texto que narra y describe cómo ocurrieron uno o varios acontecimientos, pasados o recientes, a partir de la testificación de los mismos por parte del cronista y desde su propio punto de vista”⁴.

Carlos Marín, en su *Manual de periodismo*, la describe como “la narración temporal de un acontecimiento, con frecuencia en el orden en que éste se desarrolló. Se caracteriza por transmitir, además de información, las impresiones del cronista”⁵.

Con esta afirmación, Marín introduce otro elemento polémico sobre la crónica, que tendrá que aclararse a partir del análisis: el orden cronológico. Éste no siempre tiene el carácter de obligatorio y en las crónicas de Villoro se cumple muy rara vez, pues una de las técnicas que este autor utiliza para imprimir interés a sus relatos es alterar el orden de los sucesos.

Señala también Marín que la crónica debe reproducir un determinado hecho y cómo se desarrolló. El ejemplo concreto de este aspecto lo representarán las crónicas del mundial de Alemania 2006 que, en sí mismas, forman una triada que resume el panorama antes, durante y al final de la contienda.

³ Ídem, p. 169.

⁴ Arreola Medina, Angélica, *La crónica*, México, 2001, Édere, p. 10

⁵ Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, México, 2003, Grijalbo, p. 65

Los españoles José Cantavella y José Francisco Serrano parten de la definición que describe a la crónica como “la narración directa e inmediata de un hecho noticioso con la incorporación de ciertos elementos valorativos, que siempre deben ser secundarios respecto al desarrollo objetivista del acontecimiento principal”⁶.

Sin embargo, cuestionan ese valor secundario de los elementos valorativos, y concluyen que debe existir un peso similar entre la información y la valoración. Subrayan que no existe crónica sin hecho noticioso, pero tampoco sin elementos valorativos.

“No es buena crónica, pues, aquella en la que sólo campa la información, como tampoco aquella en la que predominan los juicios propios en el análisis de una cuestión cualquiera, sea de actualidad o no”⁷.

En un capítulo titulado “Aproximación a la teoría de los géneros periodísticos”, los autores abundan en los elementos que definen a la crónica y la califican como un subgénero híbrido, que sin seguir normas fijas combina la información y la interpretación.

Esta visión será reforzada con las apreciaciones que proporciona el mismo Villoro en la introducción a su *Safari accidental*, en donde la característica de hibridismo lo lleva a nombrar a la crónica “el ornitorrinco de la prosa”.

Juan Cantavella y Francisco Serrano agregan que “la crónica es fruto de un estilo narrativo muy personal del redactor, que transmite no sólo sus conocimientos técnicos y periodísticos, sino también sus habilidades literarias o expresivas”⁸.

De acuerdo con estos autores, la misión del cronista es más describir y dar su impresión, que hacer juicios o comentar a su libre arbitrio.

“A más especialización, más interpretación y, si cabe, más opinión. Esta necesidad de especializarse es lo que provoca la continuidad de los cronistas”, agregan.

“Es precisamente esa capacidad de no limitarse a relatar de forma escueta y distante los sucesos del presente lo que le otorga una solidez y un empuje que la hace imprescindible”⁹.

Más adelante, Cantavella y Serrano hacen énfasis en la interpretación y explicación de los sucesos, y subrayan que la valoración del cronista –y no la opinión—está basada en el conocimiento profundo de las personas, países y situaciones, como es el caso de Villoro, según se verá más adelante.

⁶ Cantavella, Juan y José Francisco Serrano, coord. *Redacción para periodistas: informar e interpretar*, España, 2004, Ariel, p. 65

⁷ Ídem, p. 397

⁸ Ídem, p. 353

⁹ Ídem, p. 354

Los autores advierten sobre el peligro de caer en la opinión.

“Los juicios de valores, las interpretaciones y análisis típicos del estilo de sollicitación, es mejor que pasen poco menos que inadvertidos”¹⁰, afirman.

Así, durante el análisis de las crónicas de Villoro habrá que distinguir entre opinión o juicios de valor, e interpretación y explicación, ya que éstas últimas surgen como consecuencia natural cuando existe información, datos que la respalden y una investigación que, por sí misma, conduce a una valoración.

También recuerdan la libertad que debe acompañar al cronista, quien puede incluir conjeturas, rumores e hipótesis, pues esto es parte de la visión personal de ese autor.

Pero, aclaran, recurriendo a una cita de Álex Grijelmo: “El periodista precisará de gran habilidad para introducir los elementos interpretativos: habrá de evitar que las opiniones ligadas a ellos queden desnudas y se conviertan en frases editorializantes que se han colado de rondón en un género que no les corresponde”¹¹.

Estos autores, además, apuntan la necesidad de evitar los protagonismos, que ven en el uso de la primera persona del singular. Esto, como se mencionó antes, será un aspecto a analizar en las crónicas de Villoro.

Los textos que pertenecen a este género, dicen, “requieren alguna brillantez literaria para acercar ambientes y personajes al lector, no están limitadas por las normas de redacción y pretenden entretener tanto como informar”¹². Será parte del análisis del segundo capítulo determinar si esa brillantez se presenta con frecuencia en las crónicas deportivas de Villoro, y si recae en esa característica una de las aportaciones del autor al género.

Miguel Ángel Bastenier, columnista de *El País*, refuerza la idea de la hibridación presente en la crónica: “El género crónica es el mestizaje por naturaleza, la utilización de todos los recursos expresivos del periodista... El periodista se vale de todo lo que existe para construir la crónica”¹³.

Según Bastenier, el cronista debe aspirar a dar cuenta de lo panorámico, de una realidad múltiple que se produce en escenarios distintos, “alejados entre sí, y fácilmente simultáneos”. También tiene que informar y relacionar acontecimientos, distintos y distantes.

¹⁰ Íbidem.

¹¹ Ídem, p. 404

¹² Ídem, p. 405

¹³ Bastenier, Miguel Ángel, *El blanco móvil. Curso de periodismo*. Madrid, 2001, Santillana, p. 75

“El género crónica resuelve todos esos problemas en la medida en que el periodista es el que tiene que decidir qué asociaciones de hechos, palabras y precios corresponden a un mismo texto”¹⁴.

De acuerdo con este autor, la característica central de una crónica es que debe estar basada en un argumento, un hilo central que da sentido a todo lo que ha reunido con un propósito.

Este aspecto será detallado en el segundo capítulo, dedicado al análisis de crónicas, en las que habrá que determinar si cuentan una historia, si poseen esa circularidad que se vuelve evidente con la presencia de un inicio, un clímax y un desenlace.

La idea, asegura Bastenier, es dar coherencia a un conjunto de datos, logrando dar forma a una historia unitaria. Para ello se requiere de interpretación, pero, al igual que en otros géneros, “seguimos sin preferir nada”.

“En la crónica ya hay una voz de autor, lo que no significa que tenga mucho sentido la utilización de un yo explícito, de una primera persona”¹⁵.

Al igual que otros autores, explica que la crónica tiene los límites más imprecisos, por tratarse del punto de reunión de diferentes intenciones narrativas. No debe juzgar de manera terminante, pero interpreta.

“El periodista sigue partiendo de un hecho noticioso inmediato o de un haz de ellos, que constituyen la mayor parte de lo que se cuenta diariamente en los periódicos, y para darle todo el relieve explicativo posible, el género recurre a una multitud de formas de apropiación de la información, de las que la mayoría tienen que ser indirectas por el carácter múltiple y distante de lo que se cuenta, aunque sin excluir en algún caso la apropiación directa”¹⁶.

En su libro *Cómo se escribe un periódico*, el autor español agrega que en la crónica se avanza un paso hacia la apropiación del texto por parte del autor; éste, dice, “está autorizado a formular determinado tipo de interpretaciones, que yo llamo ‘de primer grado’, aunque no aquellas que aspiran a fijar una opinión favorable o desfavorable sobre el caso”¹⁷.

Aclara que la interpretación a la que hace referencia, tiene que estar siempre sustentada en una visión material, tangible de la realidad, pues el periodista no debe hacer juicios morales. Además, debe tratar el tema en proximidad con el objeto informativo.

¹⁴ Ídem, p. 76.

¹⁵ Ídem, p. 77.

¹⁶ Ídem, p. 104

¹⁷ Bastenier, Miguel Ángel, *Cómo se escribe un periódico. El chip colonial y los diarios en América Latina*, Bogotá, 2009, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, p. 84

“Es un género híbrido a medio camino entre la nota y el reportaje, en el que el autor puede realizar toda una serie de asociaciones de ideas informativas, porque considera que ilustran la materia de que se trate”¹⁸, añade Bastenier.

Señala que la crónica identifica, describe y clasifica. Cuando sólo identifica, aún está distante del objeto informativo y se le ve como una sola unidad de sentido, mientras que la descripción permite aproximarse y hacer apuntes sobre su naturaleza. Y sentencia que la crónica limita con todos los demás géneros: es el fluido central del periodismo.

Para Susana Rotker, autora de *La invención de la crónica*, ésta debe concentrarse en detalles menores de la vida cotidiana y en el modo de narrar.

Añade que este género violenta las reglas del juego del periodismo, por su carácter subjetivo y otros aspectos, como no respetar el orden cronológico, la credibilidad, la estructura narrativa características de las noticias, así como tampoco la función de dar respuesta a las preguntas básicas qué, quién, cuándo, dónde, cómo, por qué.

“La crónica propone una épica con el hombre moderno como protagonista, narrado a través de un yo colectivo que procura expresar la vida entera, a través de un sistema de representación capaz de relacionar las distintas formas de existencia, explorando e incorporando al máximo las técnicas de la escritura”¹⁹.

Sin embargo, sobre el aspecto que menciona Rotker de la credibilidad, es necesario aclarar que si bien el cronista no se ciñe a los hechos de la misma manera que lo haría en una nota, sí debe existir cierto grado de veracidad, lo que Villoro resume afirmando “la verdad es la falta de datos en contra”.

Él mismo, en la introducción a su *Safari accidental*, que se ha convertido en referencia para aproximarse a la crónica, asegura que “la crónica es la encrucijada de dos economías, la ficción y el reportaje”.

En entrevista, el escritor aclaró que esto se refiere sólo a los recursos de “la ficción”, pues cuando ésta se concibe, no se trabaja con elementos ajenos a la realidad, sino que se utilizan elementos de ella para que el relato sea convincente. Por ello, muchas de las estrategias a las que recurre un cuentista o un novelista al seleccionar lo que necesita en su relato, pueden ser muy útiles en el caso del cronista.

¹⁸ Ibídem.

¹⁹ Rotker, Susana, *La invención de la crónica*, México, 2005, FCE, Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, p. 230.

“El cronista no falsea la realidad, pero sí la selecciona. Toma sólo pedazos que sean significativos. Entonces se fija en el color de los ojos de una persona, en un tic que tiene, en algo que revela su carácter... la ropa que tiene puesta, y así selecciona estos elementos como lo haría un cuentista”, explicó Villoro.

Rotker refuerza esta idea:

“La crónica, como el periodismo, no inventa los hechos que relata. Su manera de reproducir la realidad es otra”²⁰.

En *Safari accidental*, Villoro detalla su denominación como el “ornitorrinco” de la prosa:

De la novela extrae la condición subjetiva –el mecanismo de las emociones–, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables –la ‘lección de cosas’, como anunciaban los manuales naturalistas del siglo XVIII–; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos, y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate; (...) del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona²¹.

Además, asegura que el éxito del género depende de encontrar el equilibrio en el que se diferencia de “los siete animales distintos” que podría ser.

Rotker se suma a las referencias respecto a esta particular característica de la crónica:

“La crónica es un producto híbrido, un producto marginado y marginal, que no suele ser tomado en serio ni por la institución literaria ni por la periodística, en ambos casos por la misma razón: el hecho de no estar definitivamente dentro de ninguna de ellas”²².

Arreola también hace énfasis en este aspecto, pues asegura que la crónica puede causar confusión si el periodista combina elementos de dos o más géneros y, así, escribe textos híbridos que pueden ser una parte de crónica y otra de reportaje, o de un artículo, de una entrevista o hasta de un ensayo.

Villoro retoma el planteamiento de Cantavella y Serrano, acerca de que el género no puede tener más de la parte “objetiva” ni más de la interpretación, sino un balance de ambas.

La crónica, dice, pretende otorgarle verosimilitud a los hechos, recuperarlos como si volvieran a suceder con detallada intensidad.

²⁰ Ídem, p. 226.

²¹ Villoro, Juan, *Safari accidental*, México, 2005, Planeta, p. 14

²² Rotker, Susana, p. 225.

La subjetividad en el género comienza desde que es narrada por alguien que hace las veces de testigo. Un estímulo para conseguir la veracidad, desde esta posición, debe ser darle voz a los demás, restituir la palabra perdida.

Definir la distancia que se guarda con respecto al objetivo autoriza a contar como insider, outsider, curioso de ocasión. A ese pacto entre el cronista y su lector podemos llamarle “objetividad”... La crónica también narra lo que no ocurrió, las oportunidades perdidas que afectan a los protagonistas, las conjeturas, los sueños, las ilusiones que permiten definirlos. Uno de los mayores retos del cronista consiste en narrar lo real como un relato cerrado (lo que ocurre está ‘completo’) sin que eso parezca artificial²³.

En ese texto, el autor cita que la crónica es literatura bajo presión –frase que originalmente acuñó Fernando Benítez (como lo recordó recientemente *La Jornada* en su artículo “El periodismo es literatura bajo presión”, publicado el 9 de enero de 2012 con motivo del centenario de su nacimiento), lo cual también resalta Rokter, aunque aclara que no por eso es menos literatura, pues puede tratarse de textos que nacieron bajo el cobijo del periodismo, para después tornarse imperecederos.

Recordando a Rubén Darío, como parte de un análisis de los escritores modernistas, asienta:

Y en verdad, la crónica es el laboratorio de ensayo del “estilo” –como diría Darío—modernista, el lugar del nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje; con el trabajo por medio de imágenes sensoriales y símbolos, con la mixtura de lo extranjero y lo propio, con los estilos, de los géneros, de las artes. Lamentos aparte: el camino poético comenzó en los periódicos y fue allí donde algunos modernistas consolidaron lo mejor de su obra²⁴.

Añade que aunque, como género periodístico, las crónicas deben contar con contexto y referencias de la actualidad, pueden lograr sobrevivir en la historia por su valor literario. Por lo tanto, como parte de la definición de crónica no debe dejarse del lado que se trata del punto de encuentro del discurso literario y periodístico.

A esto, Arreola añade que la esencia del cronista está en su carácter testificador, pues presencia y observa los hechos, pero al mismo tiempo imprime su sello personal mediante la selección que hace de éstos.

La subjetividad, asegura esta autora, también se expresa por sus comentarios y el manejo del discurso narrativo-descriptivo.

²³ Ídem, p. 18

²⁴ Ídem, p. 108

En el periodismo actual, la crónica ha contribuido a que haya una tendencia a borrar las diferencias entre el periodismo y la literatura en dos direcciones: los periodistas que mediante la crónica incorporan recursos literarios y los escritores ya reconocidos que incursionan en este género; de cualquier modo, la crónica se beneficia en cuanto a que amplía sus posibilidades de escritura. En este sentido, el género se ubica entre el periodismo y la literatura y por el cual transitan indistintamente creadores y periodistas²⁵.

Delimitando características

Para cumplir el objetivo del segundo capítulo de esta investigación, es necesario especificar las características que, de acuerdo con los diferentes autores consultados, posee la crónica. Así, aunque no existe una teoría única e irrefutable sobre este género en particular, y sobre el periodismo en general, podremos delinear los principales aspectos que permiten distinguirla de otros textos, con el fin de poder comprender la estructura y valor de las crónicas deportivas de Juan Villoro.

Si bien en este primer apartado se delinearán los aspectos que cada autor señala como característicos de la crónica, así como las clasificaciones que algunos de ellos establecen, para el análisis posterior dichos apuntes se delimitarán más, eliminando los que se repiten o no tienen cabida para la finalidad de la investigación, que es establecer las aportaciones de Villoro al género.

Así, Carlos Marín distingue tres tipos de crónica: la informativa, en donde el cronista se limita a informar, sin emitir opiniones, pero con descripciones; la opinativa, en la cual se informa y opina al mismo tiempo (el autor asegura que las crónicas deportivas se encuentran dentro de esta clasificación) y la interpretativa, que incluye datos informativos esenciales pero, sobre todo, interpretaciones y juicios del cronista.

En cuanto a las características específicas, Marín destaca las siguientes:

-Relato: Pretende hacer la historia de un suceso. Aquí el autor añade que hay una exposición en orden cronológico, aunque (como señalan otros autores y él mismo acota más adelante) este elemento no es una exigencia del género.

-Público: debe escribirse con lenguaje claro y sencillo, comprensible para todos los lectores.

-Oportuno: el relato debe ofrecerse en el momento preciso, si se trata de un hecho de actualidad. Cuando es un suceso pasado, debe aportar un elemento novedoso, un ángulo distinto de lo publicado hasta entonces.

²⁵ Arreola Medina, Angélica, p. 55

A esto el autor añade que el aspecto central de la crónica debe sustentarse en el cómo; el relato debe enfocarse en cómo sucedió el hecho.

-Recursos: En cuanto a este aspecto, Marín asegura que el género es una de las expresiones periodísticas más literarias: describe a los personajes desde muy distintos ángulos y emplea recursos dramáticos para interesar al lector.

En una crónica informativa, según Marín, deben existir antecedentes del acontecimiento, localización, registro del tiempo, participantes, auditorio y entrevistas.

En la crónica opinativa, dice, se comenta y “puede variar el orden en el que se desarrollan los sucesos, si el cronista considera que con esto logra una mejor exposición de lo acontecido... el cronista opinativo es libre de desarrollar un estilo literario propio”²⁶.

De la interpretativa, Marín señala que es fundamentalmente un relato subjetivo. Agrega que “enjuicia” hechos, aunque aquí se debe acotar que existe una sutil diferencia entre contar desde el punto de vista propio e interpretar y emitir juicios de valor, los cuales en todo género es mejor evitar. Agrega también que este tipo de crónica permite al autor desarrollar un estilo literario propio.

En *Redacción para periodistas*, Cantavella y Serrano plantean los siguientes parámetros:

-El cronista opera con el conocimiento de que los datos esenciales del hecho ya son conocidos por el lector.

-El género implica la casi desaparición del tratamiento objetivista que caracteriza a los otros géneros (aquí también apunta que los periodistas latinoamericanos arrastran una notable carga de creatividad literaria que no se da en el caso del periodismo anglosajón).

-El objetivo es analizar y explicar los hechos.

Más adelante, los autores enumeran algunas características específicas respecto a la esencia del texto:

“La crónica tendría que estar dotada de síntesis, al resumir en un par de folios todo lo que la actualidad ha producido al cabo del día o de la semana; imparcialidad, porque la valoración se basa en los conocimientos, no en la subjetividad del firmante; brillantez, porque se trata de transmitir unas realidades que el lector no conoce, pero que le gusta ver expuestas de una forma segura y atractiva; interés humano, ya que los hechos fríos desconciertan más que aproximan; siempre que se pueda hay que procurar contar lo sucedido a través de detalles que lo hagan más próximo y comprensible”²⁷.

A estos básicos, añaden:

²⁶ Marín, Carlos, p. 211.

²⁷ Cantavella, Juan y José Francisco Serrano, p. 402

-Elemento personal: el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera. (Dentro del análisis, se pondrá especial énfasis en el “elemento personal” en Villoro que es lo que hace resaltar sus textos).

-Información: buscar la información que constituye la base para el texto sobre el que se trabaja.

-Importancia de la entrada para atraer la atención del lector.

-Lenguaje más rico que el empleado en la información “seca”.

También rescatan las cuatro reglas de oro de la buena crónica: “mostrar a personas haciendo cosas, dejar que esas personas hablen (citas pertinentes y atractivas), escribir económicamente y no dejar que la historia pierda el ritmo”²⁸.

Para ello, aseguran los autores, es imprescindible organizar el artículo de manera que se distinga un principio, una parte central y un desenlace. Este aspecto será pertinente y fundamental para el análisis, pues coincide incluso con la relación que apunta y destaca Villoro entre la crónica y el cuento, género literario del que también es un prolífico expositor.

De acuerdo con el español Miguel Ángel Bastenier, en la crónica se deben distinguir las siguientes características:

-Aparecen personajes, que se pudieron haber encontrado personalmente o no, pero hay una descripción de protagonistas.

-Información de fuentes para perfilar, iluminar, entender mejor los aspectos de los asuntos.

-Recordar sucesos anteriores que puedan tener alguna relevancia para los lectores.

-Personalización: Selección de lo que queda fuera y lo que está dentro, antecedentes y contextos, de lo múltiple, lo panorámico y, por ello, lo interpretativo.

-Declaraciones, citas de la prensa local y recursos del pasado.

De su libro *Cómo se escribe un periódico*, habría que rescatar otras tres especificidades:

-La presencia de una interpretación, pero sustentada en una visión tangible de la realidad. No juicios morales.

-Hay una serie de asociaciones de ideas informativas.

-“Panoramizar”: el autor define esta característica como la capacidad de “hacer asociaciones entre momentos, declaraciones y situaciones que espigará de un gran contexto general”²⁹.

²⁸ *Ibíd.*

²⁹ Bastenier, Miguel Ángel, *Cómo se escribe...*, p. 79

De acuerdo con Susana Rotker, las características de la crónica señaladas en su libro *La invención de la crónica*, comienzan con la selección entre hechos de actualidad, “especialmente aquellos que versan sobre la ciudad, la política internacional, la cultura, los descubrimientos recientes, los grandes acontecimientos”³⁰.

El texto, de acuerdo con la autora debe contemplar los siguientes aspectos:

- Coherencia comprensible y atractiva para el lector: ser tomado en cuenta, no cerrarse sobre sí.
- Un estilo que mezcle recursos estilísticos para lograr la expresión de cada idea en imágenes, que cuida la forma y pesa las palabras, incorporando, si es necesario, neologismos, criollismos, arcaísmos, citas en otros idiomas.
- Se somete a la prueba de la propia experiencia, incluye a la naturaleza y hace explícitas sus alusiones culturales.
- Estilización del sujeto literario: su estrategia narrativa no es la de la objetividad. Suelen ser textos muy autorreferenciales, incluyendo a menudo reflexiones sobre la escritura en sí.

Por último, Arreola señala estas particularidades acerca de la crónica en general:

- Suceder temporal: Sucesión de acontecimientos en un tiempo determinado, aunque el cronista no se apega de manera estricta a un orden cronológico.
- Opiniones, citas, reflexiones o información al margen, que se alterna con la narración de los hechos.
- Pueden referir hechos ocurridos durante días, meses o incluso años, como ocurre con frecuencia en las crónicas de viajes, personajes o sobre hechos históricos.
- Descripción: elemento que identifica de manera definitiva a la crónica.
- Efecto de ilusión referencial: efecto de realidad, es decir, se produce el efecto de transportar al lector al lugar de los hechos, de haber estado ahí (de ahí surge, según la autora), la veracidad de lo ocurrido.
- Combinación de la descripción de ambiente, de personajes y de acciones.

Más adelante, al referirse ya a la crónica periodística, Arreola añade:

- Propósito fundamentalmente informativo: gira en torno a esa intención y requiere que el reportero haya sido testigo de lo que relata.
- Carácter eminentemente personal: implica una reconstrucción de los hechos desde la propia subjetividad y, en sus mejores ejemplos, exhibe un nivel literario, tanto por el uso creativo del

³⁰ Rotker, Susana, p. 174

lenguaje como por la concepción de la que se parte para construir la versión de un hecho o una serie de hechos.

-Elemento noticioso o hechos que pueden ser actuales; aunque hayan ocurrido hace tiempo, se actualizan.

-Es una narración en la que no sólo se advierte el suceder temporal, sino un ordenamiento de los hechos que no corresponde al suceder real, sino que van de acuerdo a la propia subjetividad del cronista, inclusive con su propia personalidad.

Cabe mencionar también la definición que la autora otorga de la crónica literaria, así como algunas características de ésta, tomando en cuenta que las crónicas deportivas que serán analizadas como parte de esta investigación fueron escritas por quien es autor también de textos literarios y cuyo tránsito como autor –según él mismo explicó– se dio de la literatura hacia el periodismo.

Por lo tanto, en los relatos seleccionados, se podrían hallar elementos de ambos tipos de crónica.

“El texto que relata y recrea acontecimientos actuales o pasados, desde la propia subjetividad del cronista y a través de un manejo de la relación forma-contenido, que produce efectos de sentido. Lo que la convierte en literaria es la forma: la estructura y el lenguaje empleados”³¹, dice Arreola al respecto.

Sobre sus características, apunta lo siguiente:

-Tiene un carácter personal. El cronista cuenta sus vivencias, no sólo desde su punto de vista, sino más bien desde su interioridad, poniendo al descubierto sus emociones y sentimientos

-Por lo general, se apegan a la realidad, aunque pueden tratar de acontecimientos que no ocurrieron tal cual, sino que ofrece una reconstrucción, a partir de hechos verídicos. En este caso, la crónica se aproxima al cuento. (En este punto, habría que acotar –como ya se mencionó– que la crónica, como género periodístico, no puede incluir hechos ficticios y en el caso de los textos seleccionados, que fueron parte de la revista *Proceso*, este elemento no tiene cabida porque el periodista trabaja con la realidad, aunque no debe dejar de mencionarse por la precisión que hace la autora sobre el paralelismo con el cuento, en cuanto a estructura).

³¹ Arreola, Angélica, p. 65

De acuerdo con Arreola, en una crónica existen tres formas de ordenar los acontecimientos, aspecto que sería importante destacar dentro del análisis de las crónicas de Villoro, pues puede ser parte de los elementos distintivos de su estilo. Sin embargo, el autor rara vez elige la primera.

-Relato cronológico: Se apega al orden en que ocurrieron los hechos, sin alterar el suceder temporal. No es una narración minuto a minuto; sólo lo relevante.

-Relato de acontecimientos: Sigue la estructura del reportaje de acontecimientos, donde, luego de contar el hecho en síntesis, o los aspectos más sobresalientes, se vuelve a él con más detalles, una y otra vez.

-Relato en contrapunto: Alterna la narración de los hechos con datos, antecedentes o comentarios, o bien, combinando dos momentos o aspectos del acontecimiento.

1.2 La crónica deportiva. Lo que se ha dicho... y criticado.

Para abordar el tema de la crónica deportiva es preciso señalar, primero, la insuficiencia de referencias teóricas al respecto. Algunas de ellas, además, se centran casi por completo en las carencias del género, tema que, de cualquier manera, resulta importante resaltar con el fin de delimitar con mayor exactitud las aportaciones de Villoro.

Así, en este apartado se incluirán las pocas características que se hallaron relativas al género en sí mismo, para después abundar en la situación y los vicios de los actuales cronistas deportivos.

Algunos autores hacen también apuntes sobre la relevancia del periodismo deportivo y las virtudes que debe tener quien se dedica a él. Tomando en cuenta que Juan Villoro se enfoca en gran medida a su trabajo literario y no de tiempo completo al periodismo, ni sólo al deportivo, se incluirán las visiones de esos escritores, para enriquecer la investigación, así como la discusión del tema, aunque en el caso de Villoro, no todos los parámetros sean aplicables, ya que no se trata de un “reportero de la fuente”.

La crítica a la forma actual de escribir crónicas deportivas, que se menciona en la introducción a esta tesis, es uno de los factores que determinaron el interés de quien esto escribe por el autor y que dan pie al atractivo que representan sus textos.

Aunque más adelante se ampliará la percepción de distintos especialistas, la mayoría apunta su crítica hacia dos factores esenciales: señalan, por una parte, la minusvaloración de

los periodistas deportivos y la idea persistente de que los “malos reporteros” terminan en la sección deportiva, pero también se avocan a la falta de preparación de éstos, el poco conocimiento respecto a antecedentes y contextos, y la transformación de las secciones deportivas en páginas informativas exclusivamente de resultados de contiendas.

Sin embargo, antes de explorar ese terreno, es necesario mencionar a los escritores que delimitan, en mayor o menor grado, las características del género.

Juan Cantavella y José Francisco Serrano aseguran que el cronista deportivo goza de una mayor libertad de exposición, tanto para contar los hechos como en el lenguaje empleado.

De acuerdo con ellos, el periodista entonces suele saltar al terreno de la opinión: tomar partido y enjuiciar lo que ha tenido ocasión de presenciar (el aspecto de “enjuiciamiento”, como se ha mencionado antes, es cuestionado y rechazado por otros autores).

En cuanto al lenguaje, señalan que “en el caso del fútbol, que es el deporte al que mayor atención se le presta, se ha destacado el empleo que se hace del léxico bélico, en consonancia con la idea de enfrentamiento que prevalece en el planteamiento de los partidos, y la recurrencia al argot, por su carácter popular”.³²

Cantavella y Serrano añaden que en muchas ocasiones hay una dependencia del idioma de los países donde nacieron los deportes y los tecnicismos son muy frecuentes.

“El afán de innovación (con su creatividad, recursos retóricos y exageraciones) ha logrado hallazgos memorables y una permanente renovación de los términos y expresiones que se usan, pero también la implantación y consolidación de los errores, a causa de la actitud mimética y admirativa con que son atendidos periodistas y presentadores”³³.

Las crónicas deportivas, agregan, reflejan con frecuencia el uso libre de dos niveles (información e interpretación) con juicios de valor muy subjetivos, con figuras literarias (la ironía o la retórica, por ejemplo) y un lenguaje especializado.

Bastenier también otorga algunas claves respecto al tema. De acuerdo con el periodista español, la sección deportiva es con frecuencia la más “protagonizada”, pues el reportero tiene una mayor libertad.

Asegura también que los deportes están hechos para “pasarse”, si se tiene el talento para ello, como demuestra el lenguaje de la sección.

³² Cantavella, Juan y José Francisco Serrano, p. 415

³³ *Ibíd.*

“El deporte es una mímica de la guerra, en la que el gesto reemplaza a la acción, perdiendo toda su crueldad pero nada de su belleza. La mejor literatura periodística puede acampar en esos parajes”³⁴.

Joaquín Marín Montín, investigador de la Universidad de Sevilla, en un breve artículo de análisis titulado “La crónica deportiva: José A. Sánchez Araujo”, también destaca el uso del lenguaje:

“Uno de los rasgos más característicos de esta sección en cuanto a su estilo, independientemente de la calidad literaria de cada medio y periodista, será el lenguaje particular del deporte, generalmente de origen belicista”³⁵.

Apunta que el lector busca en estas crónicas una aproximación lo más fidedigna posible a lo sucedido o lo que puede acontecer, por lo que el periodista deportivo debe tener el conocimiento de la terminología o el lenguaje de cada disciplina, así como argumentos con los que pueda transmitir la emoción de la lucha deportiva y el ambiente de juego.

Como característica, agrega la sencillez en el relato, que se debe conjuntar con la terminología apropiada, así como apuntes técnicos y anecdóticos.

Así, define la crónica en el deporte como el seguimiento y relato de una competición deportiva, de un equipo o deportista. Este relato, dice Marín Montín, permite cierta libertad al escribir y no precisa ceñirse de forma estricta a la actividad deportiva: hay una facilidad de abordar otros temas sin abandonar el principal motivo.

Las crónicas deberán ser atractivas y presentar a los receptores de los medios aspectos diferentes a los habituales en el tratamiento del deporte en cuestión. Aquí podrían entrar datos y estadísticas del evento, recordándose así mismo hechos y curiosidades. Ello no impide, dentro del texto, informar del seguimiento realizado a equipos y deportistas en sus entrenamientos y los momentos de ocio, sin olvidar añadir las anécdotas que hayan podido surgir alrededor de todo el ambiente deportivo³⁶.

En el caso de las crónicas de fútbol en la prensa escrita, acerca de partidos que ya han sido transmitidos en televisión y radio, el autor deja al aire el cuestionamiento de qué tan pertinente es que éstas se presentaran como análisis reflexivo al día siguiente.

Asegura que, en la actualidad, el cronista no sigue una estructura interna fija, pues es un género con características morfológicas y sintácticas propias. “Presentan como

³⁴ Bastenier, Miguel Ángel, *El blanco...* p. 84

³⁵ Marín Montín, Joaquín M., “La crónica deportiva: José A. Sánchez Araujo” en *Ámbitos*, No. 5, 2º semestre de 2000, p.

241

³⁶ Idem, p. 243

principales rasgos léxicos la formación de subcódigos que recogen cambios de sentido de términos, procedentes de otras áreas sociales, discurso repetido y aspectos de retórica”³⁷.

Como la mayoría de los autores consultados, Marín Montín destaca sus apreciaciones sobre el uso del lenguaje en la crónica deportiva, en la que, dice, siguen dominando los anglicismos puros.

Además, señala el uso de frases hechas procedentes de vocablos de diferentes idiomas y significados, que sólo se comprenden dentro de un texto deportivo. Sin embargo, advierte que el periodista debe ser cauto al recurrir a éstas y no usarlas con demasiada frecuencia.

El autor apunta que a menudo, la terminología está ligada al lenguaje militar. Y citando los manuales de periodismo de la agencia EFE, menciona como normas destacadas evitar las frases hechas y expresiones tópicas que aunque hayan sido hallazgos de valor comunicativo, ya desgastadas entorpecen la comunicación y desinforman.

Más adelante, explica la continuidad que debe caracterizar a la crónica.

“La crónica sería sólo aquello correspondiente a la narración del hecho de forma continuada; es decir, el partido con los momentos más importantes de la competición. Es un género de carácter informativo y personal, o sea narrado por un testigo o cronista”³⁸.

La labor del periodista, dice este autor, debe centrarse en revisar las partes y circunstancias del partido que justifican el resultado final, basándose en una serie de datos.

A manera de conclusión, asienta:

La crónica deportiva constituye un buen ejemplo de la necesidad de conocimiento sobre aquello que se cuenta, no es suficiente que le agrade al periodista, sino que hay que saber realmente sobre él. Sencillez y claridad en el lenguaje, pero a la vez precisión en lo que se cuenta será una de las constantes en el estilo de las crónicas futbolísticas, que suele ser un tipo de información dirigida a toda clase de público masivo³⁹.

Pero estas características no siempre se cumplen en las actuales secciones deportivas y los vicios, tanto en la forma como en el contenido, rodean a los hacedores de crónicas, de acuerdo con distintos autores.

Antonio Alcoba López, en su libro *Periodismo deportivo*, asegura que conforme el deporte adquirió relevancia, requería de personas capacitadas para relatar las competencias.

³⁷ Idem, p. 245

³⁸ Idem, p. 257

³⁹ Íbidem.

Pero como los escritores no poseían esos conocimientos, los responsables de los periódicos comenzaron a contratar a deportistas y técnicos.

Ese cambio, asegura el autor, tuvo un reflejo en el prestigio intelectual del periodismo deportivo, pues “la información deportiva se pensó que era vulgar, con expresiones no adecuadas a la trayectoria de la literatura y por estar destinada a un público escasamente cultivado”⁴⁰.

Tal apreciación, a juicio de Alcoba, es errónea y parte del desconocimiento de la actividad deportiva, a la cual se considera sencilla por ignorancia de lo que representa su práctica, la organización del deporte y el entramado a su alrededor. Por ello, los primeros periodistas deportivos fueron calificados como “de segunda” y cualquiera podía llevar a cabo su trabajo, catalogado como un “asunto vulgar”.

Sin embargo, más tarde se notó la complejidad del periodismo deportivo: debía analizarse el porqué del resultado, el juego de los deportistas y el trabajo del técnico, lo cual complicaba la simple crónica o comentario de una competición.

“No sirve, por tanto, lo que sí podríamos denominar opinión vulgar o literaria para informar a deportistas, técnicos, dirigentes y aficionados. El periodista deportivo no es un aficionado al deporte que, por el mero hecho de serlo, ya está capacitado para describir una competición o analizar las vicisitudes por las que ha pasado un equipo durante el juego. El periodista deportivo no tiene más remedio que especializarse...”⁴¹.

Esta afirmación tendrá que ser contrastada con la opinión de Villoro, pues en entrevista, afirmó que él escribe desde la afición. Aunque sus conocimientos y referencias deportivas son evidentes tanto en sus escritos como en sus participaciones televisivas, él asegura que no es un especialista y no es necesario escribir como tal.

Alcoba continúa señalando que en el caso del fútbol, existe la peculiaridad de que es comprendido por muchas personas, aficionadas o no. Esto no representa una facilidad para el periodista, sino una necesidad de mayor preparación, para evitar equivocaciones que puedan ser detectadas por los aficionados, pues el lector deportivo, a veces, sabe más que los periodistas.

“Se deberá tener un amplio conocimiento de las diversas competiciones, de los clubes que intervienen en ellas y de los futbolistas que los integran. La labor del periodista dedicado a la información de fútbol, en consecuencia, es la de ofrecer opiniones que, pese a la

⁴⁰ Alcoba López, Antonio, *Periodismo deportivo*, Madrid, Síntesis, 2005, p. 50

⁴¹ Idem, p. 66

subjetividad personal, supondrán el máximo rigor objetivo debido a su preparación en la materia”⁴².

Aunque el autor señala que el periodista deportivo debe dominar las estadísticas, concede que los buenos periodistas no son quienes escriben y hablan con conocimiento de causa; los que son excelentes, dice, son quienes van más allá de la propia actualidad de la noticia deportiva. “Son sabuesos, detectives y defensores de la verdad en un área cada vez más exprimida por los intereses políticos, comerciales y hasta científicos”⁴³.

Recuerda que un buen periodista deportivo es el que interesa al lector en la filosofía y espíritu del deporte. Aquí apunta las pérdidas que ha tenido la prensa deportiva, sobre todo en cuanto a la fineza de sus textos.

Una de ellas fue la calidad de las firmas que escribían en sus páginas, lo que convertía las crónicas deportivas en artículos literarios o de costumbres, que han quedado como recuerdo y exposición de cómo se desarrollaba el periodismo deportivo en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta del pasado siglo... Aquella inconfundible característica ha sido traspasada a las páginas deportivas de los diarios de información general, en tanto que los diarios deportivos actuales muestran contenidos comprimidos⁴⁴.

Alcoba añade que las crónicas de partidos de fútbol, de ser tratadas con una vena literaria, han pasado a ser juicios concretos sin posibilidad de explicación. Existe, desde su punto de vista, una manera de informar más elemental y primaria, que evita los razonamientos y busca una menor concentración de texto, para proyectar un mayor atractivo a las páginas.

Esa postura, critica el autor, destruye el periodismo de análisis en las crónicas deportivas, y olvida las comparaciones con hechos similares, así como el complemento literario. De la misma manera, desaprueba la tendencia de hacer crónicas con base en las transmisiones televisivas, lo cual en la actualidad puede observarse como una práctica cotidiana en la redacción de un periódico. Esto sitúa al periodista en la misma situación que el aficionado, afirma Alcoba.

En *El deporte de informar*, el argentino Sergio Levinsky sólo refuerza las críticas al periodismo deportivo vigente, señalando lo que califica como “la venalidad y la prostitución de los periodistas en todo el mundo”.

“Ésta es la deuda, la gran deuda, del periodista deportivo para con el deporte. Ésa es también la gran culpa del periodismo del deporte ante los deportistas: el no ser un rector

⁴² Ídem, p. 158

⁴³ Ídem, p. 160

⁴⁴ Íbidem.

porque prefiere ser su cómplice, como si la amistad y las buenas relaciones fueran incompatibles con el propósito de mejorar al hombre, mejorar al deportista para mejorar a la sociedad”⁴⁵.

Además, dice, el periodismo deportivo fue condenado a la intrascendencia, a la complicidad y a la condición de albatros herido.

“Antes teníamos al fútbol por un lado y al periodista fuera del fútbol, que miraba de afuera y lo analizaba y lo criticaba. Su carácter era más cercano al de testigo. Hoy el periodista es parte del espectáculo, ya no es alguien de afuera que está del lado de la gente, es parte del fenómeno social”⁴⁶. Es importante destacar este apunte de Levinsky, pues Villoro siempre ha hecho énfasis en destacar el papel de testigo que debe tener el cronista.

El autor asegura que hoy en día se hace un periodismo muy comprometido con intereses que impiden desarrollar las ideas libres del periodista. Por ello, dice, se conoce nada más que la historia oficial del fútbol. Asegura que esto se puede ver con claridad en la prensa deportiva argentina, pero basta una hojeada a las secciones de Deportes de los periódicos mexicanos para observar que éstos siguen la misma tendencia.

De hecho, Levinsky cita al analista mexicano Alexis Vásquez Henríquez (autor del libro *Deporte, Política y Comunicación*, Trillas, México, 1991), quien asienta:

En el ámbito periodístico, la falta de consideración del fenómeno deportivo ha generado, en gran parte, que las secciones deportivas se hayan relegado a profesionales menos preparados o menos intelectuales, quienes han contribuido a alimentar su mala conciencia de profesionales de segunda fila por medio de un acercamiento meramente frívolo y “muscular”, es decir, masificante y obtuso, al fenómeno deportivo⁴⁷.

Levinsky continúa con la crítica en un capítulo denominado “Las grandes plumas y la imbecilización del cotidiano deportivo”, en el que asegura que ha habido un cambio radical en el imaginario de quienes se encuentran en la carrera para ser profesionales de los medios.

En el deporte, dice, aparece un nuevo cronista, “de grabador y de casete”, cuya capacidad para cuestionar es limitada y suele ser enviado con preguntas pautadas por intereses empresarios o ideológicos.

“Un rastreo por los habituales y ya tediosos comentarios de los partidos en los suplementos deportivos nos sitúa nuevamente ante lo previsible... los textos resultan hoy

⁴⁵ Levinsky, Sergio, *El deporte de informar*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p.31.

⁴⁶ Ídem, p. 40

⁴⁷ Ídem, p. 45

redundantes, lo cual exige replantear el tema de los conceptos. Aparecen cada vez menos conceptos en los comentaristas”⁴⁸, añade el autor.

Analiza la crisis como resultado de dos factores: la preparación del periodista y la falta de incentivos por el descenso del juego, así como el hecho de que lo escrito ya fue visto por televisión. Cuando no hay comentario, abunda, sólo quedan palabras vacías de los protagonistas que, salvo alguna excepción, no tienen sentido alguno.

Esto se relaciona con la crítica que, en general, se ha hecho al periodismo —no sólo en el ámbito de los deportes— en cuanto a la relevancia que se le da a la “declaracionitis”, y que en las secciones deportivas se expresa al convertir en nota cualquier comentario de técnicos, jugadores o incluso personas que no cuentan con autoridad alguna en el tema.

Concluye Levinsky: “Aún estamos pendientes de un periodismo que al terminar el partido mande a sus cronistas a la redacción para que plasmen su propia visión, sin depender de las frases interesadas; o del resurgimiento de los escritores, que reemplacen por fin a los redactores”⁴⁹.

Julián García Candau comienza un ensayo titulado “La crónica deportiva”, incluido en el libro *Periodismo Especializado* de Javier Fernández del Moral, diciendo que los periodistas deportivos y los deportistas tienen el mismo origen: “son, en sus comienzos, auténticos ‘amateurs’ o lo que es lo mismo, amadores... Son entusiastas los que, por propia voluntad, se comprometen con sus sociedades a ser portavoces, a llevar la noticia del campeonato y simple competición entre miembros de la entidad, a los periódicos y revistas dedicados a la información general”⁵⁰.

Sin embargo, como consecuencia de esa característica, también destaca un problema: que esto facilita la entrada a las redacciones de personas cuya preparación intelectual no es vasta. Por ello, dice, la falta de esmero en la crónica hace crecer sentimientos de minusvaloración hacia el trabajo de los periodistas deportivos.

El autor critica los textos superficiales, que sólo se limitan a dar resultados, pero también advierte el peligro de caer en el lado contrario: es decir, reducir las crónicas a la presencia de detalles que dejan a un lado la información relevante: “Hay, a veces, más

⁴⁸ Ídem, p. 86

⁴⁹ Ídem, p. 86

⁵⁰ Fernández del Moral, Javier (coord.), *Periodismo especializado*, Barcelona, 2004, Ariel, p. 453

detalles dedicados a los sombreros de las señoras, y a los uniformes de los húsares, que a las circunstancias de la competición”⁵¹.

En una revisión histórica que forma parte de su texto, recuerda que los periódicos de finales del siglo XIX y principios del XX eran, fundamentalmente, políticos y literarios, y la exigencia por la calidad y concisión era extraordinaria.

Entonces, relata, la crónica deportiva era todavía escueta, pero no tardaron en surgir los técnicos especialistas para interpretar los porqués de los goles, aunque este rasgo se esté perdiendo.

Como parte de su ensayo, García Candau también vuelve al recurrido tema del lenguaje en la crónica deportiva, al que describe como belicista (con ello —acota—contribuye a crear violencia). “El lenguaje balompédico está basado en el hecho consustancial de una batalla”⁵².

Al igual que otros autores, advierte sobre su uso, enfatizando que “la expresión más desafortunada acaba por crear escuela”, así como del abuso que se debe prevenir respecto a los anglicismos y frases hechas.

Y refuerza la crítica en ese sentido:

La proliferación de los medios audiovisuales ha llevado a éstos a contratar como comentaristas a ex futbolistas o ex árbitros, cuya cultura no siempre es la más brillante del universo futbolístico, y si no teníamos suficientes atropellos al diccionario desde las filas del periodismo, sólo nos faltaba contar con algunos ilustres colaboradores, que al poco tiempo ya se llaman colegas y que contribuyen eficazmente al uso inadecuado de la lengua⁵³.

En las emisoras de radio y en los periódicos, añade, se cuelan a diario múltiples palabras propias de la jerga de los vestidores, que nada tienen que ver con el uso correcto del idioma. Además, se admiten neologismos con tal facilidad que no se piensa en la posibilidad de defender una palabra española que sirve para definir con nitidez el mismo concepto.

“La excusa de que la rapidez con que se informa, tanto en la crónica escrita como en la narración radiofónica o televisiva es culpable de la mayoría de los errores, sólo puede ser válida en determinados casos. La mayoría de los errores que se cometen, son propios del desaliño”⁵⁴, apunta.

⁵¹ Ídem, p. 454

⁵² Ídem, p. 471

⁵³ Ídem, p. 474

⁵⁴ Ídem, p. 475

La crónica deportiva se nutrió, continúa García Candau, de deportistas que habían alcanzado fama en su especialidad y son los grandes “ases” quienes hoy actúan de asesores en medios audiovisuales e impresos y aportan parte de sus conocimientos técnicos. Sin embargo, la vida de los periodistas deportivos se ha tornado cada día más difícil.

De acuerdo con el autor, “la información deportiva es hoy la que menos facilidades tiene para ser ejercida con libertad. La competencia brutal por tiradas y audiencias entre periódicos, emisoras de radio y televisión, ha sido la causa de vetos de dirigentes o deportistas, que en lugar de crear reacciones solidarias han hecho crecer el número de esquirolas”⁵⁵.

Fernando Mejía Barquera ha traído el análisis y crítica que apuntan autores españoles y argentinos a la situación mexicana en un artículo titulado “¡Piques! ... ¡Amages! ... ¡frenos! de la crónica deportiva en México”, que presenta un recuento de la evolución de la crónica deportiva en el país, y en el que concluye que existe una crisis en el género.

En un inicio, relata el autor, las crónicas deportivas estuvieron fuertemente influidas por la terminología inglesa, proveniente de los países de donde eran originarios los deportes. Para el segundo lustro de los años treinta, se trató de superar esa influencia con equivalentes en español, así como de innovar la crónica transitando de la mera descripción al análisis y la crítica.

Pero en los años 40, “se adueña de los medios una crónica que, para estar a tono con la jerga actual, podríamos llamar *light*. Se trata de crónicas y comentarios ligeritos, al alcance de todo el mundo, pero que al mismo tiempo sean agresivos y susciten interés. Se vuelve más importante la forma que el fondo”⁵⁶.

Más adelante surgen estilos que, a juicio del autor, quizá han quedado en el olvido, pero ejemplifican cómo se puede conjugar en una crónica deportiva el ingenio con la crítica y la buena prosa, “algo que parece no preocupar en la actualidad a muchos cronistas”, acota Mejía Barquera.

Como parte del recuento histórico, el autor destaca la actividad de Ángel Fernández, narrador de beisbol y futbol, con quien, dice, “el espectáculo deja de estar en la cancha para pasarse al micrófono. Fernández modifica la jerga futbolera creada en los años cuarenta y

⁵⁵ Ídem, p. 478

⁵⁶ Mejía Barquera, Fernando, “¡Piques! ¡Amages! ¡Frenos!... de la crónica deportiva en México” en *Revista Mexicana de Comunicación*, No. 26, Año 5, Nov-Dic. 1992, p. 11

cincuenta, la cual había sustituido a la original terminología inglesa del fútbol, pero que para los años sesenta era ya un lugar común⁵⁷.

Este cronista, explica, introduce a la crónica futbolera metáforas y onomatopeyas extraídas de corridos y cómics, con lo que crea un estilo de narración cuya espectacularidad supera en ocasiones las acciones que suceden en la cancha.

La importancia de destacar estos apuntes respecto al papel de Fernández en el desarrollo del género radica en que el mismo Villoro, en su libro *Dios es redondo*, dedica varias páginas a explicar la influencia que ejerció sobre él, procedente de una ferviente admiración por sus relatos hablados.

Incluso antes de la publicación de esa antología de crónicas futboleras, en *Los once de la tribu*, Villoro relata: “De niño, sus narraciones de fútbol me revelaron la existencia de un lenguaje de fábula, en el que todo podía decirse de otro modo. Fue mi primer contacto con las palabras como símbolos mágicos⁵⁸”.

Más adelante, en una conversación con Fernández que forma parte de ese libro, agrega: “Durante décadas, Ángel Fernández puso apodosos indelebles a los futbolistas mexicanos y convirtió sus crónicas en épicas donde todo exceso y todo delirio eran bienvenidos; trapequista sin red protectora, se lanzó en maromas verbales extremas, inventó un lenguaje tan eficaz que hacía ameno el peor partido y ofendía a los académicos⁵⁹”.

Retomando la crítica, Mejía Barquera añade que la vinculación del espectáculo deportivo con los medios de comunicación es tan estrecha, que éstos han creado intereses económicos muy importantes en esa actividad. Por ello, califica a la crónica y al comentario deportivo como “los grandes perdedores”.

De acuerdo con el autor, la crisis del periodismo deportivo no es sólo resultado de los intereses de los medios de comunicación, sino de una enorme crisis de creatividad reforzada por el hecho de que algunos entre quienes lo practican dan la impresión de no haber pisado nunca una cancha de juego, y quienes sí tienen esa experiencia, en cambio no cuentan con la formación profesional necesaria.

Todos los días, agrega, pueden leerse y escucharse crónicas y comentarios donde se evidencia el desconocimiento del deporte que se pretende analizar, las incorrecciones gramaticales “más increíbles”, y la inclinación a la crítica fácil y a la condena.

⁵⁷ Ídem, p. 12

⁵⁸ Villoro, Juan, *Los once de la tribu: crónicas de rock, fútbol, arte y más...*, México, Punto de lectura, 2005, p. 10

⁵⁹ Ídem, p. 177

Así, concluye:

Las causas profundas de nuestros fracasos en el deporte seguirán ocultas mientras el periodismo deportivo eluda el esfuerzo por investigar, por acudir a la historia, a la psicología, a la sociología, a las implicaciones políticas y económicas del deporte, y siga suponiendo que cumple con su obligación informativa y analítica llamando ratones verdes a los seleccionados de fútbol y acusando a los deportistas mexicanos de ‘falta de mentalidad y carácter’ cuando no obtienen la victoria⁶⁰.

Y es justo aquí donde cabe y se justifica el análisis de las crónicas de Villoro, quien posee ese conocimiento, capacidad de contextualización y análisis que difícilmente se encuentran en la mayoría de las crónicas de las secciones deportivas vigentes. En sus textos, como plantea la introducción de esta investigación, se espera encontrar esos elementos históricos, psicológicos y sociológicos a los que hace referencia Mejía Barquera.

Respecto a la incursión de personajes como Villoro en el mundo futbolero, el crítico de literatura Ignacio Trejo Fuentes señala en un artículo titulado “El fútbol y las letras” (*Revista de la Universidad de México*, 2006) que todavía existen quienes creen que los intelectuales son necesariamente reacios a los deportes, pues los imaginan encerrados en una torre de marfil en lucha con “las musas de la genialidad” y muy lejos de prácticas extenuantes, del sudor, de las multitudes.

Pero es quizá esa “intelectualidad” la que condimenta y le da un toque distinto a un género que parece simplemente sobrevivir, pero no corregirse, ante una crítica feroz.

Trejo Fuentes añade que la literatura futbolística impresiona por abundante. “Mientras algunos ex jugadores convertidos en escritores prefieren centrarse en aspectos técnicos, en experiencias personales, los narradores natos (y los poetas, y los dramaturgos) prefieren acercarse a ese mundo alucinante rascando las entrañas, la médula, la *espiritualidad* de ese deporte”⁶¹.

⁶⁰ Mejía Barquera, Fernando, p. 13

⁶¹ Trejo Fuentes, Ignacio, “El fútbol y las letras”, en *Revista de la Universidad de México*, No. 28, junio de 2006.

II. Análisis de crónicas

“La crónica conforma las páginas donde se lee el libro de la historia de la humanidad”.
Angélica Arreola

Aunque, como se planteó en el primer capítulo, existen diversos autores que han realizado una aproximación a lo que podría llamarse “teoría de los géneros periodísticos”, o al menos han intentado definirlos y establecer sus características, en el oficio del periodismo, cuyo aprendizaje está determinado en un alto porcentaje por la práctica, no existe quien tenga la última palabra en cuanto a su teorización.

Cada uno de los autores citados en el anterior capítulo ejerció y experimentó la profesión desde sus trincheras, lo cual los condujo a obtener conclusiones, por supuesto, subjetivas. A diferencia de otro tipo de análisis más específicos, como los del discurso o semióticos, donde las categorías se encuentran delineadas por uno o dos autores representativos, para hacer un análisis exclusivamente periodístico, no hay una teoría que por sí misma otorgue todos o los únicos elementos necesarios para llevarlo a cabo.

El objetivo central del trabajo es ofrecer un panorama del valor periodístico de la crónica deportiva –hasta ahora poco estudiada– en el caso particular de Juan Villoro. Con esto, se busca desmenuzar las características que están presentes en sus crónicas y que puedan ser de utilidad para quien quiere especializarse en este género en la práctica diaria.

Por ello se vuelve necesario que el análisis esté enfocado a la estructura y los elementos periodísticos que después se puedan aplicar en la práctica. Así, no se limitará sólo a la forma, o únicamente al uso del lenguaje o sólo al contenido. Lo que se pretende es mostrar cómo están construidas las crónicas deportivas de Juan Villoro mediante un análisis periodístico, es decir, cómo fueron reporteadas y qué variedad de elementos incluyen y proporcionan al lector para hacerlas atractivas.

No existe, pues, un método ni un instrumento que nos permita medir –como en las ciencias exactas– hasta qué punto un texto es o no crónica. Como se mencionó, el periodismo se fundamenta en la práctica y es en el espacio de una redacción donde se materializan las lecturas y los autores consultados y donde se descubren elementos, formas y procedimientos que sólo se aprenden al ejercer diariamente la profesión periodística.

Pero para fines académicos, tampoco es posible desapegarse de ciertos lineamientos y parámetros que, para cumplir los objetivos de la tesis, permitan darle rigor al análisis, con la

finalidad de que tenga un buen fundamento y responda, al menos, a criterios periodísticos básicos. Para ello se retomarán los autores citados en el primer capítulo –eliminando las reiteraciones—y la suma de las características que cada uno señala, lo cual permitirá tener un esquema definido de análisis, más completo y aplicable a todas las crónicas seleccionadas.

2. 1 Esquema de análisis

2.1.1 Clasificación

Como primer punto, para delinear la estructura general de los textos, se retomarán las tres formas en las que –según Angélica Arreola—se pueden ordenar los acontecimientos y, por lo tanto, clasificar la crónica:

-Relato cronológico: Se apega al orden en que ocurrieron los hechos, sin alterar el suceder temporal. No es una narración minuto a minuto; sólo lo relevante.

-Relato de acontecimientos: Sigue la estructura del reportaje de acontecimientos, donde, luego de contar el hecho en síntesis, o los aspectos más sobresalientes, se vuelve a él con más detalles, una y otra vez.

-Relato en contrapunto: Alterna la narración de los hechos con datos, antecedentes o comentarios, o bien, combinando dos momentos o aspectos del acontecimiento.

En cuanto a la clasificación general, también es importante considerar la categorización de Carlos Marín en tres tipos de crónica. Así, los textos a analizar podrán ser:

-Crónica informativa: Deben existir antecedentes del acontecimiento, localización, registro del tiempo, participantes, auditorio y entrevistas.

-Crónica opinativa: Se comenta y puede variar el orden en el que se desarrollan los sucesos, si el cronista considera que así logra una mejor exposición de lo acontecido. El cronista opinativo es libre de desarrollar un estilo literario propio. (El autor ubica las crónicas deportivas dentro de esta clasificación).

-Crónica interpretativa: Es fundamentalmente un relato subjetivo. “Enjuicia” hechos, aunque aquí se debe acotar que existe una sutil diferencia entre contar desde el punto de vista propio e interpretar y emitir juicios de valor, los cuales es mejor evitar. Permite al autor desarrollar un estilo literario propio.

*NOTA: Durante el análisis, podría encontrarse que las crónicas seleccionadas se ubican en más de una de estas clasificaciones. En ese caso, se señalará qué elementos tienen de una y de otra, y por qué no se les puede etiquetar en una sola.

2.1.2 Características

En cuanto a las características específicas, luego de conjuntar las propuestas de los autores citados en el primer capítulo, pueden identificarse ocho grandes rasgos: estructura, estilo, información y fuentes, descripción, antecedentes, contexto, interpretación y elemento personal. A continuación se especificará cada uno de ellos con base en los autores consultados:

2.1.2.1 Estructura

-Estructura de relato: Pretende hacer la historia de un suceso y debe enfocarse en cómo sucedió el hecho.

-Circularidad: la organización del texto debe mostrar un principio, una parte central y un desenlace.

-Importancia de un primer párrafo para atraer la atención del lector.

-Puede referir hechos ocurridos durante días, meses o incluso años, como ocurre en las crónicas de viajes, personajes o sobre hechos históricos.

2.1.2.2 Estilo

-Público: Debe escribirse con lenguaje claro y sencillo, comprensible para todos los lectores.

-Escribir económicamente y no dejar que la historia pierda el ritmo.

-Oportuno: El relato debe ofrecerse en el momento preciso, si se trata de un hecho de actualidad. Cuando es un suceso pasado, debe aportar un elemento novedoso, un ángulo distinto de lo publicado hasta entonces.

-Recursos: La crónica es una de las expresiones periodísticas más literarias, debe contar con un estilo que incluya recursos estilísticos para lograr la expresión de cada idea en imágenes, cuida la forma y pesa las palabras, describe a los personajes desde muy distintos ángulos, emplea recursos dramáticos y con un lenguaje más rico que el empleado en la información “seca”.

-El objetivo es analizar y explicar los hechos con la presencia de estos elementos:

>Síntesis: resumir lo que la actualidad ha producido.

>Imparcialidad: la valoración se basa en los conocimientos, no en la subjetividad.

>Brillantez: hechos expuestos en una forma segura y atractiva.

>Interés humano: detalles que hagan lo sucedido más próximo y comprensible.

-Efecto de ilusión referencial: efecto de realidad, es decir, se produce el efecto de transportar al lector al lugar de los hechos, de haber estado ahí, para dotar de veracidad a lo ocurrido.

2.1.2.3 Información

-Propósito informativo: gira en torno a esa intención y requiere que el reportero haya sido testigo de lo que relata.

-Buscar la información que constituye la base para el texto sobre el que se trabaja.

-Información de fuentes para perfilar, iluminar, entender mejor los aspectos de los asuntos.

2.1.2.4 Descripción

-Elemento que identifica de manera definitiva a la crónica.

-Combinación de la descripción de ambiente, de personajes y de acciones.

-Mostrar a personas haciendo cosas. Se pudieron haber encontrado personalmente o no, pero hay una descripción de protagonistas.

-Dejar que esas personas hablen (citas pertinentes y atractivas).

2.1.2.5 Antecedentes

-Recordar sucesos anteriores que puedan tener alguna relevancia para los lectores.

2.1.2.6 Contexto

-Declaraciones, citas de la prensa local y recursos del pasado. Opiniones, citas, reflexiones o información al margen, que se alterna con la narración de los hechos.

-“Panoramizar”: hacer asociaciones entre momentos, declaraciones y situaciones que espigará de un gran contexto general.

2.1.2.7 Interpretación

-Presencia de una interpretación, pero sustentada en una visión tangible de la realidad. No juicios morales.

-Coherencia comprensible y atractiva para el lector: ser tomado en cuenta, no cerrarse sobre sí.

2.1.2.8 Elemento personal

-Elemento personal: el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera.

-Utiliza la propia experiencia y hace explícitas sus alusiones culturales.

-Existen elementos autorreferenciales, incluyendo a menudo reflexiones sobre la escritura en sí.

NOTA: Las primeras tres crónicas que se analizarán corresponden al mundial de Alemania 2006. Aunque tienen una gran carga de opinión, el mismo Juan Villoro las ubica en el género de crónica. En este capítulo se determinará qué elementos de ese género ofrece cada una de ellas; sin embargo, es necesario aclarar por anticipado que las tres conforman una unidad y aunque cada una posee su propia estructura, sumadas parecen conformar con mayor firmeza la circularidad a la que alude el apartado 2.1.2.1: la crónica 1 relata el principio de la justa mundialista, la 2 la parte central o clímax y la 3 el desenlace de Alemania 2006. Por ello, las características varían dependiendo del momento narrado. La primera y la última tienen una mayor tendencia hacia la valoración y la segunda ofrece más detalles y elementos descriptivos. Aunque se señalarán las características de cada una como relatos independientes, vale la pena mencionar que se trata, a juicio de la autora de esta tesis, de tres textos que en realidad son una sola gran crónica del mundial germano.

Crónica 1.

El paisaje antes de la batalla

Antes del primer silbatazo del torneo más importante del fútbol, “no toda la tensión estará dentro de la cancha”, dice Juan Villoro en este primer parte de guerra desde Alemania. El autor de Dios es redondo inicia así su narración sobre las esperanzas nacionales: “México ha sido designado cuarto mejor equipo del mundo y encabeza su grupo. ¿Hay un criterio deportivo que respalde esta decisión? No”.

Juan Villoro

Lo único cierto del próximo Mundial es que resulta impredecible. Los entrenadores curtidos en mil contiendas rara vez aciertan en los pronósticos deportivos. En cambio, las honestas ancianitas que señalan sus preferencias con total despiste atinan sin el menor problema.

Salvo Francia 98, los últimos mundiales no han sido gran cosa. Italia 90 tal vez fue el peor de la historia, y Estados Unidos 94 y Corea y Japón 2002 demostraron que la épica puede ser administrada por oficinistas. Alemania 2006 nos autoriza a soñar, en parte porque tenemos ganas de hacerlo y en parte porque hay señas promisorias.

El anfitrión llega en malas condiciones, lo cual es buena noticia, dada su convulsa historia. Desde 2000, cuando le ganó a Inglaterra en el viejo estadio de Wembley, Alemania no ha podido superar a ninguna selección importante de Europa. Aun así, tiene lo que siempre ha tenido, temple ante la adversidad, incluida la presión de su público, la más sufrida forma del estímulo. No es casual que un equipo al que le sientan bien las turbulencias tenga por máxima estrella al portero Jens Lehmann, que logró jubilar a Oliver Kahn, guardameta que ha llegado a la tercera edad del fútbol sin perder los reflejos ni la rabia.

Otro animador del cotejo, Inglaterra, llega con los mejores titulares que ha podido reunir en décadas. Su problema son los suplentes. Fieles a su escudo, donde los leones conviven con las rosas, los ingleses oscilan entre la bravura y la fragilidad. Brasil les ganó con 10 hombres en el Mundial de 2002 porque Inglaterra es el único país donde un hombre de 62 años (Mick Jagger) está en mejor condición física que la selección.

En Alemania 2006 concluirá la era del entrenador Eriksson, que ha mostrado lo temperamental que puede ser un sueco. La prensa inglesa saludó su llegada de este modo: “¡Hemos puesto nuestro destino en manos de un hombre que viene de un país de esquiadores!”. Durante los siguientes cinco años y medio, el entrenador de Inglaterra ofreció estupendo material amarillista: sus escándalos sexuales sólo amainaron para dar lugar a

polémicas con jugadores. Eriksson combina el carácter torturado de un personaje de Strindberg con los frívolos placeres del mundo según Paris Hilton. Lo único que podemos anticipar de su despedida es que será tan notoria como los cortes de pelo del jugador que él hizo capitán: David Beckham.

Algunos equipos viajan con tantas maletas como una compañía de ópera y otros prefieren mochilas de excursionistas. Lo mismo pasa con la caprichosa forma de armar alineaciones. España asiste sólo con tres delanteros (uno de ellos, Raúl, en mala forma) y Argentina con seis. En una época acostumbrada a dos hombres en punta, el entrenador Luis Aragonés parece confirmar el rasgo que Borges descubrió a los españoles: actúa como si no conociera la duda; tres personas le bastan. En cambio, José Peckerman, que destacó como entrenador de las selecciones juveniles argentinas, quiere suficientes delanteros para llenar un aula.

El destino albiceleste dependerá de la recuperación física del novato Messi y del estado emocional de Riquelme. Hace poco, este volante prodigio falló un penalti de último minuto que podía haber llevado al Villarreal a la prórroga y de ahí a la final de la Champions. Riquelme pertenece a esa franja de los atletas sensibles que sólo juegan bien cuando disfrutan. ¿Con qué ánimos saldrá a la cancha después de esa jugada contra el Arsenal que lo llevó a morderse la camiseta durante cinco minutos? Y algo más terrible: ¿se atreverá a tirar un penalti?

Desde Italia 90, cuando la Aldea Global conoció a los Leones Indomables de Camerún, se dice que África es el futuro del fútbol. De los cinco equipos africanos que animarán la justa, Costa de Marfil se perfila como el más temible. Cuenta con jugadores que militan en el Arsenal, el Chelsea y el Olimpiakos, dejó en el camino al Camerún de Samuel Eto'o y tiene en el eje de ataque a un seguro protagonista del torneo, Didier Drogba, el mejor futbolista de la liga francesa en 2004.

Pero no toda la tensión estará dentro de la cancha. Dos leyendas del fútbol que nunca ganaron el Mundial estarán junto a la línea de cal: Zico, el Pelé Blanco, que entrena a Japón, y Marco Van Basten, al frente de Holanda. Esto nos lleva al tema del juego de conjunto. Pocos equipos lo desempeñan tan bien como la Naranja Mecánica, organizada en base a jugadores en forma, no a prestigios, que en su clasificación obtuvo 32 de los 36 puntos en disputa; la República Checa, comandada por el excepcional Pavel Nedved del Juventus; Italia, que no hace mucho derrotó a Alemania 4-1, y la Ucrania de Andry Schevchenko, segundo mejor jugador del mundo en la votación del Balón de Oro.

El Mundial es un desafío para los equipos pero también para las individualidades. Thierry Henry tiene la alta encomienda de jugar con Francia como juega con el Arsenal, y Brasil encara un problema muy raro: demostrar que 11 celebridades pueden llevarse de tú. De los 10 mejores jugadores del mundo, al menos cinco son brasileños. El más prominente de ellos, ganador del último Balón de Oro y de la Champions, es Ronaldinho. A los 26 años ha acumulado logros notables, pero aún debe probarse ante la Suprema Corte, como lo hicieron Pelé y Maradona.

Los vendedores de zapatos anhelan la final Brasil-Alemania, Nike contra Adidas. Si se produce esta reedición de 2002, será el duelo de las sandalias contra los botines de hierro.

La FIFA nos quiere mucho

Uno de los absurdos del fútbol es que la FIFA ofrece un ranking de selecciones, algo tan absurdo como que la ONU hiciera un *hit-parade* de los países. México ha sido designado cuarto mejor equipo del mundo y encabeza su grupo. ¿Hay un criterio deportivo que respalde esta decisión? No. Las razones están fuera de la cancha. México ha organizado con éxito dos mundiales y dispone de una afición a prueba de cualquier desastre que genera ganancias numerosas.

Nuestra selección es una de las cinco que desplaza más dinero y la que disputa más partidos amistosos. Además, es un invitado simpático. Cuando Brasil firmó su contrato millonario con Nike necesitaba un equipo ante el cual lucirse y México fue invitado a la goliza. Hace unos días perdimos con pundonor en la despedida de Zidane ante el público francés. El equipo tricolor agrega color a la fiesta sin exigir protagonismo. Por otra parte, cada vez que es necesario acepta castigos con gentil obediencia. En 1990 la FIFA sancionó con una severidad sin precedentes. México falsificó actas de nacimiento para un torneo juvenil (el célebre caso de los cachirules), pero la sanción perjudicó a la selección mayor, impedida de ir al Mundial de Italia. ¿Por qué se canceló el viaje de un comensal que come lo que le ponen enfrente y da tres veces las gracias? Posiblemente porque eso franqueaba el acceso de Estados Unidos. A la FIFA le preocupaba la condición casi secreta del fútbol en el país que sería anfitrión en 1994. Urgía calentar el ambiente con su participación en Italia 90. México aceptó el castigo sin chistar, pero esto no impidió la llegada masiva de turistas con sombreros de charro. Para sufrir más a gusto, hay que recordar que Hugo Sánchez estaba entonces en plena forma. En la temporada 89-90 empató la legendaria marca de Zarra de 38 goles en la liga española y había conquistado el Botín de Oro al máximo anotador de Europa.

El cuarto lugar en que nos ha puesto la FIFA ha colado en el ánimo de mucha gente, convencida de que haremos historia. Este optimismo también tiene que ver con las declaraciones de la selección. Al respecto, hay que considerar que a todo futbolista le conviene el engaño útil de creerse Pelé. Esta fantasía motivacional es más cuestionable cuando se alía a la demagogia. Felipe Calderón visitó a la selección y aseguró que el Tri conquistará el Mundial, promesa de campaña no avalada por la razón.

El triunfalismo también ha sido alimentado por las televisoras y los 19 patrocinadores que según Merca 2.0 han aportado 110 millones de dólares al equipo y lo presentan como una patriótica potencia en sus spots.

La lógica, esa exigente señora que siempre se divorcia rápido, hace suponer que México pasará a la siguiente ronda para ser eliminado por Holanda o Argentina.

El Tri prefiere reaccionar a proponer el juego, baila al son que le toquen, pierde con Alemania jugando bien y le gana a Congo jugando mal. El autoritario Lavolpe es más un profesor que un estratega. Con sensatez, ha declarado que después del Mundial trabajará con fuerzas básicas. Enemigo de la desobediencia y lo inesperado, enfrenta mal a los cracks, desobedientes por naturaleza. Hábil ante lo regular y limitado ante lo excepcional. Lavolpe prefirió hacer nacionalizaciones exprés antes que llevar a dos impredecibles: Bofo y Cuauhtémoc.

Desde luego, nada sería mejor que una sorpresa que desatara la mexicana alegría. Esta hipótesis de cuento de hadas obliga a recordar que el Mundial se celebrará en la patria de los hermanos Grimm, que ampararon sus historias bajo el lema: “Entonces, cuando desear todavía era útil”.

Análisis

2.1.1.1 Clasificación

De acuerdo con la clasificación de Arreola, esta primera crónica se ubicaría en el relato de acontecimientos, donde luego de contar el hecho en síntesis, se vuelve a él con más detalles, una y otra vez.

Desde el primer párrafo, Villoro ubica al lector en el tema de la justa mundialista y comienza la crónica con una sentencia: “Lo único cierto del próximo Mundial es que resulta impredecible”. A lo largo de la crónica, da los detalles –del mismo hecho— que refuerzan esta afirmación.

Primero con la descripción de los equipos y las personalidades más importantes para la justa mundialista, y luego con la situación de México, el relato vuelve siempre al mismo punto, es decir, lo impredecible del Mundial, idea que preserva hasta el final de la crónica, cuando sugiere la posibilidad de una “sorpresa mexicana”.

Si se agrega la clasificación de Marín, aunque la crónica tiene elementos de informativa y opinativa, habría que ubicarla como “interpretativa”, ya que los hechos se cuentan desde el punto de vista del autor, hay una valoración del escenario previo al mundial e incluso algunas afirmaciones de lo que podría suceder. Ejemplos de ello es cuando dice: “El destino albiceleste dependerá de la recuperación física del novato Messi y del estado emocional de Riquelme” o “De los cinco equipos africanos que animarán la justa, Costa de Marfil se perfila como el más temible”. No sin fundamentos, pues para cada una de estas afirmaciones Villoro aporta datos, como se señalará en el resto del análisis, la crónica resulta una gran previsión del Mundial Alemania 2006, es decir, un texto que a partir del estado actual (en ese entonces) de las cosas, interpreta en qué podrían derivar.

2.1.2.1.1 Estructura

En cuanto a la estructura del relato, efectivamente la crónica de Villoro narra un suceso: el inicio de la contienda mundialista de 2006 y se enfoca en cómo sucedió este hecho. La crónica forma parte de una gran estructura que se complementa con las dos crónicas subsecuentes que, juntas, darán una visión panorámica de toda la justa.

Sin embargo, “El paisaje antes de la batalla” también se centra en un suceso en sí misma, que es el estado de las cosas previo al arranque del mundial y en el estado de los equipos en esta fase y, por lo tanto, cuáles podrían ser las consecuencias.

Así encontramos la circularidad en el texto, que muestra un principio, una parte central y un desenlace. El principio está marcado por la afirmación inicial de Villoro: “Lo único cierto del próximo Mundial es que resulta impredecible”. La afirmación sirve de preámbulo para hablar de la situación de los equipos con más posibilidades de triunfar en el Mundial, para después llevarnos a la parte central de la crónica, en la que Villoro ofrece una previsión de lo que podría ser la final mundialista:

“Los vendedores de zapatos anhelan la final Brasil-Alemania, Nike contra Adidas. Si se produce esta reedición de 2002, será el duelo de las sandalias contra los botines de hierro”, afirma el autor a manera de conclusión, luego de presentar la situación general de equipos y personalidades.

Como una tercera parte de la crónica, y a manera de desenlace, se puede distinguir el intertítulo “La FIFA nos quiere mucho” y que presenta la situación de la selección mexicana para ese mundial. Mediante una explicación de las características del equipo mexicano y la posición que ocupa, el autor sugiere que del equipo se espera más de lo que la lógica indica que podría obtener, para concluir con una aseveración que liga el desenlace con el principio de la crónica: la posibilidad de que México dé una sorpresa, ya que “lo único cierto del Mundial es que resulta impredecible”.

En cuanto a la estructura es importante destacar el primer párrafo, el que, de acuerdo al esquema de análisis planteado en este trabajo, debe atraer la atención del lector. En él, Villoro dice:

“Lo único cierto del próximo Mundial es que resulta impredecible. Los entrenadores curtidos en mil contiendas rara vez aciertan en los pronósticos deportivos. En cambio, las honestas ancianitas que señalan sus preferencias con total despiste atinan sin el menor problema”.

La frase inicial es contundente y resume lo que la crónica detallará después con información: la imposibilidad de predecir lo que sucederá en el Mundial. Las siguientes dos afirmaciones refuerzan esa idea, con el estilo propio del autor, como se verá más adelante. Es decir, sirven como explicación y muestra –poniendo un ejemplo humorístico— del planteamiento que subyace en el texto en su totalidad.

En cuanto a la estructura, también puede observarse que, aunque el tema central es un suceso actual, refiere hechos ocurridos durante meses o años, pues hay una gran carga de contexto histórico y de referencias pasadas relativas a cada equipo, que explican su situación previa a la contienda. Desde el segundo párrafo, el autor menciona justas pasadas, como Francia 98, Estados Unidos 94 y Corea y Japón 2002, que sirven como contexto para entender el resto de la crónica, pero al mismo tiempo conforman un recuento histórico, que resulta necesario para después, ofrecer un panorama amplio.

2.1.2.2.1 Estilo

En su lenguaje, la crónica cumple con hacerlo claro y sencillo. Muestra de ello es el tono coloquial que utiliza el autor en expresiones como: “Alemania 2006 nos autoriza a soñar, en parte porque tenemos ganas de hacerlo y en parte porque hay señas promisorias”. Además, al utilizar la primera persona del plural, se incluye, junto con los lectores, en un “nosotros” que le da mayor familiaridad al texto.

Incluso, hace referencia a personajes fuera del ámbito deportivo, que pueden ser ampliamente conocidos o no, por ejemplo, cuando dice: “Eriksson combina el carácter torturado de un personaje de Strindberg⁶² con los frívolos placeres del mundo según Paris Hilton”. Aunque el lector ignore quién es Strindberg, será este mismo desconocimiento el que le permitirá entender el contraste que pretende hacer el autor entre un personaje “culto” y uno frívolo, como lo es Paris Hilton. Al adjetivar con el “carácter torturado”, la imagen es más clara, aunque el personaje no sea familiar.

También se incluye cuando habla de la selección, y lo hace de manera sencilla: “Hace unos días perdimos con pundonor en la despedida de Zidane ante el público francés”. Como veremos en ésta y otras crónicas, la mayoría de sus frases tienen una construcción sencilla, los párrafos son cortos y la redacción es impecable. Difícilmente se puede encontrar en las crónicas enunciados largos o complicados para su lectura.

Respecto a la oportunidad del relato, éste se publicó en el momento preciso, es decir, antes de que la contienda diera inicio y no sólo eso, sino que el autor buscó un ángulo atractivo para el lector. Quizá resulta lógico u obvio pensar en que un mundial es impredecible; sin embargo, Villoro no sólo se atiene a la condición actual (en 2006) de los equipos, sino que ofrece un recuento histórico y realiza una serie de valoraciones, como cuando se pregunta si hay un criterio deportivo que respalde el lugar que la FIFA le otorgó a México.

En cuanto a los recursos estilísticos que usa el autor para “lograr la expresión de cada idea en imágenes”, como lo plantea el esquema de análisis, se pueden encontrar diversos ejemplos a lo largo del texto. Desde el primer párrafo, cuando Villoro cita a las “honestas ancianitas que señalan sus preferencias con total despiste”, comienza a hacer uso de las comparaciones para enriquecer lo que afirma y “pintar” una imagen de ello.

Otros ejemplos son cuando describe al portero Jens Lehmann, que “ha llegado a la tercera edad del fútbol sin perder los reflejos ni la rabia” o a los ingleses, que “oscilan entre la bravura y la fragilidad”. Más adelante asegura que “Inglaterra es el único país donde un hombre de 62 años (Mick Jagger) está en mejor condición física que la selección”. De nuevo, podemos apreciar aquí cómo las referencias externas al fútbol y el usarlas como punto de comparación son un recurso estilístico frecuente en la prosa de Villoro.

⁶² Johan August Strindberg (Estocolmo, 1849-1912). Escritor y dramaturgo sueco. Se le considera el renovador del teatro sueco y precursor o antecedente del teatro de la crueldad y teatro del absurdo.

Otras veces, recurre también a asuntos relacionados con el mundo deportivo, pero que no están dentro del contexto de lo que sucede en la cancha y proporcionan una imagen diferente de un asunto que, en principio, pudiera parecer serio o solemne. Así es cuando el autor dice: “Lo único que podemos anticipar de su despedida es que será tan notoria como los cortes de pelo del jugador que él hizo capitán: David Beckham”.

En cuanto a los recursos estilísticos, también es notorio un juego de palabras entre lo que podría parecer una simple comparación con marcas de zapatos, pero que es más bien una referencia a los patrocinadores de los equipos y el peso que tienen la publicidad en este tipo de sucesos: “Los vendedores de zapatos anhelan la final Brasil-Alemania, Nike contra Adidas. Si se produce esta reedición de 2002, será el duelo de las sandalias contra los botines de hierro”. Hay que destacar que al mismo tiempo, utiliza el tipo de calzado (sandalias y botines de hierro) como una manera de describir a los países o, al menos, la imagen que se tiene de ellos.

Hacia el final de la crónica, Villoro continúa usando estos recursos al acotar, por ejemplo, que “hay que considerar que a todo futbolista le conviene el engaño útil de creerse Pelé”. Continuamente, el autor utiliza una serie de adjetivos o de referencias externas para enriquecer sus afirmaciones y proporcionar una imagen sencilla pero más “colorida” de las cosas, como cuando asegura que el *ranking* de selecciones es “algo tan absurdo como que la ONU hiciera un *hit-parade* de los países”.

En los ejemplos anteriores, podemos observar las premisas que deben guiar el estilo de la crónica: síntesis, brillantez, interés humano y efecto de ilusión referencial.

En cuanto a la imparcialidad, es importante señalar que en reiteradas ocasiones, esta característica se vuelve más clara cuando el autor plantea interrogantes, más que afirmaciones, como al dejar abiertas las preguntas: “¿Con qué ánimos saldrá a la cancha después de esa jugada contra el Arsenal que lo llevó a morderse la camiseta durante cinco segundos?”, “¿se atreverá a tirar un penalti?”. Y más aún, cuando deja abiertas las posibilidades, recordando que nada es definitivo (que es la premisa inicial de esta crónica): “Desde luego, nada sería mejor que una sorpresa que desatara la mexicana alegría”.

Respecto al efecto de ilusión referencial, si bien, en la crónica no hay una gran cantidad de descripción del lugar en donde suceden los hechos o de elementos de ambientación, es importante señalar que hay constantes referencias a que se trata de un mundial y a los diversos equipos que participan, por lo que el ritmo del relato va envolviendo

al lector en el asunto tratado y, por lo tanto, logra dejar la impresión de que él mismo está presenciando el suceso.

2.1.2.3.1 Información

Como ya se ha citado antes, este es uno de los requisitos que debe cumplir la crónica. En el ejemplo que se analiza, es evidente que el autor está siendo testigo de lo que relata, como él mismo lo detallará en el tercer capítulo y que, además, hay información de diversas fuentes para hablar del asunto.

Entre ellas están la propia experiencia del autor, los resultados documentados en mundiales pasados y la consulta a la prensa local.

Cuando menciona los últimos mundiales, podemos deducir que recurre a su propio contexto, pues estuvo presente en ellos; más adelante, también incluye datos que posiblemente fueron documentados por la prensa o incluso pueden ser producto de su memoria: “Brasil les ganó con 10 hombres en el mundial de 2002”.

Después, él mismo cita a la prensa extranjera: “La prensa inglesa saludó su llegada de este modo...”, que es la misma fuente que le permite hablar del “estupendo material amarillista” y los escándalos sexuales que ofreció el entrenador de Inglaterra.

Hay más presencia de información, que bien puede ser retomada de notas contextuales o de la propia observación y consulta de la prensa en el lugar donde se desarrolla el mundial: “España asiste sólo con tres delanteros (uno de ellos, Raúl, en mala forma) y Argentina con seis”.

Datos similares ofrece más adelante sobre los africanos, al comentar que Costa de Marfil cuenta con jugadores que militan en el Arsenal, el Chelsea y el Olimpiakos, que derrotó a Camerún y que cuenta con el mejor futbolista de la liga francesa de 2004.

También hace referencia a los 10 mejores jugadores del mundo y al ganador del último Balón de Oro, como parte de los datos informativos que podemos encontrar en el texto. Incluso información política, proveniente de la fuente que representa la misma prensa, está incluida en la crónica: “Felipe Calderón visitó a la selección y aseguró que el Tri conquistará el Mundial”. Y cita a una fuente más, los estudios de una empresa de mercadotecnia: “...y los 19 patrocinadores que según Merca 2.0 han aportado 110 millones de dólares al equipo”.

2.1.2.4.1 Descripción

Aunque la descripción de ambientes o lugares no abunda en esta crónica, sí encontramos ejemplos de descripción de personajes o de equipos. Como se ha mencionado, ya que ésta, junto con otras dos crónicas, da forma a un mismo relato amplio de todo el Mundial, algunas están cargadas con más elementos valorativos o informativos que descriptivos.

Sin embargo, hay varias frases descriptivas en diferentes momentos de la crónica, como cuando se refiere a la selección alemana: “tiene lo que siempre ha tenido, temple ante la adversidad, incluida la presión de su público, la más sufrida forma del estímulo”; lo mismo pasa con los ingleses, que “oscilan entre la bravura y la fragilidad”.

Más adelante, mediante este tipo de frases, el autor transmite una impresión general de los equipos, derivada de la observación: “Algunos equipos viajan con tantas maletas como una compañía de ópera y otros prefieren mochilas de excursionistas”. El mismo rasgo encontramos cuando Villoro describe al equipo mexicano como el que “agrega color a la fiesta sin exigir protagonismo” o el comensal “que come lo que le ponen enfrente y da tres veces las gracias” y finalmente: “El Tri prefiere reaccionar a proponer el juego, baila al son que le toquen, pierde con Alemania jugando bien y le gana a Congo jugando mal”.

Del mismo modo ofrece una descripción de Lavolpe: “Enemigo de la desobediencia y lo inesperado, enfrenta mal a los cracks, desobedientes por naturaleza. Hábil ante lo regular y limitado ante lo excepcional...”. Así, es posible detectar que abunda la descripción de personajes y de acciones, y el autor casi siempre echa mano de los rasgos particulares o de las hazañas más comunes que se conocen de alguien o de algo para describirlo en frases cortas y concretas, pero cargadas de imágenes.

2.1.2.5.1 Antecedentes

Los sucesos anteriores, relacionados con lo que se relata, serán siempre una referencia constante en las crónicas de Villoro. Y es que se trata de un escritor que con su propia experiencia, puede proporcionar distintos contextos y antecedentes.

De esta forma, en “El paisaje antes de la batalla”, encontramos que el segundo párrafo es, de hecho, un recuento de antecedentes de los mundiales anteriores: Italia, Estados Unidos y Corea y Japón. Igualmente, en los párrafos siguientes, el autor refiere antecedentes de cada uno de los equipos a los que menciona. Así, de Alemania cita su “convulsa historia”, que no le ha permitido superar a ninguna selección importante europea tras su triunfo sobre Inglaterra en el 2000; de Brasil recuerda que le ganó a Inglaterra con 10 hombres en el Mundial de 2002; de Riquelme, recuerda que “hace poco, este volante prodigio falló un

penalti de último minuto que podría haber llevado al Villarreal a la prórroga y de ahí a la final de la Champions”.

También recurre al pasado para explicar las condiciones de los equipos africanos: “Desde Italia 90, cuando la Aldea Global conoció a los Leones Indomables de Camerún, se dice que África es el futuro del futbol”.

En el párrafo que el autor inicia con la frase “pero no toda la tensión estará dentro de la cancha”, recurre también a un recuento de antecedentes que incluye a dos leyendas del futbol, Zico y Marco Van Basten, la selección holandesa, la de la República Checa y la ucraniana. Para todos ellos, recurre a algún dato del pasado para explicar el momento en el que se encontraban en aquel mundial de 2006.

Lo mismo hace en la parte de la crónica que se refiere a México, en donde trae a la memoria el antecedente de los “cachirules” para ejemplificar los absurdos que rodean a la selección, y del mismo modo, recuerda a Hugo Sánchez diciendo: “En la temporada 89-90 empató la legendaria marca de Zarra de 38 goles en la liga española y había conquistado el Botín de Oro al máximo anotador de Europa.”

2.1.2.6.1 Contexto

Con el contexto, como se mencionó en el esquema de análisis propuesto antes, nos referimos a “opiniones, citas, reflexiones o información al margen, que se alterna con la narración de los hechos”. Los antecedentes, que son principalmente datos del pasado que el autor trae al relato del presente, ya los hemos citado en el apartado anterior.

Sin embargo, hay otros momentos y frases en las que Villoro utiliza información al margen para ilustrar mejor sus afirmaciones. Como ejemplos, encontramos “Alemania no ha podido superar a ninguna selección importante de Europa”, la mención a la edad y la condición física de Mick Jagger, las referencias a lo temperamental del entrenador sueco Eriksson, el caso de José Peckerman, “que destacó como entrenador de las selecciones juveniles argentinas”, la mención de Riquelme como el que “pertenece a esa franja de los atletas sensibles que sólo juegan bien cuando disfrutan”.

Todas estas referencias son claramente producto de la conjunción entre la observación, la lectura y consulta de información y la experiencia propia del autor.

Pero a ellas habría que agregar las referencias culturales o literarias, que tienen origen más en la faceta literaria del autor que en su trabajo como periodista, y que sirven para

enriquecer el relato. Entre éstas, las más sobresalientes, además de la mención a Strindberg encontramos las dos siguientes:

“En una época acostumbrada a dos hombres en punta, el entrenador Luis Aragonés parece confirmar el rasgo que Borges descubrió a los españoles: actúa como si no conociera la duda; tres personas le bastan”.

La otra, en la misma conclusión del texto:

“Esta hipótesis de cuento de hadas obliga a recordar que el Mundial se celebrará en la patria de los hermanos Grimm, que ampararon sus historias bajo el lema: ‘Entonces, cuando desear todavía era útil.’”

Así, en las crónicas de Villoro es posible notar la característica de “panoramizar”, que cita Bastenier, pues las “asociaciones entre momentos, declaraciones y situaciones” son una constante para explicar las condiciones actuales de personajes y hechos. Ninguno de los datos que proporciona el autor está desligado de la gran idea general de la crónica, que es precisamente otorgar al lector un gran panorama previo a la justa mundialista, pero tampoco se trata de una suma de datos deportivos descontextualizados.

2.1.2.7.1 Interpretación

En cuanto a esta característica, ya se ha hecho mención en los apartados anteriores respecto a la forma que utiliza Villoro para la interpretación en este caso, que está en buena parte basada en preguntas. Así, el autor no decreta ni afirma hechos irrefutables, sino que siembra la duda en sus lectores. Primero, otorgándoles los elementos informativos suficientes para llegar a una conclusión, pero después dejando abiertas las posibilidades, como cuando pregunta sobre Riquelme:

“¿Con qué ánimos saldrá a la cancha después de esa jugada contra el Arsenal que lo llevó a morderse la camiseta durante cinco minutos? Y algo más terrible: ¿se atreverá a tirar un penalti?”.

En otras ocasiones, se atreve a aventurar un pronóstico, como el de Eriksson: “Lo único que podemos anticipar de su despedida es que será tan notoria como los cortes de pelo del jugador que él hizo capitán: David Beckham”. Sin embargo, dichas afirmaciones no están hechas al aire o lanzadas en medio de la nada. A lo largo de las frases que preceden esta conclusión, ha otorgado las referencias y los antecedentes relativos al entrenador y a sus escándalos en la prensa, es decir, hay un sustento para hacer esa previsión, que resulta entonces la conclusión natural derivada de lo que se ha dicho antes.

Lo mismo sucede cuando el autor asegura que “el destino albiceleste dependerá de la recuperación física del novato Messi y del estado emocional de Riquelme”. El enunciado abre el párrafo en el que se explica la situación de Riquelme y, por lo tanto, las razones que llevan a Villoro a concluir de qué depende el destino albiceleste.

En el apartado “La FIFA nos quiere mucho” hay una gran carga de interpretación respecto al papel que jugará la selección mexicana en el mundial de 2006, pero no carece de sustento.

Así, en el primer párrafo, Villoro dice: “Uno de los absurdos del futbol es que la FIFA ofrece un ranking de selecciones”, y compara de manera crítica, “algo tan absurdo como que la ONU hiciera un *hit-parade* de los países. México ha sido designado cuarto mejor equipo del mundo y encabeza su grupo. ¿Hay un criterio deportivo que respalde esta decisión? No”, contesta él mismo la pregunta, pero de inmediato explica y argumenta: “Las razones están fuera de la cancha. México ha organizado con éxito dos mundiales y dispone de una afición a prueba de cualquier desastre que genera ganancias numerosas”.

Más adelante, continúa con los argumentos: “Nuestra selección es una de las cinco que desplaza más dinero y la que disputa más partidos amistosos”. Y vuelve a calificar: “Además, es un invitado simpático”. Pero en la siguiente frase ejemplifica y sustenta por la afirmación: “Cuando Brasil firmó su contrato millonario con Nike necesitaba un equipo ante el cual lucirse y México fue invitado a la goliza. Hace unos días perdimos con pundonor en la despedida de Zidane ante un público francés”.

Los párrafos subsecuentes tienen la misma estructura. Sí encontramos valoración, interpretación e incluso calificación por parte del autor, pero siempre sustentada en las frases precedentes o siguientes y ninguna afirmación está lanzada aisladamente, sin argumentos que se ofrezcan de manera previa o posterior.

2.1.2.8.1 Elemento personal

El elemento personal en la crónica es en realidad una suma de varios de los aspectos anteriores. Como se cita en el esquema de análisis, la característica se refiere a que “el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera”. Hemos visto ya cómo lo hace Villoro y cómo otorga diversas referencias para explicar los hechos a los que se refiere o las afirmaciones que hace.

Dentro de su estilo personal, hay también una tendencia a lo humorístico, a restar solemnidad al relato mediante la introducción de detalles cargados de un tono irónico, o bien,

de contrastes poco usuales, que al mismo tiempo son inesperados pero pintorescos: “las honestas ancianitas que señalan sus preferencias”, “tiene lo que siempre ha tenido, temple ante la adversidad, incluida la presión de su público, la más sufrida forma del estímulo”, la ya mencionada despedida de Eriksson, equiparada a los cortes de pelo de Beckham, “el duelo de las sandalias contra los botines de hierro”, la comparación del ranking de la FIFA con un imaginario *hit-parade* de los países, la comparación de la selección mexicana con un “comensal que come lo que le ponen en frente y da tres veces las gracias” y “la lógica, esa exigente señora que siempre se divorcia rápido”.

En todas las frases mencionadas se puede apreciar el elemento personal del autor, pero también en las asociaciones a referencias literarias de Borges y los hermanos Grimm, que se citaron en el apartado anterior, así como la inclusión de detalles personales de los jugadores e incluso del aspecto político subyacente en algunos sucesos. Es así cuando señala: “Al respecto, hay que considerar que a todo futbolista le conviene el engaño útil de creerse Pelé. Esta fantasía motivacional es más cuestionable cuando se alía a la demagogia. Felipe Calderón visitó a la selección y aseguró que el Tri conquistará el Mundial, promesa de campaña no avalada por la razón”.

Así, encontramos con frecuencia un tono antiolemne, irónico, pero que al mismo tiempo no se trata de una burla abierta o explícita, sino parte de un estilo que posee una pizca de humor sutil y quizá hasta involuntario, como sucede en otros textos de Villoro.

Crónica 2.

Pasiones y sinrazones del Mundial

Alemania 2006 mantiene viva la flama del futbol. Aunque muchos goles han caído en jugadas a balón parado, estamos ante un cotejo abierto, dominado por el ánimo ofensivo, el mejor que vemos desde que Maradona se coronó en México 86.

Pero ninguna fiesta es perfecta y los mexicanos debemos sobrellevar las decepciones previstas en estas mismas páginas. Márquez volvió a mostrar que su mente no está a la altura de sus pies. Si en el pasado Mundial y en la Copa Confederaciones se hizo expulsar de manera imperdonable, ahora provocó un penal con una mano que ni siquiera fue afrentosa. Ante Portugal, su pusilánime caricia al balón nos perjudicó tanto como el clavado de Luis Pérez y el protagonismo de Omar Bravo, que quiso aumentar su cuenta personal con un penalti que no le estaba asignado. Por su parte, el enjundioso *Kikín* Fonseca confirmó que si el futbol se jugara con el alma o sin balón sería un crack.

La palabra “hincha” surgió en Uruguay para caracterizar a quienes inflaban los balones y seguían a los equipos por todas partes. Nada más lógico que los aficionados hinchen a sus equipos, pero ninguno tiene la condición neumática del nuestro. México se desinfló ante los ojos de todo mundo, menos los de Vicente Fox, profeta de lo mismo: “sigan así”, fue su consejo.

Pantallas planas para un dios redondo

Cada cuatro años se actualiza la relación entre los medios y la cancha. Asistimos ahora al Mundial de la alta definición. Hasta en los puestos de salchichas hay pantallas de plasma. Si el Mundial de Corea y Japón fue secuestrado por el pago por evento, en 2006 la mayoría de los países verán unos treinta partidos por televisión abierta, dieta sustanciosa para el *homo videns*. Eso sí: como los derechos básicos de transmisión cuestan 30 millones de dólares, no hay modo de evitar anuncios. La guerra santa entre Nike y Adidas tiene un tercer contendiente: Puma, que patrocina a más selecciones, aunque de menor pedigrí. Para refrendar su supremacía, Adidas le confecciona a Beckham zapatos para cada juego. Las tres rayas que forman el logo de Adidas llevan los nombres de sus hijos: Brooklyn, Romeo y Cruz. La cruzada de Adidas ha encontrado su nueva trinidad. Correspondía al país de Marx poner en escena el fetichismo de la mercancía.

En todos los rincones de Alemania hay signos del campeonato, aunque no siempre es fácil advertirlos. Entré a una taberna que me pareció típicamente bávara hasta que los balones color rosa en el techo y la corpulencia de diseño de los meseros me revelaron que estaba en el sitio correcto para presenciar el “Mundial Gay”. Los más diversos productos se futbolizan en el verano de los héroes, según demuestran la pasta Maggi en forma de pequeñas canchas de fútbol. Como los alemanes son afectos a la precisión, los mingitorios suelen tener dibujada una mosca para combinar el desahogo con la puntería. Numerosos urinarios han sustituido la mosca de la exactitud por una pequeña portería que invita a orinar al ángulo.

Sí, las señas del juego aparecen por todas partes. Sin embargo, en las semanas previas al mundial, los objetos lucían más animados que la gente. Para los mexicanos la diversión comienza antes y después de suceder. Una fecha importante provoca un puente de las pasiones: la Navidad es para nosotros un continuo que va del día de la Virgen de Guadalupe a la noche de Reyes. Las cosas son algo distintas en Alemania. Aunque nadie puede regatearle pasión al país del *Sturm und Drang* y los poetas que descubrieron que el romanticismo es un motivo para tomar arsénico, el Mundial ha mostrado que el corazón germano cumple horarios. Todas las formas redondas se disfrazaban de pelotas en anuncio de la fiesta (comenzando por la nariz de los aviones de Lufthansa), pero el consumo de cerveza sólo alcanzó niveles épicos con la goliza inaugural a Costa Rica.

El pangermanismo ha ido en aumento y no se sabe la dimensión que alcanzará en caso de que los anfitriones lleguen a la final en el Estadio Olímpico, que por razones simbólicas debería haberse demolido al término de la segunda guerra.

Los neonazis anunciaron cuatro manifestaciones durante el campeonato. La primera de ellas, programada en Gelsenkirchen, contó con el repudio de la población local. Con todo, la prensa internacional está en alerta roja ante la posibilidad de un brote xenófobo. En ocasiones, el temor alterna con el deseo de confirmar que la discriminación es una especialidad alemana. Según demuestran los coches incendiados en los suburbios de París, no todos los países europeos están bien integrados. Sin embargo, la historia posterior al holocausto impone responsabilidades especiales a los alemanes.

Por lo pronto, Alemania es una vorágine disfrazada de equipo de fútbol. Al igual que Beckenbauer, Klinsmann se hizo cargo de la selección sin haber dirigido en el fútbol de clubes. Cien días después del partido inaugural, su selección fue goleada por Italia. El entrenador enfrentó las críticas con este eslogan: “Mi única excusa es que seremos

campeones”. Dicha por otro, la frase hubiera ameritado psiquiatría. En labios de Klinsmann, obligaba a recordar que Alemania es capaz de cualquier exceso, siempre y cuando sea triunfal. En su actual estado de tormenta, el equipo de Klinsmann es candidato al título.

En contraste, el favorito Brasil ha jugado futbol-sauna. Los cariocas eliminan a sus rivales sin otra gracia que la de moverse durante la siesta. Se han dado el lujo de hacer pretemporada en la primera fase. Mientras otros luchan por un punto, ellos procuran que Ronaldo adelgace en público. Este futbol de calma chicha confirma el poderío implícito de quienes ganan mientras descansan.

Es posible que el peor enemigo de la gesta no haya sido Paraguay sino el sol. Los horarios aprobados por la FIFA en beneficio de la televisión derritieron a Ucrania, selección de la que se esperaba mucho. Ante España, desapareció como agobiada por un sudor trágico. ¿Es posible que jugadores curtidos en las mejores ligas sean vencidos por el clima? De niño, Shevchenko fue evacuado de Chernobil. Ahora no superó el calvario del calor. Ucrania tenía el cometido de demostrar por qué el Dínamo de Kiev fue la máxima cantera del futbol soviético (en México 86, 14 de los 22 seleccionados soviéticos eran ucranianos). Su desplome en el primer partido es un misterio. “Fue el sol”, dijo el técnico, como el protagonista de *El extranjero*, que asesina a un árabe sin otro motivo que ser cegado por el resplandor. Ucrania perdió su identidad al mediodía y la recobró aniquilando a Arabia Saudita.

Entre los asombros de Alemania 2006 se encuentra el inestable juego de conjunto. La República Checa comenzó como una máquina de la eficacia, pero no pudo sostener el ritmo.

Argentina demostró que el entusiasmo de Costa de Marfil se contrarresta con oficio y sucumbe ante las pausas. En el partido contra Serbia y Montenegro los albicelestes jugaron como en una calle de barrio, con los toques de embrujo de quienes esquivan coches en su ruta a una portería marcada con suéteres. En una época en que se juega con dos delanteros, Argentina tiene sobreoferta de anotadores. El marcador de 6-0 sobre Serbia y Montenegro sugiere que sólo se van del campo hasta que todos anotan. Un dato revelador de la potencia argentina es que se ha aportado jugadores a otras tres selecciones (España, Italia y México).

Al sonoro rugir del pulmón

Nadie grita en el Mundial como la porra mexicana. Aunque se calle, sus celulares despiertan con las estrofas del himno. Los mexicanos llegamos a Alemania a mostrar que nuestra principal seña de identidad es la ilusión. ¿Tendremos alguna vez un equipo a la altura de

nuestro fervor? 35 mil paisanos recorren barrios góticos, invasión nada sutil, si se toma en cuenta su vestuario. Los rayos X de los aeropuertos han registrado maletas con sombreros de ala ancha, máscaras de luchadores, collares de chiles, tambores zacatecanos, disfraces de Pancho Villa, vírgenes de Guadalupe, matracas, sarapes en tallas S, M, L y XL y penachos de a montón.

Como además de ilusos somos impuntuales, llegamos de estupendo humor a hoteles donde no tenemos reservación y estadios donde no tenemos boleto. La desproporción entre las ganas y los hechos ha provocado que la reventa más elevada del Mundial ocurra en los partidos del Tri.

“El verde se alimenta de amarillo”, escribió Carlos Pellicer. Todo parece indicar que en la siguiente ronda citaremos al poeta: la decepción del Tri nos llevará a recordar lo mucho que queremos a Brasil.

Otro favorito sentimental es Ghana. Ya que Costa de Marfil, la Mandarina Rebelde, no superó el duelo de los cítricos ante la Naranja Mecánica, Ghana se perfila como la esperanza de un continente. Al mismo tiempo, se trata de un equipo que fue campeón mundial sub-17. Es un espejo en el cual podemos mirarnos. Si a Ghana le va bien, será un anuncio de lo que podríamos cosechar en los siguientes dos mundiales. El futuro del fútbol mexicano depende de la extraordinaria generación comandada por Jesús Ramírez, que en el Mundial Juvenil de Perú nos desconcertó con la sorpresa de que podíamos ser campeones. Así es que ¡Viva Ghana!

Análisis

2.1.1.2 Clasificación

La segunda crónica a analizar, “Pasiones y sinrazones del mundial”, tiene una mayor tendencia a ubicarse en el relato en contrapunto (de acuerdo con la clasificación de Arreola, ya que alterna la narración de los hechos con datos, antecedentes o comentarios, o bien, combinando dos momentos o aspectos del acontecimiento).

El tema general sigue siendo el mundial de Alemania 2006, pero hay varios elementos dentro de la crónica que el autor aborda de manera combinada: por un lado, el estatus de los equipos más importantes de la contienda, por otro el ambiente en el que se desarrolla la justa y además, el papel de los mexicanos en ella. Para ello ofrece descripciones, contexto e información, sin seguir un orden en particular, sino alternándolos.

En cuanto a la clasificación de Marín, aunque la crónica cuenta con las tres características, cae también en mayor medida en la interpretativa, pues hay un estilo del autor y plantea sus opiniones respecto a la contienda, como sucede casi siempre en las crónicas deportivas, según se mencionó en el capítulo 1. Aunque hay una menor carga de interpretación que en la crónica analizada antes, sí hay un punto de vista que se trasluce a lo largo del texto.

2.1.2.1.2 Estructura

En este segundo texto, encontramos bien definidos un principio, una parte central y un desenlace, si nos referimos a la circularidad que deben poseer las crónicas. Sin embargo, en esta ocasión el desenlace no está tan vinculado con el inicio del texto como fue en la primera crónica.

Cabe reiterar que este relato es al mismo tiempo independiente, pero también conforma la parte central de “la gran crónica” de Alemania 2006, a la que ya se ha hecho mención. Puede percibirse de manera clara que se trata de una recapitulación del estado de las cosas en el Mundial, hasta el momento en que el autor la escribió. Y la misma frase inicial indica una cierta continuidad respecto a la crónica “El paisaje antes de la batalla”, al emplear el verbo mantener: “Alemania 2006 mantiene viva la flama del futbol”.

Partiendo de ello, podemos abordar la importancia de la entrada, que el autor continúa de la siguiente manera: “Aunque muchos goles han caído en jugadas a balón parado, estamos ante un cotejo abierto, dominado por el ánimo ofensivo, el mejor que vemos desde que Maradona se coronó en México 86”.

En esta entrada, Villoro incluye como primer punto su interpretación de la situación del mundial y sintetiza lo que explicará más adelante: ¿por qué el cotejo ha estado dominado por un ánimo ofensivo? Para hacerlo más atractivo, utiliza la comparación con el mundial en el que Maradona se coronó. Es decir, capta la atención del lector mediante la sugerencia de que tuvieron que transcurrir 20 años para que el mundial volviera a ser tan atractivo como el de aquel año.

Al igual que la anterior, refiere hechos ocurridos durante días, pues esta crónica no es sólo la síntesis de los encuentros futbolísticos ocurridos hasta ese momento, sino también el resultado de una serie de observaciones hechas por el propio autor a lo largo de los días transcurridos del cotejo.

2.1.2.2.2 Estilo

En “Pasiones y sinrazones del Mundial” notamos otra vez el lenguaje claro y sencillo, así como la forma de escribir que no permite que se pierda el ritmo en la narración. Villoro recurre con frecuencia a la frase corta y a las frases contundentes, pues empieza su texto con una de ellas: “Alemania mantiene viva la flama del futbol”.

Respecto a la oportunidad de esta crónica, se encuentra en el mismo caso de la anterior y ya hemos hablado de las tres primeras crónicas a analizar como parte de un conjunto que se refiere a un mismo hecho.

Sobre el estilo en particular y los recursos estilísticos para “lograr la expresión de cada idea en imágenes”, como quedó asentado en el esquema de análisis, los ejemplos abundan. El autor asegura que “Márquez volvió a mostrar que su mente no está a la altura de sus pies”, haciendo un contraste entre el deporte en el que destaca este jugador con la suma de sus actitudes.

De la misma manera, utiliza algunos adjetivos para dar una mejor imagen sobre la selección mexicana, al mencionar su “condición neumática” refiriéndose a los hinchas que “inflan” a un equipo. Como es frecuente en su estilo, mezcla alusiones a cuestiones externas al futbol, al relacionar el país de Marx con el “fetichismo de la mercancía”. Lo mismo sucede con la frase donde asegura que “el temor alterna con el deseo de confirmar que la discriminación es una especialidad alemana”.

Si bien hay constantes referencias a asuntos o personajes no deportivos, es importante señalar que en ningún momento hay un abuso de la adjetivación ni mucho menos alusiones a cuestiones que no sean comprensibles para el lector. Éste es un claro ejemplo de que la buena escritura no está reñida con la sencillez en el lenguaje. La crónica en todo momento es entendible, pero hace uso de recursos estilísticos para dar una mejor imagen de las cosas.

Así, Villoro señala: “Este futbol de calma chicha confirma el poderío implícito de quienes ganan mientras descansan”, refiriéndose a la facilidad que tuvo Brasil para derrotar a sus rivales. Cada vez que el autor recurre a una de estas frases, éstas aparecen acompañadas de una explicación, como cuando asienta: “...los albicelestes jugaron como en una calle de barrio”, y de inmediato da una imagen más ilustrativa de ello: “con los toques de embrujo de quienes esquivan coches en su ruta a una portería marcada con suéteres”.

Más cerca del final, también ilustra con un adjetivo la condición o la referencia más sencilla sobre un equipo: “Ya que Costa de Marfil, la Mandarina Rebelde, no superó el duelo de los cítricos ante la Naranja Mecánica...”.

Tales adjetivaciones, así como las referencias que hace constantemente respecto a las características de los mexicanos, son los elementos que permiten a la crónica cumplir con el “interés humano” que se menciona en el esquema de análisis, es decir, “detalles que hagan lo sucedido más próximo y comprensible”. Desde el momento en que aborda el tema de los hinchas mexicanos hasta la alusión a la impuntualidad de los connacionales, son muestra de los detalles que permiten esa identificación o cercanía con el lector.

Por lo tanto, en este texto como en otros, podemos descubrir que cada una de las características del estilo en la crónica, conduce a la siguiente, en el caso de Villoro, pues el relato ofrece los hechos en modo sintético, pero no sin información. De ahí que se cumpla el objetivo de no enjuiciar, pues el autor explica con datos y argumentos sus aseveraciones. Expone los hechos de una forma segura y atractiva, mediante los recursos que ya se han citado, lo cual lo acerca al lector y le da ese tono de interés humano. Todos ellos en conjunto contribuyen al efecto de ilusión referencial, que produce el efecto de transportar al lugar de los hechos al lector.

Dicha característica es distintiva de la crónica, pues en varios momentos Villoro combina la interpretación con la información, los datos duros con su estilo propio, la descripción del ambiente con contextos y referencias ajenas al fútbol, lo cual permite que el lector se sitúe en el tiempo y espacio desde el que está narrando el autor.

2.1.2.3.1 Información

En “Pasiones y sinrazones del Mundial” encontramos una gran variedad de información y, por lo tanto, de fuentes, que van desde la observación del autor hasta consultas de la prensa local o internacional. Es notorio, por ejemplo, cuando habla de la competencia entre Nike y Adidas, el autor afirma que los derechos básicos de transmisión cuestan 30 millones de dólares.

La observación del escritor es también una fuente fundamental en la crónica, pues el apartado “Pantallas planas para un dios redondo” está casi por completo basado en ésta. Cabe recordar que el intertítulo hace referencia al libro que el autor publicó y que consiste en una compilación de crónicas de mundiales anteriores con el título *Dios es redondo*. A la

observación, añade datos inesperados, como el de los zapatos de Beckham con los nombres de sus hijos.

Más adelante proporciona información probablemente obtenida de la consulta a otras fuentes, como el hecho de que el consumo de cerveza haya alcanzado niveles épicos con la goliza inaugural a Costa Rica.

En el tercer apartado, que se refiere a la selección mexicana, también otorga algunos datos informativos, como el que la reventa más elevada del Mundial ocurre en los partidos del Tri. Las referencias a la prensa local y extranjera son evidentes sobre todo en el párrafo donde cita cuántas manifestaciones anunciaron los neonazis y hacer referencia al estado de alerta de la prensa internacional por la posibilidad de un brote xenóbofo.

2.1.2.4.2 Descripción

De las tres crónicas destinadas al Mundial de Alemania 2006, es esta segunda la que posee la mayor carga descriptiva. Y es que en el texto, Juan Villoro otorga al lector un panorama de la contienda, tanto al interior de la cancha, como fuera de ésta. Para ello, recurre frecuentemente a estampas y frases descriptivas de ambientes, personajes y acciones.

Si bien desde el primer apartado encontramos una intención, que es al mismo tiempo crítica y descriptiva, sobre un personaje, en este caso el *Kikín* Fonseca, quien según el autor, sería un *crack* si el fútbol se jugara con el alma o sin balón, es en el segundo apartado donde Villoro recurre en mayor medida a dicha característica de la crónica.

Ahí, el retrato de lo que sucede en las calles de Alemania, el autor lo pinta con frases como en la que asegura que hasta en los puestos de salchichas hay pantallas de plasma o cuando cita las pelotas en la nariz de los aviones de Lufthansa.

Sin embargo, las dos estampas que definen el apartado de la crónica que nos ocupa, al tiempo que hacen gala del particular estilo de Villoro y acercan al lector al ambiente de la justa futbolística son las siguientes: “Entré a una taberna que me pareció típicamente bávara hasta que los balones color rosa en el techo y la corpulencia de diseño de los meseros me revelaron que estaba en el sitio correcto para presenciar el ‘Mundial Gay’. Los más diversos productos se futbolizan en el verano de los héroes, según demuestran la pasta Maggi en forma de pequeñas canchas de fútbol.”

Mucho más apegada a su estilo es la anécdota que relata a continuación:

“Como los alemanes son afectos a la precisión, los mingitorios suelen tener dibujada una mosca para combinar el desahogo con la puntería. Numerosos urinarios han sustituido la

mosca de la exactitud por una pequeña portería que invita a orinar al ángulo. Sí, las señas del juego aparecen por todas partes”.

Más adelante, ofrece una combinación de información y descripción, en el párrafo referente a Lufthansa, que es también en donde proporciona el dato sobre el consumo de cerveza. De la misma manera lo hace en el tercer apartado, cuando refiere que 35 mil paisanos recorren barrios góticos y “los rayos X de los aeropuertos han registrado maletas con sombreros de ala ancha, máscaras de luchadores, collares de chiles, tambores zacatecanos, disfraces de Pancho Villa, vírgenes de Guadalupe, matracas, sarapes en tallas S, M, L y XL y penachos de a montón”.

2.1.2.5.2 Antecedentes

Los antecedentes en la crónica “Pasiones y sinrazones del Mundial” los encontramos desde el primer párrafo, en el que el autor califica a Alemania 2006 como “el mejor que vemos desde que Maradona se coronó en México 86”. Posteriormente, recurre a la historia de la palabra “hincha”, de la que explica que surgió en Uruguay para caracterizar a quienes inflaban los balones y seguían a los equipos a todas partes.

También podemos ubicar la cita de antecedentes en el segundo apartado, cuando Villoro afirma que “el Mundial de Corea y Japón fue secuestrado por el pago por evento”. Así mismo, en las tres crónicas (o la amplia crónica de la que forman parte), el autor echa mano de su conocimiento del país germano, del que fue agregado cultural de 1981 a 1984.

De ese modo, señala que el Estadio Olímpico “por razones simbólicas debería haberse demolido al término de la segunda guerra” o cuando afirma que “la historia posterior al holocausto impone responsabilidades especiales en los alemanes”.

Y también en la conclusión del texto es notoria la presencia de antecedentes, cuando el escritor trae a la memoria la entonces reciente victoria del equipo mexicano sub-17.

2.1.2.6.1 Contexto

En cuanto al contexto, como en el caso analizado antes, la crónica “Pasiones y sinrazones del Mundial” es rica en declaraciones, citas de la prensa local y recursos del pasado (estos últimos mencionados en el apartado anterior). Encontramos aquí también la capacidad de “panoramizar” haciendo asociaciones de momentos, declaraciones y situaciones, siempre dentro del gran contexto que es la justa mundialista.

Desde el primer apartado, luego del contexto de la palabra “hincha”, Villoro ofrece una referencia a la política nacional en el contexto del Mundial: “México se desinfló ante los ojos de todo mundo, menos los de Vicente Fox, profeta de lo mismo: ‘sigan así’, fue su consejo.

En el segundo apartado, para explicar el caso de los zapatos de Beckham, proporciona el contexto de la rivalidad entre marcas: “La guerra santa entre Nike y Adidas tiene un tercer contendiente: Puma, que patrocina a más selecciones, aunque de menor pedigrí”.

Luego, al comenzar a adentrarse en el tema de los mexicanos y el mundial, utiliza un rasgo externo al fútbol, pero que refuerza el panorama del comportamiento de los connacionales, en el que abundará más adelante: “Para los mexicanos la diversión comienza antes y después de suceder. Una fecha importante provoca un puente de las pasiones: la Navidad es para nosotros un continuo que va del día de la Virgen de Guadalupe a la noche de Reyes”.

Y es el propio contexto cultural al que acude para hacer inmediatamente una comparación con el país germano: “Aunque nadie puede regatearle pasión al país del Sturm and Drang⁶³ y los poetas que descubrieron que el romanticismo es un motivo para tomar arsénico, el Mundial ha mostrado que el corazón germano cumple horarios”.

Lo mismo sucede cuando cita la película *El extranjero*, en la que el protagonista asesina a un árabe sin más motivo que ser cegado por el resplandor, para ejemplificar la justificación de que “fue el sol” el que venció a la selección ucraniana.

Y al final, ofrece el contexto de la selección de Ghana para ejemplificar el posible futuro de México: “Ghana se perfila como la esperanza de un continente. Al mismo tiempo, se trata de un equipo que fue campeón mundial sub-17. Es un espejo en el cual podemos mirarnos. Si a Ghana le va bien, será un anuncio de lo que podríamos cosechar en los siguientes dos mundiales”.

2.1.2.7.2 Interpretación

Aunque en esta crónica hay una mayor carga descriptiva e informativa, la interpretación no deja de estar presente. Y se lee desde las primeras líneas con el muy particular estilo de

⁶³ Significa “Tempestad e Ímpetu”. Movimiento literario desarrollado en Alemania durante la segunda mitad del siglo XVIII. En él se concedió a los artistas la libertad de expresión a la subjetividad individual y, en particular, a los extremos de la emoción en contraposición al racionalismo de la Ilustración.

Villoro. De entrada, califica al mundial como “un cotejo abierto, dominado por el ánimo ofensivo”, sin dejar de argumentar a lo largo del texto por qué hace dicha afirmación.

Al hablar de los jugadores mexicanos, utiliza la misma fórmula. Afirma que “Márquez volvió a mostrar que su mente no está a la altura de sus pies” y explica con hechos: “Si en el pasado Mundial y en la Copa Confederaciones se hizo expulsar de manera imperdonable, ahora provocó un penal con una mano que ni siquiera fue afrentosa. Ante Portugal —continúa citando datos—, su pusilánime caricia al balón nos perjudicó tanto como el clavado de Luis Pérez”. Después califica a Omar Bravo de “protagonista” respaldándose con un argumento: “quiso aumentar su cuenta personal con un penalti que no le estaba asignado”. Y es quizá de la opinión sobre *Kikín* Fonseca de la que menos presenta datos o sustento, pues se queda en la simple afirmación de que “el enjundioso *Kikín* Fonseca confirmó que si el futbol se jugara con el alma o sin balón sería un *crack*”.

Otro ejemplo de este estilo interpretativo lo podemos ubicar en el segundo apartado, al hablar de la selección germana. Comienza con una sentencia contundente: “Alemania es una vorágine disfrazada de equipo de futbol.” En la frase siguiente ofrece hechos: “Al igual que Beckenbauer, Klinsmann se hizo cargo de la selección sin haber dirigido en el futbol de clubes. Cien días después del partido inaugural, su selección fue goleada por Italia. El entrenador enfrentó las críticas con este eslogan: ‘Mi única excusa es que seremos campeones’. Recurre a su estilo personal para emitir una opinión: “Dicha por otro, la frase hubiera ameritado psiquiatría. En labios de Klinsmann, obligaba a recordar que Alemania es capaz de cualquier exceso, siempre y cuando sea triunfal.” Y finalmente concluye con una previsión: “En su actual estado de tormenta, el equipo de Klinsmann es candidato al título.”

Lo mismo sucede en el caso de Brasil, aunque con menos datos, del que afirma: “el favorito Brasil ha jugado futbol-sauna” y define el calificativo: “los cariocas eliminan a sus rivales sin otra gracia que la de moverse durante la siesta”, para después reforzar la opinión: “Se han dado el lujo de hacer pretemporada en la primera fase. Mientras otros luchan por un punto, ellos procuran que Ronaldo adelgace en público”. Y vuelve a la idea inicial: “Este futbol de calma chicha confirma el poderío implícito de quienes ganan mientras descansan”.

Luego de proporcionar información y contexto sobre otros equipos, vuelve a la interpretación del tema principal: “Entre los asombros de Alemania 2006 se encuentra el inestable juego de conjunto. La República Checa comenzó como una máquina de la eficacia, pero no pudo sostener el ritmo”.

La interpretación en forma de pregunta, ya señalada en el primer análisis, también se presenta en esta segunda crónica, en el tercer apartado. Villoro asegura que “los mexicanos llegamos a Alemania a mostrar que nuestra principal seña de identidad es la ilusión”, y lanza el cuestionamiento: “¿Tendremos alguna vez un equipo a la altura de nuestro fervor?”. A este siguen los datos: “35 mil paisanos recorren barrios góticos, invasión nada sutil, si se toma en cuenta su vestuario”, reforzada con la descripción que ya se mencionó en el apartado dedicado a esta característica, sobre los rayos X de los aeropuertos.

Más adelante, refuerza la idea inicial: “Como además de ilusos somos impuntuales, llegamos de estupendo humor a hoteles donde no tenemos reservación y estadios donde no tenemos boletos”. Aumenta las referencias y el colorido de la explicación con una cita de Carlos Pellicer, para finalmente concluir: “Todo parece indicar que en la siguiente ronda citaremos al poeta: la decepción del Tri nos llevará a recordar lo mucho que queremos a Brasil”.

2.1.2.8.2 Elemento personal

En cuanto a esta última categoría, hemos ya precisado en el primer análisis que son las formas en que se exponen las categorías anteriores las que, en su conjunto, delinear el elemento personal del autor a lo largo del texto.

Sin embargo, hay momentos en los que se evidencia con mayor claridad el estilo de Villoro, caracterizado en gran medida por contrastes **inusuales** y frases de tono crítico o sarcástico. Ejemplos de ello es el inicio del segundo apartado: “Cada cuatro años se actualiza la relación entre los medios y la cancha. Asistimos ahora al Mundial de la alta definición”, y más adelante: “Correspondía al país de Marx poner en escena el fetichismo de la mercancía”.

Lo mismo ocurre con el enunciado relativo a Klinsmann: “Dicha por otro, la frase hubiera ameritado psiquiatría”; con la selección ucraniana que ante España “desapareció como agobiada por un sudor trágico” y con la descripción de los albicelestes jugando como en una calle de barrio.

El tono humorístico que es parte del elemento personal del autor se evidencia también en la entrada del tercer apartado: “Nadie grita en el Mundial como la porra mexicana. Aunque se calle, sus celulares despiertan con las estrofas del himno” y la introducción al tema de la reventa: “Como además de ilusos somos impuntuales...”

Y, en este caso, es justo el remate de la crónica uno de los momentos de mayor notoriedad del estilo personal del cronista: Después de traer a la memoria el campeonato de Ghana en el mundial sub-17 para ilustrar el caso mexicano, Villoro concluye fusionando el contraste y el humor: “El futuro del futbol mexicano depende de la extraordinaria generación comandada por Jesús Ramírez, que en el Mundial Juvenil de Perú nos desconcertó con la sorpresa de que podíamos ser campeones. Así es que ¡Viva Ghana!”.

Crónica 3. Un mundial de la tercera edad

El balance del Mundial 2006 a través de los ojos futboleros del escritor Juan Villoro. Y sus sentencias: Los delanteros, una especie en extinción; entrenadores y defensas, los baluartes del torneo; Brasil, la gran decepción, con sus genios dormidos y Ronaldinho en papel de turista sin mapa. Al campeón Italia, el novelista lo define como el equipo de la emboscada y la trinchera y sostiene que en Alemania no triunfo el arte, ni la juventud y que los protagonistas fueron aquellos ubicados en la temprana tercera edad. Zinedine Zidane, uno de ellos, decidió en su última jugada –concluye Villoro– volver al barro común de los hombres.

Juan Villoro

A mitad del mundial, Alemania distrajo su atención de las turbulencias deportivas para concentrarse en el triste destino del oso Bruno, que había escapado de una reserva y se comía las mejores gallinas de las granjas. Bruno fue abatido por cazadores y esto desató una polémica sobre la incapacidad del estado moderno para convivir con animales salvajes. En unos días, el oso se transformó en emblema de resistencia: aparecieron camisetas con la efigie de Bruno Guevara y galletas de oso para el apetito ecológicamente correcto.

Como en Alemania las cosas se convierten con facilidad en símbolos, Bruno fue visto como metáfora de otra especie en extinción: los delanteros. Aunque el Mundial comenzó con una lluvia de goles (el mejor inicio desde hace veinte años), al terminar la primera fase vino la temporada del cazador: los defensas y los entrenadores se encargaron de frenar a quienes buscaban gallinas en corral ajeno.

Alemania 2006 desembocó así en una coreografía de la impotencia donde los recuperadores de balón se salían con la suya pero no tenían a quién darle un pase. Argentina logró controlar a Alemania durante la mayor parte del partido; sin embargo, el técnico José Pekerman apostó al marcador de 1-0 y dejó en la banca a artífices como Aimar, Saviola y Messi. La gran decepción en este aspecto fue Brasil. Cada vez que un equipo juega como en un comercial de Nike es bautizado, según su procedencia, como “el Brasil de África”, “el Brasil de los Balcanes” o “el Brasil del sudeste asiático”. Lo que no aparecer por ningún lado es “el Brasil de Brasil”. El técnico Carlos Alberto Parreira hizo que sus artistas actuaran con un sentido del ahorro más apropiado para llenar una declaración de impuestos. El talento se derrochó en nombre de la administración. En España 82, el Brasil de Sócrates y

Zico no llegó tan lejos como se esperaba pero al menos cayó en forma épica ante Italia. En esta ocasión los genios llegaron dormidos. Ronaldo logró el prodigio metabólico de adelgazar con goles y superó la marca de Gerd Müller como máximo anotador en los mundiales, pero el equipo quedó en deuda con nuestras ilusiones. Ronaldhino, hasta hace poco el mejor futbolista del planeta, se apagó, afectado por un embrujo lejano o una neurosis próxima. Visitó los estadios como un turista sin mapa, poco interesado en el *souvenir* que representaba la pelota.

Parreira desalentó el ataque tanto como su colega Eriksson, que escenificó la batalla de Inglaterra con un salón de la fama de mediocampistas y un Robinson Crusoe en la ofensiva. Parreira y Eriksson pagaron un alto precio por su cobardía. Por desgracia, su especulativa estrategia no permite establecer leyes morales. Alemania 2006 no podría haber servido de pedagogía para demostrar que los timoratos pierden, de no ser porque el entrenador que salió campeón, Marcello Lippi, fue el más avaro de todos. Italia asumió la usura como una de las bellas artes, produjo la falta más espectacular de la contienda (De Rossi abrió el pómulo de un rival con un codazo de coliseo romano), contó con el favor del árbitro en su triunfo contra Australia, insultó hasta la desesperación a sus rivales, y ganó la copa. Obviamente, las huestes de Lippi no se presentaban a un concurso de simpatía. El ceño fruncido de Gattuso era tan amenazante como los indescifrables tatuajes de Materazzi, cinco miembros del equipo venían del Juventus, que pasará unas vacaciones en Tercera División por corromper árbitros, y su máxima estrella, Francesco Totti, acababa de salir de una lesión para someterse a la tortura superior de leer lo que la prensa opinaba de él.

Italia suele pasar del tedio existencial (empates a cero dignos de una película de Antonioni) al Renacimiento en plena cancha. En esta ocasión pasó de la guerra de guerrillas a la guerra de trincheras. Un equipo de emboscada y trinchera, guiado por el mejor defensa central del planeta (Cannavaro), un medio de contención que asusta hasta cuando celebra los goles (Gattuso), tres especialistas en atacar llegando de atrás (Grosso, Materazzi y Zambrotta) y un portero digno de la sentencia más famosa de su tocayo, el clásico: “el estilo es el hombre” (Buffon). Con estas armas, Italia convirtió sus partidos en escenarios de la envidia y la muerte por cuchillo.

No triunfó el arte, y tampoco lo hizo la juventud. Messi fue un fenómeno, pero tuvo racionados sus minutos de juego. Cristiano Ronaldo reveló condiciones técnicas de fábula; por desgracia, su personalismo no favoreció a Portugal sino al Football Club Cristiano

Ronaldo. Rooney saltó a la cancha con un prometedor gesto de chico malo y salió de ella con un berrinche más interesante que sus jugadas.

El fracaso de los novatos permitió una paradoja: en tiempos obsesionados con el rendimiento físico, los protagonistas pertenecieron a la tercera edad del fútbol. Figo, Cannavaro, Ronaldo y Zidane hicieron que el Mundial fuera un estupendo acto de jubilación. Al modo de los Rolling Stones, escenificaron la intensidad de la veteranía.

La juventud no fue atributo de individuos sino de un equipo que prometió (España) y otro que cumplió (Alemania). Por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la bandera alemana se convirtió en prenda festiva. Lejos de toda connotación patrioter, los anfitriones se identificaron con el espíritu alegre de la selección más joven que ha tenido desde 1966. En una entrevista con el *Süddeutsche Zeitung*, Günter Grass elogió el trabajo de Jürgen Klinsmann para lograr que el público se conectara con un equipo que procedía con pasión y claridad. La selección representó una Alemania aspiracional: abierta, temeraria, dispuesta a aceptar sus errores. “Aún estoy aprendiendo”, dijo Klinsmann después de que tomó un café con Menotti y recibió una lección de cómo reubicar al mediocampista Frings.

El máximo fan del fútbol

En un Mundial donde el público lució más que los actores vale la pena escoger al aficionado número uno: Klinsmann. Parte de su éxito se debió a su empatía para seguir las jugadas. Sus gestos mostraron todos los recursos de dramaturgia que Lessing recomendaba al Teatro de Hamburgo. Además, a los 42 años se mantiene en una forma física que le permite celebrar los goles con saltos olímpicos. Las mujeres se enamoraron de ese hombre transido de emociones y los fanáticos encontraron en él al más espontáneo de los suyos.

El Mundial sirvió así de referéndum para encontrar al nuevo símbolo de Alemania en el fútbol. Si el organizador de la contienda fue el magno Beckenbauer, exponente de la disciplina necesaria para alcanzar grandeza en la posguerra, el inexperto Klinsmann, repudiado en un principio, acabó por convertirse en el querido *Klinsi*, emblema de una Alemania unificada, tolerante y hedonista. Siempre contenido, el Kaiser entregó su medalla al emotivo Klinsmann, y con ella la estafeta de otro carácter nacional. El tercer sitio obtenido en 2006 se celebró con más entusiasmo que el campeonato obtenido en 1990. En esta ocasión el placer fue superior al triunfalismo. Klinsmann logró ser tan querido como Bruno, sin morir en el intento.

El factor humano

El Mundial sólo fue épico por cosas ajenas a la cancha: el oso Bruno nació en una reserva del tirol italiano y fue abatido por alemanes; los supersticiosos pronosticaron que eso afectaría a la selección. Dicho y hecho: a los pocos días, Italia vengó la muerte de su **plantígrado** eliminando a Alemania. En el reino de los humanos hubo otras emociones: Oswaldo Sánchez mostró gran temple para sobreponerse a la muerte de su padre, Oliver Kahn conmovió a los aficionados al acercarse a abrazar a su archirival Jens Lehmann antes de la serie de penales contra Argentina, los italianos de la Juve soportaron las amargas noticias que llegaban de su equipo, incluyendo el intento de suicidio de uno de sus directivos, y Portugal padeció a un árbitro ruso y loco que sacaba tarjetas rojas y amarillas como si anunciara Master-Card.

Pero nada resultó tan dramático como la despedida de Zidane. Cada lance podía ser el último para el gladiador. Indiferente a quienes trataban de jubilarlo, el marsellés asumió la condición de los héroes: no iba a ser derrotado por los hombres sino por el tiempo. Después de anotar un gol maestro contra España y dar paseos de embrujo ante Brasil, enfrentó a la Italia de los legionarios. Una vez más reveló su clase al chutar un penalti flotante contra el ilustre Buffon. Pocas cosas tan perfectas como la lentitud con que Zidane supo derrotar a los veloces.

El 9 de julio un héroe se despedía en Berlín. En el tiempo extra estuvo a punto de anotar de cabeza para sellar la épica como había hecho en otras célebres finales. Nada se le resistió nunca: ni el Mundial, ni la Eurocopa, ni la Champions. Sin embargo, minutos después de ese remate, perdió la cabeza con la que no había podido conectar bien la pelota: Materazzi le dijo algo seguramente horrible, y él lo golpeó en la frente. No era la primera vez que se mostraba intemperado. En sus mejores momentos, Zidane mostró una concentración extrema. “Sólo lo serio es hermoso”, escribió Chéjov. Zidane fue el jugador chejoviano por excelencia: sus ojos oscuros, su gesto grave, su calva bañada en sudor transmitían la especial dignidad de lo que es serio. Pero a veces perdió su condición de leyenda mediterránea y luchó con ilegal coraje.

Zidane llegó a la final contra todos los pronósticos. Una vez ahí, cometió el error que lo sacó de campo. Algo estremece en este lance. Lo que los adversarios no pudieron hacer, se lo inflingió a sí mismo. En su última jugada, Zinedine Zidane decidió volver al barro común de los hombres.

Análisis

2.1.1.3 Clasificación

En esta crónica, encontramos otra vez un relato en contrapunto, en el que el autor combina los hechos con datos, antecedentes y comentarios y, al mismo tiempo, alterna dos aspectos del Mundial: lo que sucede dentro de la cancha, y los aspectos que aunque en primera instancia parecen ajenos al fútbol, terminan de una u otra manera relacionados con la contienda.

Aunque desde el esquema de análisis se especificó que las crónicas de Villoro podían ser una combinación de las tres clasificaciones que hace Marín, ésta se ubica en interpretativa y opinativa. Si bien es cierto que se trata de un balance general de lo sucedido en Alemania 2006, también podemos detectar una buena carga informativa que conduce al autor a la interpretación, pero sustentada en hechos, en todo el proceso de observación derivado de su estancia en Alemania. Así, sin duda existe una postura y una crítica por parte de Villoro, hay una opinión implícita en las líneas que escribe, pero como se ha visto en los anteriores análisis, las sentencias que hace son interpretaciones que están sustentadas antes o enseguida de sus afirmaciones.

2.1.2.1.3 Estructura

En “Un mundial de la tercera edad” Villoro refiere de nuevo hechos sucedidos durante días, ya que sólo se publicaron tres crónicas de todo el mundial. Por lo tanto, vemos que hay una gran labor de recuento; la estructura del texto está definida por ello: describe uno a otro, los sucesos más importantes que marcaron la parte final del Mundial.

En cuanto a la estructura es importante destacar también que existe un dato anecdótico que es, al mismo tiempo, utilizado por el autor como un hilo conductor de la crónica: el oso Bruno. Es necesario destacar la presencia de este detalle, pues muestra cómo una referencia por completo ajena al fútbol, algo que sucedió fuera de la cancha y quizá para otros pasaría inadvertida, en el caso de Villoro se convierte en el pretexto perfecto para hacer comparaciones respecto a lo que sucedió dentro de la cancha.

Así, desde el primer párrafo el oso Bruno adquiere un papel relevante en el relato, y es también de esta forma que el autor logra atraer la atención del lector en un primer párrafo: “A mitad del mundial, Alemania distrajo su atención de las turbulencias deportivas para concentrarse en el triste destino del oso Bruno, que había escapado de una reserva y se comía las mejores gallinas de las granjas. Bruno fue abatido por cazadores y esto desató una

polémica sobre la incapacidad del estado moderno para convivir con animales salvajes. En unos días, el oso se transformó en emblema de resistencia: aparecieron camisetas con la efigie de Bruno Guevara y galletas de oso para el apetito ecológicamente correcto”.

De las crónicas analizadas hasta aquí, ésta es la primera que el autor no inicia con una sentencia, con una especie de conclusión, que explica de inmediato. Nos ofrece el relato de lo que sucedió con el oso Bruno. Con una combinación de información y descripción, en ese primer párrafo no menciona en ningún momento el fútbol, pero la pequeña historia se convierte en el referente al que volverá a recurrir en otros momentos de la narración y que da pie para, luego, entrar de lleno en el tema: “Como en Alemania las cosas se convierten con facilidad en símbolos, Bruno fue visto como metáfora de otra especie en extinción: los delanteros”.

Además de la utilidad que tiene para el autor la presencia del oso Bruno, para hacer comparativos de lo que sucede dentro y fuera de la cancha, no hay que dejar de mencionar que es un detalle que dota de color a la crónica, lo cual la convierte en un texto con mayor atractivo, y por otro, es excelente ejemplo de la característica recurrente en Villoro de tomar detalles ajenos al tema o que aislados podrían parecer inconexos, para construir el relato, como lo es el fútbol y un oso.

Como último punto, hay que señalar que el texto está dividido en tres apartados, divididos a su vez por intertítulos, de los que el primero está más cargado de información y tiende más a ofrecer un balance de lo sucedido en la justa mundialista, mientras que el segundo y el tercero se refieren a personajes en particular: Klinsmann y Zidane.

2.1.2.2.3 Estilo

Es evidente en la crónica el uso de un lenguaje claro y sencillo, y sobre todo, como se comentó en el apartado anterior, de referencias no especializadas, cercanas al público, como el oso Bruno. El estilo del autor puede detectarse desde el segundo párrafo, cuando califica a Bruno como una metáfora de otra “especie en extinción”, los delanteros.

Más adelante, usa dichas comparaciones y adjetivaciones para definir algunos aspectos de la justa, como cuando sentencia que Alemania 2006 desembocó en “una coreografía de la impotencia”. Recurre también al uso de referencias cotidianas y antisolemnes cuando dice que los artistas de Carlos Alberto Parreira actuaron “con un sentido del ahorro más apropiado para llenar una declaración de impuestos”, y al concluir, sobre la selección brasileña que “en esta ocasión los genios llegaron dormidos”. Y de ellos

mismos, después de dar la información dura y la interpretación sobre su participación en el Mundial, cierra con una frase que puede identificarse con su estilo: “el equipo quedó en deuda con nuestras ilusiones”.

Respecto a los recursos estilísticos, mediante los que se puede expresar cada idea en imágenes, y que cuida la forma y pesa las palabras (como ya se citó en el primer capítulo y en el esquema de análisis), podemos detectar diversos momentos en los que Villoro ofrece imágenes para describir personajes o situaciones, y también, un lenguaje más rico que en la información dura. Así, dice de Italia que “suele pasar del tedio existencial al Renacimiento en plena cancha” o que “con estas armas, Italia convirtió sus partidos en escenarios de la envidia y la muerte por cuchillo”.

Lo mismo sucede con la sentencia que *Proceso* recupera en la especie de sumario previo a cada crónica: “No triunfó el arte, y tampoco lo hizo la juventud”. Sobre el mismo tema, Villoro argumenta que el Mundial fue “un estupendo acto de jubilación”.

En el tercer apartado, vuelve a los elementos cotidianos para hacer comparaciones: “Portugal padeció a un árbitro ruso y loco que sacaba tarjetas rojas y amarillas como si anunciara Master-Card”, y un poco más adelante al afirmar respecto a Zidane: “Pocas cosas tan perfectas como la lentitud con que Zidane supo derrotar a los veloces”.

Así, vemos reflejadas las características de síntesis, imparcialidad y brillantez que, según los autores citados en el primer capítulo, exige la crónica, pero también podemos detectar con más fuerza el “interés humano”, es decir, los detalles que hacen lo sucedido más próximo y comprensible. En esta crónica, como en otras, Villoro echa mano de detalles ajenos al fútbol o anécdotas que hacen los hechos más cercanos a quien no es especialista o gran aficionado de este deporte.

2.1.2.3.3 Información

En “Un mundial de la tercera edad” es posible detectar diversas fuentes, de las que la fundamental sigue siendo la observación del autor, así como su documentación, escrita o en la memoria de mundiales pasados, como cuando menciona el desempeño de Brasil en España 82.

El mismo dato del oso Bruno y sus peripecias proviene casi con seguridad de los datos que Villoro recababa de los medios locales al estar en Alemania cubriendo la justa mundialista. Hay una cantidad importante de información relativa a los marcadores y los sucesos en distintos partidos de Alemania 2006.

De hecho, el primer apartado es en gran medida informativo. En él, el autor aporta datos relativos, por ejemplo, al enfrentamiento entre Argentina y Alemania, así como a la selección italiana, de la que ofrece diferentes aspectos, desde que produjo la falta más espectacular de la contienda, hasta los insultos que propinaron sus jugadores, así como el origen de éstos. Incluso, al final del segundo párrafo que dedica a la selección italiana, resume: “Con estas armas...”, en donde podemos percibir que “estas armas” refiere a toda la información que proporciona el escritor líneas arriba.

Como parte de la información y las fuentes a las que recurre el autor, también se encuentra la historia de la propia Alemania, de la que hace uso para explicar su desempeño como equipo. Comienza con la afirmación de que “por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la bandera alemana se convirtió en prenda festiva, habla después de una Alemania aspiracional, para terminar presentando a Klinsmann como el símbolo de una Alemania unificada y tolerante, así como receptor de “la estafeta de otro carácter nacional”.

La consulta a la prensa local es evidente cuando incluso menciona una entrevista del *Süddeutsche Zeitung* con Günter Grass y recupera una cita de Klinsmann tras tomar un café con Menotti. Aunque no precisa de dónde la obtuvo, proporciona más información en el apartado “El factor humano”, como la muerte del padre de Oswaldo Sánchez, el abrazo de Oliver Kahn a Jens Lehmann y las noticias relativas a los italianos de la Juve.

2.1.2.4.3 Descripción

En diversos momentos de la crónica analizada es posible detectar esta característica fundamental en el género. El primer párrafo consiste en un relato descriptivo de quién es el oso Bruno y qué pasó con él. Mediante la descripción de un personaje, Villoro ofrece de inmediato la historia que se convertirá en el hilo conductor de la crónica.

De los integrantes de la selección italiana también habla con frases descriptivas: “El ceño fruncido de Gattuso era tan amenazante como los indescifrables tatuajes de Materazzi, cinco miembros del equipo venían del Juventus, que pasará unas vacaciones en Tercera División por corromper árbitros, y su máxima estrella, Francesco Totti, acababa de salir de una lesión para someterse a la tortura superior de leer lo que la prensa opinaba de él.”

Y más adelante, continúa con el tono descriptivo, al construir una imagen general de la selección italiana ofreciendo detalles de cada uno de sus integrantes: “Un equipo de emboscada y trinchera, guiado por el mejor defensa central del planeta (Cannavaro), un medio de contención que asusta hasta cuando celebra goles (Gattuso), tres especialistas en

atacar llegando de atrás (Grosso, Materazzi y Zambrotta) y un portero digno de la sentencia más famosa de su tocayo, el clásico: “el estilo es el hombre” (Buffon).”⁶⁴

Echa mano también de este recurso para describir a dos personajes: Klinsmann y Zidane. Del primero nos dice que es el aficionado número uno, habla de la dramaturgia de sus gestos, pero también de su condición física, que a los 42 años le permite celebrar los goles con “saltos olímpicos”. Y termina de esbozar su descripción asegurando que “repudiado en un principio, acabó por convertirse en el querido *Klins*”, y recuperando a Bruno, agrega que “logró ser tan querido como Bruno, sin morir en el intento”.

Del segundo, que es quizá donde se halla la descripción más lograda del texto, hace no sólo la descripción de cómo asumió “la condición de los héroes”, incluso al describir su estilo de juego: la lentitud con que derrotaba a los veloces, sino que mediante dicho recurso, recrea el momento en que Zidane perdió la cabeza y que después se convirtió en uno de los detalles más comentados y “analizados” del Mundial. Y basa su descripción del jugador en una sentencia de Chéjov sobre la seriedad para “pintarlo” como el jugador chejoviano por excelencia: “sus ojos oscuros, su gesto grave, su calva bañada en sudor transmitían la especial dignidad de lo que es serio. Pero a veces perdió su condición de leyenda mediterránea y luchó con ilegal coraje”.

2.1.2.5.3 Antecedentes

El uso más claro de los antecedentes en “Un mundial de la tercera edad” está en las referencias a mundiales pasados. Así cuando hace referencia a España 82, donde “el Brasil de Sócrates y Zico no llegó tan lejos como se esperaba pero al menos cayó en forma épica ante Italia”. También ofrece antecedentes de cinco de los miembros de la selección italiana, que provienen del Juventus y pasarán unas “vacaciones” en la Tercera División.

Habla en el segundo apartado de Beckenbauer, como el “exponente de la disciplina necesaria para alcanzar la grandeza en la posguerra” y hace una referencia a 1990, justa de la que dice que el campeonato de Alemania se celebró con menos entusiasmo que el tercer sitio obtenido en 2006.

En el tercer apartado, refiere los antecedentes del oso Bruno, que “nació en una reserva del tirol italiano” y por supuesto, de los antecedentes de Zidane, cuando afirma:

⁶⁴ Se refiere al naturalista, botánico, matemático, biólogo y escritor francés, Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), quien pretendió compendiar todo el saber humano sobre el mundo natural y acuñó la frase “el estilo es el hombre”.

“Nada se le resistió nunca: ni el Mundial, ni la Eurocopa, ni la Champions”, así como el hecho de que “no era la primera vez que se mostraba intemperado”.

A pesar de que esta crónica no está tan cargada de antecedentes como la anterior -en donde habla del pasado de varias selecciones--, proporciona las referencias suficientes para cumplir el objetivo de ofrecer un balance de la parte final de la contienda, más que describir la situación de las selecciones a su llegada al Mundial, como es el caso de la primera.

2.1.2.6.3 Contexto

Aunque, como se ha visto en los dos ejemplos anteriores, los antecedentes y las referencias a la prensa local, sirven también de contexto, hace falta apuntar los detalles históricos y culturales que el autor utiliza para otorgar un panorama más amplio y, sobre todo, más cercano a cualquier lector. Los primeros datos que sirven como contexto son los referentes al oso Bruno y la polémica que desató.

Luego ofrece otro dato para ubicar mejor al lector en la decepción de Brasil: “Cada vez que un equipo juega como en un comercial de Nike es bautizado, según su procedencia, como el ‘Brasil de África’, ‘el Brasil de los Balcanes’ o ‘el Brasil del sudeste asiático’. De Ronaldhino, también pone al lector en contexto, al recordar que hasta hace poco era el mejor futbolista del planeta. Estos agregados al panorama, en el asunto específico de Brasil, sirven sobre todo para dimensionar en toda su magnitud la gran decepción que resultó ser esta selección.

Más adelante, recurre también a las referencias fílmicas cuando compara los empates a cero de Italia con algo “digno de una película de Antonioni”⁶⁵. También a manera de contexto recurre a un grupo musical: “Al modo de los Rolling Stones, escenificaron la intensidad de la veteranía”. Y del mismo modo, usa este tipo de referencias al hablar de los gestos de Klinsmann, que “mostraron todos los recursos de la dramaturgia que Lessing recomendaba al Teatro de Hamburgo.”⁶⁶

En el apartado “El factor humano”, para llegar al asunto de Zidane, primero el autor ofrece un contexto de otras situaciones que tienen cabida en ese “factor”, relativas a otros jugadores y al final, ofrece el panorama en el que Zidane llega al último momento del

⁶⁵ Escritor, cineasta y pintor italiano (1912-2007). A través de una inmovilidad calmada, sus tomas transmiten la presión que el tiempo ejerce sobre las emociones del ser humano.

⁶⁶ Gotthold Ephraim Lessing fue el poeta alemán más importante de la ilustración (1729-1781). Tuvo una influencia significativa en la evolución de la literatura alemana. En 1767 trabajó en Hamburgo como dramaturgo y consejero del Teatro Nacional Alemán.

mundial, es decir, superando a quienes trataban de jubilarlo y “después de anotar un gol maestro contra España, dar paseos de embrujo ante Brasil y enfrentar a la Italia de los “legionarios”. Es decir, Villoro se refiere un poco a quién es Zidane y cuál su situación dentro de la contienda, para después entrar en materia, describiendo el día final de la justa.

Todos estos datos de contexto, como se ha visto en los casos anteriores, el autor los usa no sólo para ubicar mejor al lector en el tema que está tratando, sino también para aderezar el relato con referencias ajenas al fútbol y al mismo tiempo, hacerlo más cercano al aficionado y al no aficionado. Como se menciona en el esquema de análisis, se trata de asociaciones que ayudan a ofrecer un panorama más amplio y completo.

2.1.2.7.1 Interpretación

Como en las dos crónicas anteriores y como una característica más evidente en la crónica deportiva, encontramos en ésta el punto de vista de Villoro, la interpretación que hace a partir de los hechos que se suscitaron en ese Mundial, por supuesto, argumentando siempre estas conclusiones y desarrollándolas con su particular manera de ir de una afirmación a otra y, antes o después, a una sentencia.

Así, en el segundo párrafo afirma: “Bruno fue visto como metáfora de otra especie en extinción: los delanteros”. Enseguida, ofrece contexto: “Aunque el Mundial comenzó con una lluvia de goles (el mejor inicio desde hace veinte años)”, y después explica: “al terminar la primera fase vino la temporada del cazador: los defensas y los entrenadores se encargaron de frenar a quienes buscaban gallinas en corral ajeno”. Las gallinas en corral ajeno son al mismo tiempo un juego de palabras relativo a la anécdota de Bruno, de quien dice al principio que se comía las mejores gallinas de las granjas. Y refuerza la idea de la “ausencia” de los delanteros con la descripción de Alemania 2006 como la coreografía de la impotencia, “donde los recuperadores de balón se salían con la suya pero no tenían a quién darle un pase”.

Es posible detectar también este tono interpretativo cuando habla de Brasil. Inicia de nuevo con una sentencia: “La gran decepción en este aspecto fue Brasil”. Ofrece contexto mediante la frase que explica (y que ya se citó) cómo se bautiza a los equipos que juegan como en comercial de Nike. Y contrasta: “Lo que no aparece por ningún lado es “el Brasil de Brasil”. Explica con información: “El técnico Carlos Alberto Parreira hizo que sus artistas actuaran con un sentido del ahorro más apropiado para llenar una declaración de impuestos. El talento se derrochó en nombre de la administración”. Y refuerza con el antecedente de la

actuación de la selección brasileña en España 82, para después volver a la conclusión: “En esta ocasión los genios llegaron dormidos”.

Lo mismo sucede cuando habla de Italia. Comienza con una afirmación: “Italia asumió la usura como una de las bellas artes”, y explica con información, al hablar de la falta más espectacular de la contienda (que cometieron ellos), de los favores que recibió de un árbitro, de los insultos que hizo, para ganar la copa. Y de nuevo emite su punto de vista al respecto: “Obviamente, las huestes de Lippi no se presentaban a un concurso de simpatía”.

Respecto al balance global de la justa, Villoro afirma: “No triunfó el are, y tampoco lo hizo la juventud”. De inmediato, ofrece datos: “Messi fue un fenómeno, pero tuvo racionados sus minutos de juego. Cristiano Ronaldo reveló condiciones de fábula...”. Y vuelve a la idea inicial: “El fracaso de los novatos permitió una paradoja: en tiempos obsesionados con el rendimiento físico, los protagonistas pertenecieron a la tercera edad del futbol”. Para reforzarlo, menciona el nombre de cuatro de los principales veteranos: Figo, Cannavaro, Ronaldo y Zidane.

A continuación, los párrafos dedicados a Alemania, incluyendo el pasaje “El máximo fan del futbol”, sobre su entrenador Klinsmann, representan otro de los momentos de mayor interpretación en la crónica. El autor asienta primero que Alemania cumplió y vuelve a su historia para explicar el “espíritu alegre” por la selección más joven que habían tenido.

Utiliza una cita de la prensa local para reforzar su afirmación y asegura que “la selección representó una Alemania aspiracional: abierta, temeraria, dispuesta a aceptar sus errores”. Y ejemplifica esta última característica con el “aún estoy aprendiendo” de Klinsmann, para después retratarlo como el aficionado número uno. Con todos estos datos y antecedentes, Villoro concluye: “El Mundial sirvió así de referéndum para encontrar al nuevo símbolo de Alemania en el futbol”. Vuelve al contexto de Klinsmann, para calificarlo como el “emblema de una Alemania unificada, tolerante y hedonista”.

En “El factor humano” también comienza con una frase tendiente a la interpretación: “El Mundial sólo fue épico por cosas ajenas a la cancha”, y explica volviendo al hilo conductor: el oso Bruno. Después refuerza asegurando que “en el reino de los humanos (fuera de la cancha) hubo otras emociones, y enseguida destaca algunos ejemplos, para llegar al mayor de ellos: la despedida de Zidane, caso en el que el factor humano superó el futbolístico.

2.1.2.8.1 Elemento personal

Aunque hablar del elemento personal en las crónicas de Villoro puede resultar reiterativo, pues, como ya se ha dicho, éste resulta de todos los elementos anteriores y se vuelve mucho más claro en aspectos como el estilo, las referencias culturales y la forma de presentar sus valoraciones, es necesario señalar ejemplos de los momentos en que es más evidente a lo largo de la crónica “Un mundial de la tercera edad”.

El primer aspecto a destacar como parte del elemento personal es, sin duda, la habilidad para haber encontrado en el oso Bruno un hilo conductor para la crónica. En otros momentos, hay varias muestras de su particular firma de describir y adjetivar, como “la coreografía de la impotencia”, “el equipo quedó en deuda con nuestras ilusiones”, “afectado por un embrujo lejano o una neurosis próxima” y “visitó los estadios como un turista sin mapa, poco interesado en el *souvenir* que representaba la pelota”.

También al hablar de Parreira imprime su sello personal: “Parreira desalentó el ataque tanto como su colega Eriksson, que escenificó la batalla de Inglaterra con un salón de la fama de mediocampistas y un Robinson Crusoe en la ofensiva”. El mismo tono irónico podemos encontrar en el caso de Cristiano Ronaldo: “Rooney saltó a la cancha con un prometedor gesto de chico malo y salió de ella con un berrinche más interesante que sus jugadas”.

Sin embargo, el elemento más personal del autor llega al final de la crónica, con el pasaje dedicado a Zinedine Zidane. Es en éste donde está el estilo y la característica particular de Villoro mejor representado. Incluso, llega a parecer una brevísima crónica dentro de la crónica. Comienza diciendo que nada (tal vez nada en todo el mundial) resultó tan dramático como la despedida de Zidane. En este punto, comienza a usar un lenguaje de relato épico: “Cada lance podía ser el último para el gladiador...”, “el marsellés asumió la condición de los héroes: no iba a ser derrotado por los hombres sino por el tiempo”. De inmediato, ofrece contexto de su participación en el mundial y califica de casi perfecta su aparente “lentitud”.

En el siguiente párrafo, hay una clara reconstrucción de los hechos del 9 de julio, cuando “un héroe se despedía en Berlín”. Villoro describe el momento, al tiempo que proporciona antecedentes del jugador y después rescata a Chéjov para terminar de dibujarnos a Zidane como lo concibe el autor. “Sólo lo serio es hermoso”, cita y describe las cualidades que, en el jugador, “transmitían la especial dignidad de lo que es serio”.

Presenta los contrastes de Zidane y su caída ese día, por la pérdida de cabeza, por un detalle absolutamente humano. Este episodio fue uno de los más comentados en Alemania 2006. Diferentes conductores invirtieron horas completas de transmisión televisiva tratando de “adivinar” qué le dijo Materazzi a Zidane y por qué en el momento culminante de su carrera, éste perdió la serenidad. Nunca se supo a ciencia cierta.

La particularidad, la maestría en Villoro, radica en que en esas 12 líneas eso no es lo importante. “Le dijo algo seguramente horrible”, es lo único que comenta el autor al respecto, pero el punto central se encuentra en la explicación, en la conclusión del autor: el factor humano. Zidane se inflinge a sí mismo lo que los adversarios no pudieron. Y el pasaje que presenta el escritor en esta crónica lo simplifica todo, nos regresa a la parte básica del juego: los seres humanos detrás del balón.

La virtud es haber resumido en tres breves párrafos lo que se discutió con tanta intensidad en los foros televisivos. Y no sólo eso, resumirlo con el efecto de ilusión referencial: de transportar al lector a ese momento, para después llevarlo a la explicación más sencilla, pero que resulta decisiva: no qué le dijo Materazzi a Zidane, sino la revelación del humano detrás del “héroe”: “Algo estremece en este lance. Lo que los adversarios no pudieron hacer, se lo inflingió a sí mismo. En su última jugada, Zinedine Zidane decidió volver al barro común de los hombres”. Una interpretación-homenaje única en las palabras contundentes de Villoro.

Crónica 4. Hugo en llamas

Observador como pocos de la psicología futbolera, el escritor Juan Villoro hace un retrato descarnado de la Selección Mexicana y su entorno. A Hugo Sánchez lo llama “el goleador sin herederos” y percibe que un malentendido recorre a la afición: “hay gente contenta de que alguien excepcional sufra los castigos que han padecido perdedores comunes”. Para el autor de Di.nkos es redondo, el enésimo fracaso del futbol mexicano lo es no sólo de Hugo, “sino de los federativos y de los muchos jugadores inútiles...”.

Juan Villoro

Entrenar a la Selección nacional es la condena mejor pagada del sistema penitenciario mexicano. Una temporada para ahorrar dinero y vejaciones. Y sin embargo, cada dos o tres años un hombre desmedido acepta la tarea de despertar las ilusiones.

Hugo Sánchez propuso algo aún más arriesgado: compartir el delirio. Cuando era opositor de La Volpe prometió la copa del mundo para México. Ya al frente de la Selección, rebajó un poco sus metas pero nunca se asoció con el realismo. El exagerado que anotaba goles de embrujo desafiaba a la sensatez mientras su país descreía de su grandeza.

Si el Ratón Macías entendió que, para triunfar en México con simpatía, conviene presentarse como un accidente de la fortuna, un simple episodio en la inspiración de la Virgen de Guadalupe, el centro delantero del Real Madrid cantó sus éxitos como si hubiera descubierto el remate de tijera y propuso que las generaciones por venir se refirieran al lance como “huguiña”.

Hugo hablaba de sí mismo en tercera persona, como un egresado de la gesta de los Insurgentes, mientras el público aprendía a admirarlo sin afecto. A pesar de sus logros incomparables, se convirtió para muchos en una figura a la que da gusto odiar, el antihéroe necesario en un ámbito donde las villanías rara vez se pagan.

El fracaso de Hugo en la Selección es un fracaso general del futbol mexicano, desde los federativos hasta los muchos jugadores inútiles que hicieron el ridículo. Sin embargo, el puesto de entrenador existe para tener un culpable certificado.

A nivel mundial, el deporte se organiza con criterios primitivos y rara vez se somete a la transparencia o los usos democráticos. Si el Comité Olímpico Internacional ha tomado decisiones mafiosas y la FIFA ha padecido jerarcas autocráticos, la liga mexicana de futbol es un ejemplo de corrupción. Su única lógica es obtener ganancias fáciles. El deporte

representa la causa remota, el milagro original que permite embotellar y vender agua milagrosa. Los máximos beneficiarios no son los futbolistas, sino los promotores que cobran comisión por los traspasos (muchas veces los directivos y los entrenadores también se llevan su tajada).

Basta ver lo que equipos como Cruz Azul o Tigres han gastado en traspasos de jugadores para suponer que alguien gana con esos movimientos. La auténtica ambición no es conseguir títulos, sino colocar piernas en el mercado. En estas circunstancias, un jugador “normal” es alguien que cambia de club suficientes veces para perder el arraigo, el sentido de la orientación y la confianza en el destino.

Repitamos lo obvio que no cambia: la liguilla se inventó para garantizar ganancias en televisión. En un país donde el deporte es lo que sucede entre los anuncios (y a veces al mismo tiempo), no es de extrañar que la Selección sea un fiasco.

De Trelles a Hugo

Aunque cada entrenador (y Hugo no fue la excepción) propone volver a los torneos largos para tener estilos de juego definidos y darle oportunidad a las canteras, el inmediatismo económico hace que perdure la liguilla, absurdo que ha erradicado la regularidad del fútbol mexicano: cada seis meses, los titanes se ausentan y algún enano es campeoncito.

Con la posible y lejana excepción de Nacho Trelles, ningún entrenador ha contado con consenso duradero. Quien llegó con mayor fama a un Mundial fue José Antonio Roca. Su estilo abierto prometía una marea ofensiva para Argentina 78, la “esperanza verde” de la que hablaban los locutores. En una entrevista que Vicente Leñero hizo como tema de portada para *Proceso*, Roca ofreció su aguerrido pronóstico para la justa: victorias ante Túnez y Polonia y empate con Alemania. Curiosamente, el optimismo era compartido por la tribu. Cuatro años antes, el equipo de todos había sido eliminado por Haití, potencia del vudú que ganó sin necesidad de hechizos.

La capacidad de autoengaño con que llegamos a Argentina se sometió a un psicoanálisis exprés y pasamos de la prepotencia al complejo de inferioridad: Túnez obtuvo ante nosotros el mejor resultado de su historia, Alemania nos hizo lo que Hitler a Polonia y Polonia lo que hubiera querido hacerle a Hitler.

Objeto de burla a nivel mundial, la Selección Mexicana fue superada en la ruta a España 82 por Honduras y El Salvador, excluida de Italia 90 por falsificar documentos y

multada con una cantidad récord en vísperas de Alemania 2006 por el dopaje de Carmona y Galindo.

Cada entrenador equipado con la egolatría, la ingenuidad o el heroísmo necesarios para querer enderezar las cosas ha encarado una grey ávida de milagros. Sin embargo, mientras los feligreses rezan a favor del nuevo profeta, murmuran por lo bajo: “no va a poder”. El fracaso se espera y en cierta forma se desea, pues elimina la angustia de esperanzarse en algo que a fin de cuentas no es posible.

Ni siquiera Menotti, que llegó con su aura de campeón del mundo, tuvo un inicio fácil al frente de la Selección. Los aficionados, que esperaban la redención, se encontraron ante un hombre flaco que fumaba todo el tiempo y hablaba de obligaciones. Sólo cuando terminó con éxito la primera fase eliminatoria para el Mundial de 1994, se respetó el sólido trabajo que había hecho. Por cambios en la Federación, Menotti empacó sus cigarrillos y se llevó sus humos a otras canchas. Así se perdió una oportunidad, aunque se dejaron las bases para el grupo con que Mejía Barón trabajaría después. Menotti provocó un rito de paso psicológico, una mayoría de edad futbolística que recuerdan quienes lo acompañaron en la discutida aventura.

También Bora Milutinovic había sido criticado por su extranjería y sus problemas para comunicarse tan lejos de Serbia. En México 86, cosechó resultados razonables. Fue perdonado, pero no para todas las épocas. Cuando regresó a la Selección varios años después, fue visto como el viudo que quiere cobrar dos veces la misma herencia.

Miguel Mejía Barón empezó con la prensa en contra luego de sus pobres resultados en Centroamérica. Su prestigio creció con el tiempo y situó a México en un segundo puesto en la Copa América. Como el Mundial de 1994 coincidió con las elecciones y el Tri gozaba de insólita reputación, *Magú* dibujó un cartón en el que candidateaba a Mejía Barón a la Presidencia. Aunque el desempeño del equipo fue el esperado, quedó la sensación de que el último partido, contra Bulgaria, se perdió por culpa del entrenador, que no hizo cambios pertinentes y dejó a Hugo en la banca (en una de sus célebres posdatas, el subcomandante Marcos pasó de la gesta histórica a la estrategia futbolística y aseguró que Hugo debería haber entrado). Estados Unidos 94 no fue un Vietnam para Mejía Barón pero marcó el declive de su estrella.

El sufrimiento de los entrenadores no ha tenido tregua. Manuel Lapuente llegó a Francia 98 en estado de protomártir. Tal vez por su sólida educación cristiana y sus conocimientos acerca del valor moral de la penitencia, soportó el calvario del que era objeto.

Contra todas las profecías, su Selección jugó en ese Mundial mejor de lo esperado y estuvo a un tris de vencer a Alemania (que es la forma políticamente correcta de decir que la derrota no fue un exterminio). Aun así, el paso por la Selección le dejó sinsabores a Lapuente.

El *Ojitos Meza*, hombre al que aprecian mucho los futbolistas y con toque mágico para obtener títulos, llevó a la Selección a una senda de dolor en la que parecía imposible clasificar al Mundial de Corea y Japón. Javier Aguirre lo sustituyó cuando había que ganarlo todo para llegar a Oriente. Aunque los rivales no daban para evocar las guerras púnicas, vimos una épica a nuestra medida. Aguirre logró un desempeño impecable, llegó al Mundial con merecido prestigio y fue el mayor responsable de la derrota ante Estados Unidos. Aunque salió relativamente bien librado, asegura que jamás volverá a dirigir una selección en la que hay demasiadas presiones ajenas a la cancha. Como es uno de los pocos hombres de palabra del fútbol mexicano, no es posible contar con su regreso.

Vino el turno del tiránico La Volpe, gran conocedor de los duros métodos de entrenamiento, poco dócil con los medios, siempre seguro de tener razón. En Alemania 2006 demostró que se puede perder ante Argentina jugando bien. Fue el mayor logro de una Selección a la que le faltó personalidad, vocación de riesgo, respeto a figuras individuales como el Bofo o Blanco. Tuvo un terrible opositor en la arena pública: Hugo Sánchez.

Ego Boss y el vestidor chipil

Al criticar con saña a La Volpe, el incontenible Pentapichichi creó las condiciones para su caída posterior. Si Fox ganó las elecciones prometiendo irresponsables fantasías (crecer al 7%, arreglar el problema de Chiapas en 15 minutos), Hugo abusó ante las derrotas de La Volpe y prometió que México levantaría la copa del mundo.

Hugo dedicó cuatro años de su vida a agraviar a un argentino de por sí impopular. Después de eso, no podía ser sensato sin volverse inverosímil, tenía que ser lo que siempre ha sido, el Napoleón que a veces aparece en Austerlitz y a veces en un psiquiátrico.

Como sabe poner su notable tenacidad y su inteligencia alerta al servicio de las competencias, en su arranque como timonel estrenó sentido de la diplomacia, rebajó sus aspiraciones y soportó críticas sin responder con bravío narcisismo. Era demasiado tarde para unir a la afición, pero muchos pensamos que merecía una oportunidad. No sólo ha sido el jugador estadísticamente más triunfador, sino el único técnico que ha conseguido dos minitorneos seguidos, proeza de continuidad que en nuestro incierto entorno parece una gesta del Vaticano.

Muy pronto Hugo descubrió cuál sería su principal carencia: no hay un solo delantero que anote como él lo hacía y no hay forma de entrenar el olfato del goleador. En su primer encontronazo con Estados Unidos colocó hasta seis delanteros al frente del equipo, todos incapaces de rematar jugadas que parecían al alcance de la improbable selección sub-60.

El goleador sin herederos terminó sus días en la Selección de igual manera. Los pésimos resultados en la ronda eliminatoria para la Olimpiada hicieron que enfrentara a Haití con la obligación de obtener una goliza de waterpolo. Como sabemos, se quedó a un gol de llegar al siguiente partido. Lo grave no fue eso, sino que ya se había perdido antes y que sus pistoleros contaron con unas 12 oportunidades para dar en el blanco a ciegas y ni así fueron capaces de saltar las cuentas (¿esta vez sí hubo vudú?).

El puesto del entrenador existe para que un sufrido ser humano pague las consecuencias de fracasar en lo que siempre fracasamos. En el caso de Hugo esto se extremó por las polémicas que suscita y por su tendencia a hacerse responsable de la historia del mundo.

Su descalabro ni siquiera ocurrió con la Selección mayor. No perdió en la guerra de las Termópilas sino en una práctica de tiro al blanco. Un malentendido recorre a la afición: hay gente contenta de que alguien excepcional sufra los castigos que han padecido perdedores comunes. En esta extraña antropofagia, los cadáveres se igualan: todos son sabrosos en pipián de cacahuete. La caída de Hugo ha confirmado en sus juicios a quienes no creían que alguien _____ (ponga usted el adjetivo sacrificial) pudiera salirse con la suya.

No es la envidia ni el despecho de la grey lo que está en juego, sino algo más complejo. En un ambiente acostumbrado a la derrota, las mociones de castigo despiertan más consenso y energías que los proyectos de futuro. Si no tenemos héroes precisos, al menos podemos tener culpables ejemplares. Por un momento el victimismo se desplaza del orden cósmico (la teogonía azteca donde no hay dioses que sepan chutar) al mundo terrenal donde podemos condenar al desafortunado que se atrevió a perjudicarnos ofreciendo un paraíso al que nunca llegaríamos.

El propio Hugo sabía que el plazo de cuatro años era demoledor para alguien que suscita discusiones y debe estar a la altura de su autoproclamada leyenda. “Si yo pudiera escoger, pediría dos años”, me dijo el día de la final de Alemania 2006. Obviamente se refería a los dos años previos a Sudáfrica 2010 y no a la temporada de desgaste que tuvo que soportar.

¿Hizo bien las cosas? Por supuesto que no, pues ahí están los resultados. Sin embargo, el juicio al que ahora se somete recuerda demasiado a la rudeza con que él trató a La Volpe.

Después de un mal inicio en la Copa de Oro, Hugo recibió críticas excesivas. No es posible armar un equipo en un santiamén, curar calambres a distancia o hacer que el balón se desvíe a la portería contraria luego de pegar en el poste. A fin de cuentas, no es entrenador quien remata de córner y la dichosa suerte también juega.

Después de la Copa de Oro, Hugo sufrió el boicot de los jugadores mexicanos que militan en equipos de Holanda y Alemania, fue criticado por Rafa Márquez (que se incorporó tarde a la concentración y cuyo expediente en pifias en el Tri aconsejaría prudencia), se enteró del descontento de Cuauhtémoc Blanco, que volvía a la Selección pero no jugaba tanto como quería, enfrentó las quejas de Omar Bravo, quien desmejora si opina con palabras en vez de goles, y recibió la negativa de *Kikín* de volver a la Selección para sustituir al lesionado Jared. Este último desplante llama la atención. El *Kikín* se formó con Hugo en los Pumas y alcanzó ahí su mejor momento. Si el fútbol se jugara sin balón, él sería un crack. Sus mayores méritos han sido la entrega y la simpatía dentro y fuera de la cancha. Pues bien, este tritón cuyo atributo homérico es echarle ganas, dijo: “nomás nanay”. En suma: la Selección nunca ha sido un gallinero tan levantisco como en la gestión de Hugo.

¿Fue él quien provocó que todos cacarearan o sencillamente le faltaron al respeto por no considerarlo apto para la tarea? Los medios contribuyeron al clima de tensión: Hugo fue exhibido como incapaz (se recordaron sus penaltis fallados y se cuestionaron las promesas, dignas del trabajo combinado de Cupido y el Ratón Pérez).

Lo decisivo es que no contó con un respaldo directo de los jugadores. Así llegó a la Copa América. No jugaba con los elegidos sino con los resignados. El saldo fue el único bueno de su gestión: un peleado tercer lugar, con un grupo animoso y un Neri Castillo en trance de semigracia.

Ahora que el león ha caído conviene recordar que, en sus mejores momentos, llevó al equipo al nivel aceptable que ha tenido con otros entrenadores. Posiblemente, de llegar a Sudáfrica hubiera conseguido lo mismo que conseguirá su sucesor. No hay estrategia que reinvente el fútbol de un país.

Hugo Sánchez no es un creador de teoremas como Mourinho o Rafa Benítez. Es un motivador que, dadas las circunstancias, ayuda a los suyos. Por su jerarquía como futbolista hubiera sido interesante verlo a la orilla de las canchas africanas, pero el fútbol nacional no

vive de jerarquías. Tampoco vive de resultados. Vive de pretextos. Se aparta a Hugo porque no pudo, pero sobre todo para que parezca que se hizo algo.

Los problemas de nuestro futbol son estructurales. Tienen que ver con la falta de continuidad en los equipos, la ausencia de estilos de juego, el casi nulo trabajo en las canteras, la escasa responsabilidad de los jugadores.

Al llegar a España, Javier Aguirre se sorprendió de que sus futbolistas se entrenaran igual en las vacaciones que en la temporada regular. En México el futbolista necesita estar vigilado para rendir. Su principal atributo, como ha señalado Manuel Lapuente, es la obediencia. Dócil y abnegado, hace lo que le piden. Esto garantiza un rendimiento básico y nada más. Para ganar en justas internacionales hay que tener iniciativa. ¿Qué sucede cuando uno de los nuestros debe tirar un penalty? Sobreviene ese momento de vacilación transcendental en que nadie quiere hacerse responsable. En el fondo, el cobrador de la pena máxima no le tema tanto a la pifia como al acierto que lo distinga y lo obligue a rendir en la próxima ocasión. El que falla se reintegra sin problemas a una comunidad habituada a tratar con la desgracia. Errar normaliza y homologa con la tribu. En cambio, quien acierta se separa, desafía al destino y al clan, sugiere que no depende de los otros.

Hugo fue un futbolista de ese estilo: sus éxitos lo volvieron curiosamente ajeno, no sólo porque en general ocurrieron lejos, sino porque tenían algo de soberbio y afrentoso. Si el *Ratón* Macías atribuía sus trofeos a la irrefutable trinidad de la madre, la Virgen y el pueblo de México, Hugo pisaba el pasto como si se hubiera hecho a sí mismo en la fragua de Narciso.

Toda revisión de las costumbres nacionales es forzosamente reductora. Sin embargo, uno de los problemas de fondo del futbolista vernáculo tiene que ver con la falta de iniciativa. ¿Por qué no tira cuando tiene un flanco abierto? ¿Por qué prefiere el infructuoso pase lateral? ¿Por qué no se atreve a las rarezas que animan otras canchas?

La existencia a medias en la cancha es un reflejo de una existencia a medias como profesionales. Los futbolistas mexicanos no tienen derechos sancionados por la Constitución. No hay un gremio que proteja sus reclamos. Fuera de la cancha son siervos de sus patrones; dentro, del entrenador en turno. Si el *crack* es, por definición, quien hace algo inesperado, el sometido jugador mexicano considera que eso es una afrenta laboral. A veces el futbolista mejora al irse lejos, como Rafa Márquez en el Barcelona, pero regresa a la Selección a tocar la pelota con la mano.

Detrás de todos estos fallos está un espléndido negocio. Un país que nunca aspira a nada en ningún cotejo mundial genera más ganancias que Francia o Brasil, por mencionar sólo a dos campeones del mundo.

Hugo cayó con el estrépito de quien ha querido ser emblemático. Las flechas encendidas lo persiguen como en un funeral vikingo para que su barca arda en llamas punitivas. Quienes lo nombraron pueden gozar del espectáculo que contribuye a la desinformación. El siguiente entrenador se combustirá en otra barca (acaso menos vistosa). Mientras tanto, aumentan los patrocinadores.

Hace años, reencontré a un amigo de la infancia que trabaja en mercadotecnia. Estaba feliz porque había cerrado un negocio proverbial: “¡Soy la galleta oficial de la Selección!”, me dijo en forma inolvidable, identificándose con su producto en una versión comercial del amor a la camiseta.

La verdadera alineación del Tri está hecha de cervezas, refrescos y galletas. Mientras nadie toque a esos protagonistas, los que sudan en la cancha serán prescindibles.

Una fábula resume nuestras condiciones: Érase una vez un país con cuarenta millones de pobres donde la más destacada deportista jugaba golf.

Análisis

2.1.1.4 Clasificación

Antes de intentar clasificar esta crónica, conviene retomar en este punto a Raymundo Rivapalacio (ya citado en el primer capítulo de este trabajo). En su *Manual para un nuevo periodismo*, el autor especifica que la crónica puede ser sobre una persona. Para ilustrarlo, presenta una crónica de la reportera Maureen Down sobre un político estadounidense y enseguida acota que no debe confundirse la crónica sobre un persona con un perfil, pues la autora dibuja al personaje, no lo desnuda, como en un perfil.

La diferencia fundamental, continúa Rivapalacio, entre ambos géneros es que la crónica es una narración epidérmica y el perfil tiende a la introspección. “Hugo en llamas” reconstruye la historia de Hugo Sánchez al frente de la Selección Mexicana y, al mismo tiempo, ofrece un relato sobre la Selección y una interpretación de su actuación, al grado que la misma revista donde fue publicada la califica como “un retrato descarnado de la Selección Mexicana y su entorno”.

Si hemos dicho ya que los géneros se trastocan y que la crónica, como apunta el mismo Villoro, es el “ornitorrinco” de la prosa, éste es el mejor ejemplo. Corresponderá, sin

embargo, al apartado de conclusiones tratar de definir en qué género se ubica este texto en particular. Aquí, como en los anteriores análisis, anotaremos las características generales con base en las categorías de la crónica, con la finalidad de tener un punto de partida y una mejor comprensión del texto.

Encontramos como primer punto, y por primera vez en esta serie de análisis, un relato cronológico, que desmenuza, paso a paso, los diferentes episodios de la Selección Mexicana y el desempeño de Hugo también en el orden en que sucedieron los hechos.

Respecto a la clasificación de Marín, es posible afirmar que esta crónica abarca los tres puntos: es al mismo tiempo informativa, opinativa e interpretativa. Aunque la cantidad de datos es abundante, si hubiera que colocarla con **prevalencia** en alguna de las tres, tendría que ser en la interpretativa. Por supuesto, tiene un punto de vista del autor y en muchos momentos deja ver su postura respecto a las cosas, pero de nuevo es notorio que todo está fundamentado, que hay una gran cantidad de información y de argumentos que sustentan los dichos del escritor.

2.1.2.1.4 Estructura

En el esquema de análisis, definimos esta característica como “hacer la historia de un suceso y debe enfocarse en cómo sucedió el hecho”. Aunque al principio hay una especie de introducción, en todo el primer apartado, que el autor dedica a dar un panorama de lo que después abunda en el texto, es en el segundo apartado y con más fuerza en el tercero, donde hay un relato que gira en torno a un “cómo”, en este caso cómo fue el tránsito de Hugo Sánchez como entrenador de la Selección, en qué circunstancias llegó y cómo fue su caída.

Claramente hay un principio, una parte central y un desenlace. El principio está marcado por la introducción que ya señalamos, la parte central es todo el relato de antecedentes como el del propio hecho y el final está marcado por la descripción de la caída de Hugo, introducido por una frase conclusiva: “Hugo cayó con el estrépito de quien ha querido ser emblemático...”

Es un relato que refiere hechos sucedidos a lo largo de años, “como ocurre frecuentemente en crónicas de viaje, personajes o sobre hechos históricos”, señala el esquema de análisis presentado aquí. Y es que ésta también puede ser una crónica (o texto) histórica sobre el desempeño de la Selección. Es, a final de cuentas, un relato que recupera

los altibajos del equipo nacional, la historia de sus entrenadores y ofrece una reconstrucción de cómo se dieron los hechos mientras Hugo estuvo al frente.

Hay en el texto varios indicadores de esta sucesión de hechos, de ese relato cronológico que va reconstruyendo el autor: “Menotti empacó sus cigarros y se llevó...”, “Miguel Mejía Barón empezó con... Su prestigio creció con el tiempo y situó...”, “El Ojitos Meza... llevó a la Selección a una senda de dolor”, “Vino el turno del tiránico La Volpe...”. Lo mismo sucede en el tercer apartado, enfocado ya al Pentapichichi: “Muy pronto Hugo descubrió...”, “Después de un mal inicio en la Copa de Oro...”, “Después de la Copa de Oro...”, “Así llegó a la Copa América...”, “Al llegar a España, Javier Aguirre...”. Todas estas frases dan testimonio de la continuidad que hay en el texto.

2.1.2.2.4 Estilo

En cuanto al estilo, como en las crónicas anteriores, hay un lenguaje claro y sencillo, comprensible para cualquier lector. Las mismas frases que se citaron en el apartado anterior son las que van llevando el ritmo de la historia. Se especifica en el esquema de análisis que cuando se trata de un suceso pasado, debe aportar un ángulo distinto. Este lo conocemos desde la primera línea: “Entrenar a la Selección nacional es la condena mejor pagada del sistema penitenciario mexicano”.

Villoro abre con un recurso estilístico y ofrece una imagen a manera de comparación y dando a conocer la perspectiva o hilo conductor desde el que abordará los hechos: los entrenadores de la Selección. Los recursos dramáticos y el lenguaje “más rico” que en la información dura los encontramos en varios momentos: “... para triunfar en México con simpatía, conviene presentarse como un accidente de la fortuna”, “La auténtica ambición no es conseguir títulos, sino colocar piernas en el mercado”.

Utiliza este tipo de imágenes para describir a Haití: “potencia del vudú que ganó sin necesidad de hechizos” y a Bora Milutinovic, de quien dice que “fue visto como el viudo que quiere cobrar dos veces la misma herencia”. En este tono también habla de la etapa previa al Mundial de Corea y Japón: “Aunque los rivales no daban para evocar las guerras púnicas, vimos una épica a nuestra medida”, al mismo tiempo que compara la proeza de Sánchez con “una gesta del Vaticano”. Este recurso también se encuentra más adelante al hablar de “la teogonía azteca donde no hay dioses que sepan chutar” y de las promesas de Hugo, calificadas por el autor como “dignas del trabajo combinado de Cupido y el Ratón Pérez”.

Sin embargo, el mayor uso de estos recursos estilísticos se encuentra al llegar al final de la crónica, donde Villoro compara la caída de Hugo con un funeral vikingo, en el que las “flechas encendidas” lo persiguen y que es el origen del título de la crónica: “Hugo en llamas”.

De manera evidente hay una capacidad de síntesis, pues es un relato que resume una gran cantidad de hechos; la imparcialidad se presenta en la medida en que la valoración que hace Villoro está argumentada en su mismo texto, no se trata de una opinión aislada o sin fundamento. Para lograr el interés humano, vemos de nuevo en esta crónica el recurso de sumarse a lo narrado: “Túnez obtuvo ante nosotros...”, “...muchos pensamos que merecía una oportunidad”.

El efecto de ilusión referencial, de transportar al lector al lugar de los hechos, es difícil de encontrar en este relato por la cantidad de sucesos que se narran. Por supuesto, el autor adereza el relato con imágenes, detalles que dan atractivo y descripciones pintorescas, con comparaciones inusuales, como las que ya se citaron. Esto atrae con mayor fuerza al lector, aunque no se trata propiamente de un efecto de ilusión referencial.

2.1.2.3.4 Información

En la crónica analizada no hay duda de la presencia de la información. El autor proporciona una variedad de hechos y datos duros para explicar mejor lo que relata, así como para sustentar sus opiniones. Desde el segundo párrafo, recurre al aspecto informativo: “Cuando era opositor de La Volpe prometió la copa del mundo para México”.

Al igual que en la frase mencionada, muchos de los datos que ofrece se refieren al pasado, por lo que podemos vislumbrar que sus fuentes son su propio *background* y todas las consultas que hizo o ha hecho respecto a los entrenadores y la historia de la Selección. Es evidente su propio conocimiento del ambiente futbolero cuando asegura que los máximos beneficiarios de los traspasos no son los futbolistas, sino los promotores, o al hacer referencia a lo que han gastado Cruz Azul y Tigres en estos movimientos.

Sin embargo, también hay citas directas a sus consultas de otras fuentes: “En una entrevista que Vicente Leñero hizo como tema de portada para *Proceso...*” o “Como el Mundial de 1994 coincidió con las elecciones y el Tri gozaba de insólita reputación, *Magú* dibujó un cartón en el que...”. Encontramos de igual manera una cita indirecta de Aguirre, que debió haber sido consultada en algún medio: “Aunque salió relativamente bien librado, asegura que jamás volverá a dirigir una selección...”.

También está la observación del mismo autor, que proviene de su propia presencia en mundiales o en varios de los hechos que describe o de su conocimiento de los personajes de primera mano, como en el caso de Hugo, del que cuenta: “Si yo pudiera escoger, pediría dos años’, me dijo el día de la final de Alemania 2006”.

2.1.2.4.4 Descripción

En “Hugo en llamas” abunda, sobre todo, la descripción de personajes, la mayoría de ellas en el estilo particular de Villoro, es decir, utilizando detalles o comparaciones pintorescas. Así, por ejemplo, describe a la afición mexicana como “una grey ávida de milagros”, y detalla que “mientras los feligreses rezan a favor del nuevo profeta, murmuran por lo bajo: ‘no va a poder’. El fracaso se espera y en cierta forma se desea, pues elimina la angustia de esperanzarse en algo que a fin de cuentas no es posible”. Con estas líneas, nos ofrece un breve pero exacto retrato de las características de nuestra afición.

A Menotti lo pinta como “un hombre flaco que fumaba todo el tiempo y hablaba de obligaciones”, mientras que para La Volpe ofrece la siguiente imagen: “gran conocedor de los duros métodos de entrenamiento, poco dócil con los medios, siempre seguro de tener la razón”. O de Kikín, a quien retrata con una frase ya dicha en la segunda crónica de Alemania, “Pasiones y sinrazones del mundial”, pero mejor ilustrada aquí: “Si el futbol se jugara sin balón, él sería un crack.” Esta vez detalla: “Sus mayores méritos han sido la entrega y la simpatía dentro y fuera de la cancha. Pues bien, este tritón cuyo atributo homérico es echarle ganas, dijo: ‘nomás nanay”.

También vemos esta característica hacia el final de la crónica, cuando describe el pasaje que le ocurrió con su amigo de la infancia, incluso haciendo uso de una cita directa para hacer más exacta la escena.

Quizá la descripción más destacada a lo largo del texto, y que encontramos en partes, es la que hace de Hugo Sánchez. Como ya se dijo, la crónica completa es un retrato —y por lo tanto, una descripción— de este personaje; sin embargo, hay pasajes que delínean con mayor especificidad sus características más representativas:

“Hugo hablaba de sí mismo en tercera persona, como un egresado de la gesta de los Insurgentes, mientras el público aprendía a admirarlo sin afecto. A pesar de sus logros incomparables, se convirtió para muchos en una figura a la que da gusto odiar, el antihéroe necesario en un ámbito donde las villanías rara vez se pagan”.

Y ya en el apartado dedicado a él, “Ego Boss y el vestidor chipil”:

“Después de eso, no podía ser sensato sin volverse inverosímil, tenía que ser lo que siempre ha sido, el Napoleón que a veces aparece en Austerlitz y a veces en un psiquiátrico. Como sabe poner su notable tenacidad y su inteligencia alerta al servicio de las competencias...”, y líneas más adelante abunda: “No sólo ha sido el jugador estadísticamente más triunfador, sino el único técnico que ha conseguido dos minitorneos seguidos, proeza de continuidad que en nuestro incierto entorno parece una gesta del Vaticano”.

Conforme continúa el relato, ofrece más detalles: “Hugo Sánchez no es un creador de teoremas como Mourinho o Rafa Benítez. Es un motivador que, dadas las circunstancias, ayuda a los suyos.” El autor concluye, sin dejar de aportar más elementos al retrato: “Hugo fue un futbolista de ese estilo: sus éxitos lo volvieron curiosamente ajeno, no sólo porque en general ocurrieron lejos, sino porque tenían algo de soberbio y afrentoso”.

2.1.2.5.4 Antecedentes

En esta categoría, bastará con decir que el segundo apartado de la crónica, “De Trelles a Hugo”, está prácticamente compuesto de antecedentes. En él, Villoro ofrece un recuento de todos los entrenadores de la Selección mexicana, al estilo de un relato cronológico, pero a fin de cuentas una suma de sucesos que lo llevan al punto principal del texto: Hugo Sánchez.

Así, el uso de antecedentes es evidente desde que comienza: “Con la posible y lejana excepción de Nacho Trelles, ningún entrenador ha contado con consenso duradero”. De ahí recorre diferentes momentos de la Selección y sus dirigentes, pasando por Menotti, Bora Milutinovic, Mejía Barón, el Ojitos Meza y La Volpe.

También proporciona a manera de antecedentes, resultados sobre contiendas pasadas: “...la Selección Mexicana fue superada en la ruta a España 82 por Honduras y El Salvador, excluida de Italia 90 por falsificar documentos y multada con una cantidad récord en vísperas de Alemania 2006 por el dopaje de Carmona y Galindo”. La utilidad de todos los datos queda clara en el renglón final, cuando al tiempo que habla de La Volpe, da paso al siguiente apartado: “Fue el mayor logro de una Selección a la que le faltó personalidad, vocación de riesgo, respeto a figuras individuales como el Bofo o Blanco. Tuvo un terrible opositor en la arena pública: Hugo Sánchez”.

Cabe apuntar que el recuento de antecedentes no sólo sirve para “pintar” el panorama previo a la llegada de Hugo, sino para reforzar el ángulo que el autor plantea desde un principio: “Entrenar a la Selección nacional es la condena...”. Esto hace necesario hablar de

otros entrenadores cuya historia es similar, y al mismo tiempo el recorrido histórico ayuda a presentar la llegada de Hugo a la Selección en particular, y la situación del fútbol mexicano en general.

2.1.2.6.4 Contexto

Además de la presencia de antecedentes, que ya se detalló en el apartado anterior, existen otros datos de contexto, entendido éste como “información al margen, que se alterna con la narración de los hechos”, como se definió en el esquema de análisis. Entre estos datos podemos citar la referencia al Ratón Macías, que “atribuía sus trofeos a la irrefutable trinidad de la madre, la Virgen y el pueblo de México”, así como un par de asociaciones con personajes políticos, una en donde cita al subcomandante Marcos y otra en la que recuerda a Vicente Fox:

Mientras relata lo sucedido en el Mundial de 1994, Villoro cuenta cómo se generalizó la impresión de que el último partido se perdió por culpa del entrenador (Miguel Mejía Barón), que dejó a Hugo en la banca, y en un paréntesis ofrece el dato al margen: “en una de sus célebres posdatas, el subcomandante Marcos pasó de la gesta histórica a la estrategia futbolística y aseguró que Hugo debería haber entrado”.

Al iniciar el último apartado, “Ego Boss...”, utiliza el contexto político para comparar: “Si Fox ganó las elecciones prometiendo irresponsables fantasías (crecer al 7%, arreglar el problema de Chiapas en 15 minutos), Hugo abusó ante las derrotas de La Volpe y prometió que México levantaría la copa del mundo”.

No falta tampoco el contexto histórico, al que ya se ha hecho referencia en los análisis anteriores. En este caso, lo utiliza en sustitución de los marcadores, los cuales se vuelven prescindibles por tratarse de un hecho pasado y de información que funciona como antecedente, lo cual, en cambio, no sería válido si un partido que acaba de ocurrir fuera el eje central de la crónica (sería impensable eliminar el marcador en pro de comparaciones históricas): “Túnez obtuvo ante nosotros el mejor resultado de su historia, Alemania nos hizo lo que Hitler a Polonia y Polonia lo que hubiera querido hacerle a Hitler”.

2.1.2.7.4 Interpretación

Lejos de los juicios morales, o de las opiniones unilaterales, efectivamente en esta crónica Villoro ofrece un relato descarnado de la Selección. Hay a lo largo del texto un tono crítico, así como verdades, incómodas y en ocasiones hasta crueles, pero no inciertas, respecto a la

situación del fútbol en nuestro país y una serie de conclusiones sobre lo que implica ser director técnico del Tri.

Pero la interpretación que aquí presenta Villoro, no deja de estar argumentada o fundada, tanto con antecedentes e información, como con las acotaciones previas o posteriores a las sentencias del autor. En el caso de la entrada, se trata de una afirmación que va siendo sustentada y reforzada con todos los elementos del texto.

En otros casos, explica o ejemplifica en el mismo párrafo: “A nivel mundial, el deporte se organiza con criterios primitivos y rara vez se somete a la transparencia o los usos democráticos”, asienta Villoro, para después poner como ejemplos las decisiones mafiosas del Comité Olímpico Internacional y los jefes autocráticos de la FIFA. Continúa el tono crítico: “El deporte representa la causa remota, el milagro original que permite embotellar y vender agua milagrosa”. Explica la razón de que así sea: los promotores, y no los futbolistas, son los máximos beneficiarios con los traspasos.

Una mayor carga interpretativa se da en la tercera parte de la crónica. El autor afirma: “El puesto del entrenador existe para que un sufrido ser humano pague las consecuencias de fracasar en lo que siempre fracasamos”. Ejemplifica con el caso de Hugo: “No perdió en la guerra de las Termópilas sino en una práctica de tiro al blanco”. Desde aquí va perfilando lo que dirá después, es decir, que no es la envidia ni el despecho lo que está en juego, sino que en un ambiente acostumbrado a la derrota, “las mociones de castigo despiertan más consenso y energías que los proyectos a futuro”. A esto se añaden los antecedentes que ya ofreció, a lo largo del segundo apartado, relativos a los fracasos nacionales. Y concluye volviendo a la idea inicial: “Si no tenemos héroes precisos, al menos podemos tener culpables ejemplares”.

En otros momentos, como se ha visto en algunos casos de las crónicas ya analizadas, interpreta por medio de la interrogación. Sobre el *Pentapichichi* pregunta: “¿Hizo bien las cosas?”, y ofrece una respuesta contundente, pero sustentada en algo tan probatorio como el desempeño de la Selección (ya relatado antes): “Por supuesto que no, pues ahí están los resultados”. Asegura también que Hugo recibió críticas excesivas, pero argumenta: “No es posible armar un equipo en un santiamén, curar calambres a distancia o hacer que el balón se desvíe a la portería contraria luego de pegar en el poste. A fin de cuentas, no es el entrenador quien remata de córner y la dichosa suerte también juega”.

Vuelve al cuestionamiento como forma de interpretación párrafos adelante: “¿Fue él quien provocó que todos cacarearan o sencillamente le faltaron al respeto por no

considerarlo apto para la tarea?”. Sustenta con información: “Los medios contribuyeron al clima de tensión: Hugo fue exhibido como incapaz (se recordaron sus penaltis fallidos y se cuestionaron las promesas...)”.

Lo mismo hace al abordar las características del futbolista mexicano, del que afirma que debe estar vigilado para rendir. Explica: “Dócil y abnegado, hace lo que le piden. Esto garantiza un rendimiento básico y nada más.” Abunda en la situación de un penalty: “¿Qué sucede cuando uno de los nuestros debe tirar un penalty?” Responde con hechos: “Sobreviene ese momento de vacilación trascendental en que nadie quiere hacerse responsable”, y lanza la crítica: “En el fondo, el cobrador de la pena máxima no le teme tanto a la pifia como al acierto que lo distinga y lo obligue a rendir en la próxima ocasión”. Argumenta incluso, como apunta *Proceso*, a manera de observador de la psicología futbolera: “El que falla se reintegra sin problemas a una comunidad habituada a tratar con la desgracia. Errar normaliza y homologa con la tribu. En cambio, quien acierta se separa, desafía al destino y al clan, sugiere que no depende de otros”.

Hacia el final de la crónica, puede detectarse la misma forma de interpretación, pero con una mayor cantidad de cuestionamientos, y sustentado también en lo que explicó líneas arriba: “Toda revisión de las costumbres nacionales es forzosamente reductora. Sin embargo, uno de los problemas de fondo del futbolista vernáculo tiene que ver con la falta de iniciativa”, dice Villoro. Pregunta: “¿Por qué no tira cuando tiene un flanco abierto? ¿Por qué prefiere el infructuoso pase lateral? ¿Por qué no se atreve a las rarezas que animan otras canchas?”

Ofrece entonces su punto de vista: “La existencia a medias en la cancha es un reflejo de una existencia a medias como profesionales”. Y argumenta enseguida con hechos: los futbolistas no tienen derechos constitucionales, no hay un gremio que proteja sus reclamos y fuera de la cancha son siervos de sus patrones. Después, ejemplifica: mientras que, por definición, un *crack* hace lo inesperado, “el sometido jugador mexicano considera que eso es una afrenta laboral”.

2.1.2.8.4 Elemento personal

En distintos momentos de “Hugo en llamas” se nota el sello personal de Villoro. No sobra decir que también aquí, las imágenes y comparaciones inusuales que se han citado antes, los contextos políticos e históricos, así como las fórmulas que utiliza al momento de

interpretar constituyen ya de por sí elementos personales, pero es posible recuperar algunos pasajes que ilustran mejor esta característica:

Su particular tono irónico se refleja al citar el Mundial de Francia 98, cuando la Selección estuvo a un “tris” de vencer a Alemania: “que es la forma políticamente correcta de decir que la derrota no fue exterminio”. Irónico y humorístico también se refiere a Sánchez: “En el caso de Hugo esto se extremó por las polémicas que suscita y por su tendencia a hacerse responsable de la historia del mundo”, y a Rafa Márquez, “que se incorporó tarde a la concentración y cuyo expediente en pifias en el Tri aconsejaría prudencia”.

No sólo la guerra de las Termópilas es un ejemplo clásico de las referencias ajenas al fútbol que tiende a incluir Villoro como distintivo de su sello personal, sino la comparación a la que recurre para describir el malentendido que recorre a la afición: “hay gente contenta de que alguien excepcional sufra los castigos que han padecido perdedores comunes. En esta extraña antropofagia, los cadáveres se igualan: todos son sabrosos en pipián de cacahuete.”

En ese mismo párrafo incluye un detalle que, además de ser novedad en la serie de crónicas analizadas, es poco usual en otras crónicas, pero no carece de naturalidad en el tono humorístico de Villoro: “La caída de Hugo ha confirmado en sus juicios a quienes no creían que alguien _____”, y deja un espacio libre invitando al lector en un paréntesis a poner el “adjetivo sacrificial”.

No podemos dejar de mencionar en este apartado el remate del texto en el que Villoro ofrece en un tono épico, característica observada en otras crónicas (el pasaje de Zidane en particular), una imagen metafórica de la caída de Hugo: “Las flechas encendidas lo persiguen como en un funeral vikingo para que su barca arda en llamas punitivas. Quienes lo nombraron pueden gozar del espectáculo que contribuye a la desinformación. El siguiente entrenador se combustirá en otra barca (acaso menos vistosa)”. Pero no deja a un lado la crítica al agregar: “Mientras tanto, aumentan los patrocinadores”.

Una sucesión de imágenes recorre el final de esta crónica: la “combustión” de Hugo, la escena del amigo publicista de la infancia, la verdadera alineación del Tri “hecha de cervezas, refrescos y galletas” y la fábula en la que Villoro resume las condiciones nacionales (al mismo tiempo acertada, irónica, humorística, crítica y desesperanzadora): “Érase una vez un país con cuarenta millones de pobres donde la más destacada deportista jugaba golf”.

Crónica 5. Vuvuzelas

Cuando Gustav Mahler visitó las cataratas del Niágara, guardó silencio ante la convulsa caída del agua. Luego dijo: "¡Al fin un fortissimo!". El compositor y director de orquesta había encontrado el estruendo que no le brindaría orquesta alguna.

Mahler venía de un ambiente en el que no solía encontrar muchos sonidos fuera de las salas de conciertos. Para alguien formado en el conservatorio de Viena, el único alarde que competía con la música eran las apasionadas conferencias de Karl Kraus.

De haber conocido la vida mexicana, el maestro Gustav habría encontrado fortísimos en terminales de autobuses, loncherías y festejos del Zócalo capitalino.

Nuestro País se protege de la realidad con sobredosis de cumbia contrapunteada por taladros. Como el silencio es una forma del fracaso, el taxi tiene la música a todo volumen. Si un lector de fray Luis de León busca la vida retirada en un pueblito, descubre que el cura anuncia sus misas por altavoz y el coche de la farmacia recorre las calles promoviendo aspirinas por micrófono.

Para quien vive en estas tierras el sosiego resulta un misterio superior. Juan Rulfo captó este desconcierto en "Luvina". "¿Qué es eso?", pregunta un personaje. "¿Qué es qué?". "Eso, el ruido ése", precisa. La respuesta infunde miedo: "Es el silencio".

Emblema de la soledad, el abandono y el despojo, el silencio no tiene cabida en el País del güiro. Estamos tan convencidos de la importancia de los oídos que a veces creemos que los demás carecen de sentido de la vista. Ni en el mercado ni en el *duty-free* los vendedores confían en la seducción visual de sus productos. Se sienten obligados a gritar: "Lleve su plátano dominico" o "Tequila-lociones-tarjeta para llamada internacional". Los pregoneros piensan que el destino te ha cegado: no puedes saber que las 50 botellas que tienes enfrente significan "tequila", ni que pueden combinarse con las actividades de usar loción o hablar por teléfono.

Ningún otro país del idioma comparte la palabra "merolico". La razón es sencilla: en otros lados no es tan importante vender gritando.

Incluso la vigilancia es entre nosotros subproducto del ruido. No me refiero sólo a las alarmas que se disparan por todas partes y a las que nadie hace caso (pájaros artificiales de nuestro altiplano), ni al silbato con que el velador "cuida" la ciudad, sino al policía en el "filtro de seguridad" del aeropuerto, ese hombre que dedica su jornada a levantar un inventario a voz en cuello: "¡Monedas, celulares, cinturones, relojes, collares, anillos, pulseras!". Un cartel

advierte que no podemos llevar objetos metálicos, pero él tiene la cortesía de tratarnos como invidentes.

Una estación de radio hace en estos días una pregunta acaso metafísica: "¿En qué momento supiste que eras mexicano?". Hay muchas formas de advertir que eres de este sitio. Una de las más eficaces es asomarte a una dulcería. Si todo transcurre en silencio, estás en el extranjero. Si miras los productos y alguien te los explica ("¡Chicles, chocolates, paletas heladas, muérganos!"), estás en México.

Cuando la conversación languidece, no hay mejor remedio que el mariachi. La llegada de las trompetas hace que el aire estalle con furor patrio.

Sirva esta valoración del histórico papel de nuestro escándalo para mencionar un prodigio: en África seríamos silenciosos.

El Mundial de 2010 será la guerra de las trompetas. Quien piense que ha escuchado estruendos, aún debe oír las vuvuzelas. Los seis países africanos serán apoyados por un vendaval de principio de los tiempos. No en balde, vuvuzela quiere decir "trompeta de los ancestros".

Si Ulises tuvo que enfrentar el seductor canto de las sirenas, los equipos ajenos al continente primigenio tendrán que enfrentar a un peculiar jugador número 12: el ruido.

En Sudáfrica viven miles de nigerianos, lo cual permite hacer atractivos cruces de vuvuzelas. ¿Cómo suenan estas corrientes encontradas? Como un Niágara del juicio final. Mahler se taparía los oídos.

¿Hay modo de contrarrestar las trompetas? De nada sirve llevar mariachis reforzados. Nunca serán tantos ni tan tremendos. ¿Habrá que jugar con tapones en los oídos?

Ojalá haya tiempo de contratar psicólogos del ruido, capaces de adiestrar a los futbolistas en mantras interiores. Nuestra Selección podría recitar la ruta de Hidalgo, los nombres de los emperadores aztecas o "algo que nos sepamos todos": "Cielito lindo" o "Tamales, oaxaqueños, calientitos".

Hace unos días oí decir al experto en economía mundial David Konzevic: "la inversión es hija del silencio". Los países donde las noticias levantan ruido prosperan con dificultad. No es casual que Suiza sea un bastión financiero. Ahí sólo el reloj cucú desafía la calma.

Durante el Mundial, Suiza representará una opción de descanso. Es una maravilla que juegue porque no importa perdernos sus partidos. A diferencia de lo que Hamlet dice en su monólogo final, lo demás no será silencio, sino el reclamo de la vuvuzela. No sabemos si África ganará en la cancha; sin duda ganará en los oídos.

Análisis

2.1.1.5 Clasificación

Esta crónica sobre las vuvuzelas, escrita con motivo del inicio del Mundial Sudáfrica 2010, se estructura como un relato de acontecimientos, en el que luego de contar el hecho en síntesis, se vuelve a él con detalles, una y otra vez. El hecho en síntesis es, en apariencia, la característica ruidosa de la vida mexicana, la cual se describe con detalles a lo largo del texto.

Pero más tarde descubrimos que en realidad, es el preámbulo para presentarnos a quien nos derrotará en el “campeonato del escándalo”: las vuvuzelas africanas.

Aquí sí estamos hablando del único ejemplo en la serie de crónicas analizadas, de una crónica en mayor medida informativa, ya que recupera mediante la observación un panorama de lo que sucede en México, describiendo hechos, para luego compararla con el ambiente del Mundial de Sudáfrica. Pero a lo largo de este relato, el autor no opta por una gran carga de opinión; más bien hace un retrato construido con datos y observación.

2.1.2.1.5 Estructura

Es posible percibir que el relato se enfoca en cómo sucedió el hecho. El suceso que detona la crónica es el Mundial de Sudáfrica 2010. Aunque podemos distinguir dos “cómo” en este relato: cómo se percibe el silencio en nuestro país, y cómo será el ambiente en la justa mundialista más ruidosa de la historia. Cabe la aclaración de que el propósito de la crónica es hablar del ambiente que prevalecerá en el Mundial. Sin embargo, nuestra ruidosa forma de vida sirve como un pretexto para llegar a ello, como un punto de comparación, que sirve también para dimensionar el nivel de estruendo de las vuvuzelas.

La circularidad del texto se puede establecer desde el dato del que parte el relato: Mahler observando las cataratas del Niágara. La anécdota sirve de introducción al relato y antes de la parte final, aparece de nuevo en la narración: “Mahler se tapanía los oídos”.

Podemos identificar un principio, una parte central y un desenlace en la crónica: hay una introducción que va desde la escena de Mahler hasta la afirmación de que en México, el compositor habría encontrado *fortísimos* interminables. La parte central estaría en la crónica de nuestra relación con el ruido: las diferentes escenas que recrea el autor para ejemplificar el nulo valor del silencio en nuestro país. Y luego el desenlace, introducido por la frase: “Sirva

esta valoración del histórico papel de nuestro escándalo para mencionar un prodigio: en África seríamos silenciosos”.

2.1.2.2.5 Estilo

De la serie de crónicas analizadas, quizá es ésta la que mejor da muestra del estilo de Villoro. Debido al hecho de que gran parte del relato se basa en la observación, en cada párrafo el autor ofrece un poco de ese lenguaje “más rico” que debe caracterizar a la crónica, y de las “expresiones periodísticas más literarias” que permite el género.

De inicio, describe una escena, lo cual no es común en otros géneros periodísticos (además del reportaje). Más adelante, podemos rescatar algunas imágenes donde es más evidente el uso de estos recursos estilísticos: “Nuestro país se protege de la realidad con sobredosis de cumbia contrapunteada por taladros”, “Para quien vive en estas tierras el sosiego resulta un misterio superior” o “Emblema de la soledad, el abandono y el despojo, el silencio no tiene cabida en el país del güiro”.

Más adelante habla del mariachi haciendo uso de dichos recursos: “La llegada de las trompetas hace que el aire estalle con furor patrio”.

A lo largo de todo el texto, podemos detectar el uso de un lenguaje claro y sencillo, que se hace aún más común para los lectores por todas las escenas a las que hace alusión y que casi todos hemos presenciado. Quizá hubiera sido difícil hablar de las vuvuzelas, reflejar de manera exacta el estruendo que representan, sin tomar como punto de partida el escándalo mexicano. Dado que está escrita para el lector nacional, Villoro utiliza un punto de vinculación con él, una forma de identificación que hace más atractivo el relato, pero también ayuda a dimensionar el nivel de escándalo que significan las vuvuzelas.

La capacidad de síntesis es otro elemento notable en el texto, ya que, como primer punto, es la más breve de las crónicas analizadas, y como segundo, en unas cuantas líneas, el autor logra hacer un retrato exacto, bien definido, del escándalo nacional. Y en algunas más, ofrece un panorama del ambiente en el mundial sudafricano.

El efecto de ilusión referencial se da sobre todo en los pasajes que relata de los diferentes lugares en México donde es posible detectar la prevalencia del ruido. En una breve narración, Villoro nos lleva a un viaje en taxi, al *duty-free* de un aeropuerto, a un pueblito retirado y hasta a una dulcería. La variedad de citas, la reproducción que hace de las frases típicas de los lugares mencionados, contribuyen en gran medida a propiciar ese efecto de estar en el lugar de los hechos.

2.1.2.3.5 Información

Hay en “Vuvuzelas” un propósito claramente informativo sobre un aspecto del Mundial Sudáfrica 2010. Quizá no el más convencional o el de un aspecto que, en principio, puede parecer insignificante, pero es la forma de contarlo y su estilo particular lo que lo convierte en una crónica de interés para el lector.

La información que constituye el texto proviene de la observación; en este relato sí hay detalles percibidos y recreados de primera mano por el autor, aunque también se pueden detectar algunas otras fuentes. Entre ellas, no podemos dejar de mencionar de nuevo el *background* personal del autor, sobre todo en lo que se refiere a su quehacer literario y cultural, del que provienen las referencias a Mahler, a Juan Rulfo y, hacia la parte final, a Shakespeare.

Hay algunos datos cuya fuente no es clara, pero es probable que provengan de la propia memoria del escritor y de las consultas de información actuales y pasadas que él mismo ha realizado, como la referencia a que “ningún otro país del idioma comparte la palabra ‘merolico’ o que “vuvuzela quiere decir ‘trompeta de los ancestros”.

Además de sus propias lecturas, también son parte de sus fuentes las citas radiofónicas: “Una estación de radio hace en estos días una pregunta acaso metafísica: ‘¿En qué momento supiste que eras mexicano?’”, y más adelante: “Hace unos días oí decir al experto en economía mundial David Konzevic: ‘la inversión es hija del silencio”.

2.1.2.4.5 Descripción

Si alguna característica puede apreciarse en abundancia en “Vuvuzelas” es ésta, comenzando por la descripción de una escena como inicio de la crónica: “Cuando Gustav Mahler visitó las cataratas del Niágara, guardó silencio ante la convulsa caída del agua. Luego dijo: ‘¡Al fin un *fortissimo!*’. El compositor y director de orquesta había encontrado el estruendo que no le brindaría orquesta alguna”.

Más adelante, Villoro recrea múltiples escenas de la vida cotidiana nacional. Entre las que más destacan, podemos citar la siguiente: “Si un lector de fray Luis de León busca la vida retirada de un pueblito, descubre que el cura anuncia sus misas por altavoz y el coche de la farmacia recorre las calles promoviendo aspirinas por micrófono.”

Posteriormente, nos traslada, con una sola descripción, a dos lugares: “Ni en el mercado ni en el *duty-free* los vendedores confían en la seducción visual de sus productos. Se sienten obligados a gritar: ‘Lleve su plátano dominico’ o ‘Tequila-lociones-tarjeta para

llamada internacional'. Los pregoneros piensan que el destino te ha cegado: no puedes saber que las 50 botellas que tienes enfrente significan 'tequila' ni que pueden combinarse con las actividades de usar loción o hablar por teléfono".

En el último pasaje cabe destacar el uso de la segunda persona del singular, que ayuda a crear una sensación de cercanía en el lector. Dado que muchos hemos presenciado, en mayor o menor medida, alguna escena similar, la identificación se refuerza al encontrar este recurso que incluye: "piensan que el destino **te** ha cegado".

Detectamos también la presencia de esta característica, fundamental en la crónica, en otra estampa que construye el escritor: "No me refiero sólo a las alarmas que se disparan por todas partes y a las que nadie hace caso (pájaros artificiales de nuestro altiplano), ni al silbato con que el velador 'cuida' la ciudad, sino al policía en el 'filtro de seguridad' del aeropuerto, ese hombre que dedica su jornada a levantar un inventario a voz en cuello: "¡Monedas, celulares, cinturones, relojes, collares, anillos, pulseras!". Un cartel advierte que no podemos llevar objetos metálicos, pero el tiene la cortesía de tratarnos como invidentes".

En todas ellas podemos notar la presencia de citas textuales que aderezan la descripción, que contribuyen a recrear de una manera más exacta la escena a la que refiere el autor, pero sobre todo porque son las frases que mejor representan la idea que quiere dar a entender: el ruido escándalo innecesario que se produce en todas partes.

2.1.2.5.5 Antecedentes

Aunque para el propósito de la crónica, que es más bien presentar y describir un panorama del ruido, no es particularmente necesaria la presencia de antecedentes, las estampas que recrea Villoro sobre la algarabía mexicana son al mismo tiempo parte central de la crónica y antecedente para la parte final. El mismo autor lo plantea de esa forma al asentar: "Sirva esta valoración del histórico papel de nuestro escándalo para mencionar un prodigio: en África seríamos silenciosos".

No obstante, algunos pequeños detalles también sirven como antecedentes para comprender mejor la información. Es el caso del significado de la palabra vuvuzela, la misma escena de Gustav Mahler frente a las cataratas, la cantidad de equipos africanos que participan en la contienda, así como los miles de nigerianos que viven en Sudáfrica y el silencio suizo.

2.1.2.6.5 Contexto

Las referencias históricas y culturales, lo que podemos calificar como información al margen son muy claras en esta crónica y fácilmente distinguibles por la brevedad del texto. Ubicamos ahí las referencias sobre Mahler: “Para alguien formado en el conservatorio de Viena, el único alarde que competía con la música eran las apasionadas conferencias de Karl Krauss”.

El pasaje en el que cita a Juan Rulfo es un segundo ejemplo: “Juan Rulfo captó este desconcierto en ‘Luviana’. ‘¿Qué es eso?’, pregunta un personaje. ‘¿Qué es qué?’. ‘Eso, el ruido ése’, precisa. La respuesta infunde miedo: ‘Es el silencio.’” Villoro recurre a este contexto para ilustra mejor el misterio del silencio en nuestra nación.

Más adelante, dos personajes literarios aparecen en escena: Ulises y Hamlet. El primero permite al autor hacer una analogía del ruido como adversario: “Si Ulises tuvo que enfrentar el seductor canto de las sirenas, los equipos ajenos al continente primigenio tendrán que enfrentar a un peculiar jugador número 12: el ruido”, y el segundo, por el contrario, sirve para construir un contraste: “A diferencia de lo que Hamlet dice en su monólogo final, lo demás no será silencio, sino el reclamo de la vuvuzela”.

Es clara en la crónica analizada la característica que Bastenier califica como “panoramizar”: asociaciones entre momentos, declaraciones, situaciones para ofrecer un panorama general. Estamos ante un relato en el que una escena histórica se conjunta con referencias literarias, estampas de la vida cotidiana, declaraciones radiofónicas e información del Mundial para ofrecernos un aspecto muy particular y delimitado de una justa deportiva: el ruido de la afición.

2.1.2.7.5 Interpretación

Aunque con menos carga interpretativa que las crónicas analizadas con anterioridad, hay en ésta algunos puntos de vista, expresados, como en las otras, sin carencia de argumentos e información que sirve para sustentar:

“Nuestro País se protege de la realidad con sobredosis de cumbia contrapunteada con taladros”, sentencia el autor, para después explicar: “Como el silencio es una forma del fracaso, el taxi tiene la música a todo volumen”. Como segundo ejemplo, cita el pasaje de la vida retirada en un pueblito, y después vuelve a la idea inicial: “Para quien vive en estas tierras el sosiego resulta un misterio superior”, que reforzará con la cita de “Luvina”.

Una segunda sentencia, con la misma idea pero ahora para hacer una valoración sobre el desprecio a la capacidad visual, da inicio al siguiente párrafo: “Emblema de la

soledad, el abandono y el despojo, el silencio no tiene cabida en el País del güiro”, y explica: “Estamos tan convencidos de la importancia de los oídos que a veces creemos que los demás carecen de sentido de la vista”, y utiliza los ejemplos del mercado y el *duty-free* (citados líneas arriba) para sustentar esas afirmaciones.

Si de México ofrece estas valoraciones, al referirse a Sudáfrica, que presenta como el siguiente nivel, también tiene que iniciar con una afirmación contundente. Si antes calificó a Alemania 2006 como el Mundial de la alta definición, “el Mundial de 2010 será la guerra de las trompetas”, dice, y amplía la información: “Quien piense que ha escuchado estruendos, aún debe oír las vuvuzelas”. Refuerza su valoración con los datos acerca de los seis países africanos que participaran y el significado de la palabra “vuvuzela”. Con dichos elementos, ofrece una conclusión: “los equipos ajenos al continente primigenio tendrán que enfrentar a un peculiar jugador número 12: el ruido”.

2.1.2.8.5 Elemento personal

Esta característica salta a la vista a lo largo de toda la crónica, desde el dato-escena elegido para comenzar la crónica, hasta el remate, en el que nos sorprende con la presencia de Hamlet en las líneas de un relato sobre vuvuzelas. Además de los elementos ya mencionados en otros apartados, podemos citar en éste algunas muestras del tono humorístico de Villoro que, por tratarse de un texto con un menor grado crítico, tiende más hacia lo picaresco que hacia lo irónico.

Es así cuando escribe: “De haber conocido la vida mexicana, el maestro Gustav habría encontrado *fortísimos* en terminales de autobuses, loncherías y festejos del Zócalo capitalino”, o cuando se refiere al término “merolico” para concluir: “La razón es sencilla: en otros lados no es tan importante vender gritando”. Otro de los pasajes que da constancia de la forma particular de relatar, pero sobre todo de la creatividad del autor es el de las dulcerías: “Hay muchas formas de advertir que eres de este sitio. Una de las más eficaces es asomarte a la dulcería. Si todo transcurre en silencio, estás en el extranjero. Si miras los productos y alguien te los explica, estás en México”.

Su capacidad para incluir la anécdota de un compositor en una crónica que versa sobre la pasión futbolera no acaba en la entrada del relato. Villoro recupera a Niágara y a Mahler una vez que aborda el tema de las vuvuzelas: “...lo cual permite hacer atractivos cruces de vuvuzelas. ¿Cómo suenan estas corrientes encontradas? Como un Niágara del juicio final. Mahler se tapanía los oídos.”.

Pero quizá la máxima expresión de su personalísimo toque humorístico se encuentra en su propuesta para los jugadores mexicanos: “Ojalá haya tiempo de contratar psicólogos del ruido, capaces de adiestrar a los futbolistas en mantras interiores. Nuestra Selección podría recitar la ruta de Hidalgo, los nombres de los emperadores aztecas o ‘algo que nos sepamos todos’: ‘Cielito lindo’ o ‘Tamales, oaxaqueños, calentitos”.

Aunque, en general, las crónicas del autor están escritas en un tono antisolemne, de las elegidas para el análisis es quizá en ésta, en particular, en la que el elemento personal puede percibirse mejor, porque no existe la necesidad de resumir en unas cuantas líneas lo que ha sucedido en días o en años, porque habla sólo de lo que sucede fuera de la cancha y no dentro (no conjunta ambas, como en Alemania) y el hilo conductor del relato es un objeto, condiciones que lo vuelven más breve y humorístico, pero no menos atractivo y elaborado. Al final, el estilo particular de Villoro queda plasmado hasta en las dos últimas frases: “A diferencia de lo que Hamlet dice en su monólogo final, lo demás no será el silencio, sino el reclamo de la vuvuzela. No sabemos si África ganará en la cancha; sin duda ganará en los oídos.”

III. Juan Villoro entre el futbol y la palabra: Diálogo desde la tribuna.

Cuando los héroes numerados saltan a la cancha, lo que está en juego ya no es un deporte. Alineados en el círculo central, los elegidos saludan a su gente. Sólo entonces se comprende la fascinación atávica del futbol. Son los nuestros.

Los once de la tribu.

Juan Villoro

Patada inicial: La ficción no es necesariamente mentirosa

Comparar a una pareja con Romeo y Julieta sin haber leído a Shakespeare o imaginar un viaje a la Luna un siglo antes de que fuera posible, como lo hizo Julio Verne, son muestras de que “la ficción no es necesariamente mentirosa”, y los recursos que se emplean al construirla son un elemento fundamental para escribir crónicas, pero no deben confundirse con la invención de los hechos:

El cronista no falsea la realidad, pero sí la selecciona, toma sólo pedazos que sean significativos: se fija en el color de los ojos de una persona, en un tic que tiene, en algo que revela su carácter, la ropa que tiene puesta, y entonces selecciona estos elementos como lo haría un cuentista.

Con esas analogías, Juan Villoro (Distrito Federal, 1956), creador de ficciones y periodista, da el silbatazo inicial para despejar las dudas sobre el terreno de juego que domina: la crónica y, en un segundo tiempo, la deportiva. En el periodismo –lanza el escritor en la cancha de la entrevista-- este género debe ser la zona donde los acontecimientos colectivos, históricos y sociales, sean vividos con la intensidad que sólo puede tener un individuo, pues muchas veces las noticias resultan abstractas:

En la crónica está la encrucijada de la vida privada y la vida pública, del destino individual y el destino colectivo, eso es lo que hace muy atractiva a la crónica: revives un acontecimiento social, como la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco, el terremoto del 85, las explosiones de gas en San Juan Ixhuatepec, este tipo de situaciones, pero a partir de la gente que realmente las vivió.

Decimos: “Bueno, esto fue terrible, en Tailandia hubo un terremoto, pero no me toca a mí”. En cambio, si vemos la recreación de ese terremoto a partir de personas concretas con un destino preciso, como fueron viviendo esto, podemos involucrar mucho más.

Para eso, los recursos que utilizas tienen que ver con recursos de la no ficción, que son por supuesto los datos fácticos, las estadísticas, lo que dijeron realmente los testigos... con recursos típicos de la ficción, como es seleccionar elementos de la realidad. La diferencia es que no los estás inventando, sino escogiendo, porque en una crónica vas a dejar fuera el 90 por ciento de lo que has visto.

Estás operando con una subjetividad y estás seleccionando para tener lo más importante. Tu estrategia muchas veces es como la del cuentista: das un dato primero para retomarlo después, cuando se vuelve conflictivo, y retomarlo en el final. Creas, por ejemplo, un sentido de la unidad: eso es totalmente artificial, porque la realidad no tiene unidad, la realidad fluye continua y caóticamente y no se sabe cuándo va a acabar, pero si tú vas a hacer una crónica, le tienes que dar un sentido de unidad.

Ahí es donde operas con recursos parecidos a los de la ficción, no en el sentido de que estés inventado, sino en el sentido de que estés trabajando con materiales selectivos, porque hay que considerar que la ficción no es necesariamente mentirosa.

La ficción no está fuera de la realidad, nada más que la ficción es arbitraria, es caprichosa, inventa con elementos de la realidad, no tiene por qué ser verificada. La diferencia es lo verificable: las crónicas tienen que ser verificables.

Como lo hace en el prólogo a su libro Safari accidental, titulado "Ornitorrincos. Notas sobre la crónica", Villoro refrenda su comparación de este género con el ornitorrinco, que parece la mezcla de diversos animales sin ser ninguno de ellos. Del mismo modo, la crónica aglutina recursos de los demás géneros, pero conservando su esencia como un género propio.

En la crónica puedes encontrar incluso elementos del teatro, en lo que es la dramaturgia de las conversaciones con los testigos; puedes encontrar también una idea del coro griego, en lo que se dice a través de la opinión pública; puedes encontrar elementos del memorialista, en lo que dices de tu propia experiencia; del ensayista, a través de la argumentación; del cuentista, en el relato que construyes; del novelista, en la configuración de los personajes; del reportero, en el manejo fáctico de los datos; del entrevistador, por supuesto, en la interrogación de los testigos.

Entonces todos los géneros confluyen en éste, pero la condición de la crónica, siendo un género híbrido, es que tiene sus propias leyes y estas leyes son las de hablar de algo que realmente ocurrió, con una visión lo más cerca posible de la verdad y recreando ese suceso

con la intensidad de quien lo vivió de primera mano, aunque tú seas simplemente alguien que recoge los datos a través de otros testigos.

La crónica tiene que ser creída, de acuerdo a lo que realmente pasó. No puedes falsear los hechos. Ahora bien, en ocasiones los hechos, y en especial en países como México, son tan extravagantes que resulta difícil hacerlos creíbles. ¿Cómo lidias con esos hechos y dónde está la verdad? Porque luego recibes tres o cuatro informaciones distintas. Muchas veces el cronista tiene que desdramatizar la realidad, bajarle un poco de temperatura para que sea más creíble esa realidad; tiene que ser sobrio respecto a una realidad muy abigarrada.

La manera de hacerlo creíble es por un lado buscando un punto medio en donde se pueda interpretar racionalmente los hechos, cosa que no siempre es fácil. En México, ¿dónde queda la razón de los hechos? Entonces, interpretar racionalmente lo sucedido y luego que eso tenga una unidad de sentido. Es muy importante en una crónica que tenga un principio, un punto de conflicto y un desenlace, es decir, que tenga un orden, pero ese orden lo aporta el cronista. La realidad es muy desordenada y muy caprichosa.

Gracias a ese orden se le da un cierto sentido a la crónica y entonces el lector siente que captó una unidad de sentido. Puede saber él que la historia sigue sucediendo, pero ya captó algo concreto, un período. En ocasiones esto es fácil, como en un partido de fútbol: eso es lo que dura el partido, evidentemente, o cuando haces la crónica de una marcha es desde que empieza la marcha hasta que termina, pero hay muchas otras cosas que... Por ejemplo, si yo tuviera que hacer hoy una crónica del subcomandante Marcos, es una historia que empezó en el 94 y que va a continuar; entonces, yo tendría que encontrar una unidad de sentido para que esto fuera más creíble y más verosímil, y tuviera más sentido para el lector.

Para el también cuentista, es en este punto donde la estructura de la crónica se acerca más a la del cuento. Crear sentidos de unidad para construir relatos cortos es una cualidad que Villoro parece desarrollar con aparente facilidad. Como muestra, basta ver la estructura circular de sus cuentos en el libro Los culpables, que puede detectarse por igual en las crónicas que conforman Los once de la tribu o Safari accidental.

Sin embargo, para el autor la semejanza no es sólo estructural, sino que está relacionada con la empatía que se transmite y la cercanía emocional con los sucesos:

Una de las riquezas de la crónica es que trabaja de manera muy intensa con las razones y las emociones. El ensayo es básicamente racional y la poesía, podríamos pensar,

es básicamente emocional. Es muy difícil en periodismo encontrar una manera de volcar los afectos, las emociones, lo que la gente siente cuando pasan los sucesos y la crónica es el género perfecto para hacerlo.

En ella vemos cómo pasa algo, pero también cómo eso le afecta a otras personas; eso es muy importante. El manejo de los afectos también hace que una crónica sea más creíble, pero vuelvo a lo mismo: hay que tener cuidado, porque cuando uno narra una tragedia, muchas veces basta decir que una persona se quedó sin casa para que ahí quede todo y describir, por ejemplo, los objetos perdidos que quedaron en esa casa. Con eso uno ya tiene la sensación de abandono y desamparo.

Si uno aparte agrega adjetivos como “la tristeza terrible”... eso yo creo que lo debe sentir y pensar el lector, no decir el cronista. El manejo de las emociones pasa por muchos matices. Por ejemplo, un maestro al respecto es Ryszard Kapuscinski, que habla de la pobreza en África, pero no dice: “Pobre gente, cómo sufre, están desamparados”. Simplemente describe, por ejemplo, que pertenecen a una etnia en donde no existe el verbo “tener” porque nadie tiene nunca nada. Eso te da una sensación terrible.

Antes de llegar al medio tiempo, Juan Villoro califica a la crónica como la más generosa de las formas que pueden adquirir los textos periodísticos, porque permite mucha flexibilidad en los recursos y la reproducción de la realidad con técnicas literarias. Pero, como todo género, tiene sus desventajas:

El problema de la crónica como género es más bien su inserción en los medios, es decir, no todos los medios quieren publicar crónicas: normalmente es más tardado escribir una crónica que un simple reportaje que dé los datos concretos de lo que pasó.

Por otra parte, las buenas crónicas generalmente deben tener cierta extensión para desarrollar personajes, situaciones, crear un nudo argumental y construir un auténtico relato. Entonces, los jefes de redacción son un poco reacios a la crónica. Como género es muy rico, muy generoso, pero no siempre es fácil ejercerlo. Es una paradoja que siendo un género muy estimulante, no es el más socorrido por los medios.

Ahí hay una limitación: que muchas veces el cronista tiene que hacer sus crónicas en sus libros, o a largo plazo en revistas de no muy grande circulación, pero que le brinden más espacio. A ese tipo de situaciones se enfrenta el cronista.

El autor que hoy se coloca a media cancha para intercambiar pases en la contienda entre literatura y periodismo, mientras bebe café en uno de sus sitios favoritos en Coyoacán, comenzó su camino como escritor de ficciones, con el libro de cuentos La noche navegable (1980). Nueve años después, publicó un primer libro de crónicas de viaje, Palmeras de la brisa rápida (Un viaje al Yucatán). Y mientras que en 1991, la ficción adquirió la forma de novela en El disparo de Argón, la primera que publicó, fue hasta 1995 cuando se dio a conocer el primer libro que reunía sus crónicas de fútbol y otros deportes, Los once de la tribu. El primer mundial que cubrió fue Italia 90, material que quedó excluido de la compilación Dios es redondo (2006).

La diversidad de géneros que caben en la crónica es casi igual de numerosa que los que ha explorado Villoro: ensayo, cuento, novela, relatos infantiles y hasta reportaje son algunas de las variantes de sus libros. Pero quizá su veta más prolífica ha sido el relato corto. A diferencia de muchos autores que transitan del periodismo a la literatura, Villoro siguió el camino opuesto. Para él, la explicación más inmediata es que cada quien va buscando el camino que le acomoda.

Suele ser muy común que los periodistas se preparan para ser escritores de ficción y una vez que empiezan a escribir ficción, muchas veces dejan el periodismo. Hay casos muy famosos como el de Hemingway o el de García Márquez. En el mío, lo que pasó fue que yo sentí mucha soledad en el oficio de escribir. Por otra parte, tenía ganas de poner a prueba los recursos literarios y de aprender nuevas cosas.

El escritor de ficción tiene todo dentro de sí. Por supuesto que vive la vida, pero él está fabulando un mundo y todo está dentro de él. Puede cambiar las reglas del juego tantas veces como quiera para lograr el libro que está haciendo. En cambio, un escritor de no ficción no puede cambiar las reglas de la realidad: se tiene que ajustar a ellas y tiene que aprender por qué esa realidad es de esa manera y no de otra, por qué la gente pensó eso.

Hay muchas respuestas muy extrañas: de pronto nosotros vemos que alguien tiene una reacción en principio irracional o incomprensible ante un suceso. Desentrañar esos misterios de los sucesos reales a mí me parece fascinante y me pareció una manera de ir combinando un trabajo muy solitario —en donde eres un tirano y puedes tener atemorizados a tus personajes— con un trabajo en donde tienes que ser muy solidario, porque necesitas ganarte la confianza de los demás, necesitas entender sus razones, saber cómo se comportan.

No es lo mismo lo que sucede en México que lo que sucede en un pequeño pueblo del norte del país o del sur. Todas estas diferencias, entender esos matices, a mí me parece una lección extraordinaria, entonces he tratado de combinarla.

Luego también por una razón muy práctica: que yo no puedo escribir muchísimos cuentos de ficción y he decidido vivir de lo que escribo. Creo que hay una especie de cuota para la ficción. Yo desconfiaría mucho de un escritor que escribiera 50 cuentos al año, sería como una máquina de cuentos. Yo tengo una cuota para escribir ficción, que no sé cuál es, pero van saliendo las cosas poco a poco. Hay una razón práctica de poder escribir otras cosas y cobrar para vivir. Aunque las crónicas no se venden muy bien por lo que decía antes, de todas maneras es una salida de trabajo importante para mí.

"La realidad, que ocurre sin pedir permiso, no tiene por qué parecer auténtica. Uno de los mayores retos del cronista consiste en narrar lo real como un relato cerrado (lo que ocurre está "completo") sin que eso parezca artificial. ¿Cómo otorgar coherencia a los copiosos absurdos de la vida?", escribe Villoro en la introducción a su Safari accidental. Llevada la pregunta a la cancha de la palabra oral, responde internándose ya en los lances del medio tiempo:

Hay maneras muy simples en ocasiones de articular una realidad. Yo escribí una crónica, que está en el libro *Los once de la tribu*, que se llama "La tempestad súperligera", que es la pelea de Julio César Chávez en el Estadio Azteca. A mí me interesaba mucho porque Julio César Chávez era un campeón de box que se había quedado sin oponentes. Le ganaba ya prácticamente a todos, sus peleas eran aburridas porque los noqueaba en dos minutos. Incluso los promotores querían que los consintiera un poquito para que la pelea durara siquiera tres rounds.

Entonces se hizo un montaje, en donde lo importante no iba a ser la pelea, porque todo mundo sabía que él iba a noquear instantáneamente, que fue lo que ocurrió. Lo significativo fue que era una pelea de box en un estadio de fútbol: una macropieza con la mayor cantidad de gente posible, en donde el verdadero espectáculo no era el boxeador, sino el público, y a mí me interesa mucho la relación del público con los sucesos. Soy un cronista que se interesa tanto por lo que pasa, como por la gente que lo ve. Me interesa mucho la gesta, pero también los testigos de ésta.

La idea de que el público fuera el protagonista me pareció muy interesante. Entonces, hice la crónica con este fin, ése era mi propósito central. Pero toda crónica se va volviendo

un poco caótica cuando entras en la realidad: primero que nada estaba la dificultad de llegar al estadio, luego lo que pasaba ahí, los muchos estratos del estadio, porque yo estaba en el *ring side*, que era un asiento de privilegio, en donde está siempre la gran mafia del boxeo: los promotores, las vedettes... Pero hasta atrás, en la parte más alta, había gente que solamente estaba viendo la pelea por televisión, porque había unas pantallas gigantes. Entonces traté de moverme un poco por el lugar, y luego hubo una fiesta con Don King, el promotor de boxeo, y Julio César Chávez, para celebrar que había ganado. Ellos querían celebrar que Julio César había ganado una apuesta en esas cantidades que manejan, como de 100 mil dólares; se los dio en efectivo Don King.

¿Cómo articular todo eso? Encontré en el estacionamiento (porque llegó a saludar a la persona con la que iba, y a un periodista deportivo de toda la vida, Ramón Márquez) a un tipo de Quintana Roo, de estos pícaros, muy vivos, que se hacen pasar por amigos de toda la gente y que los vas encontrando en todas partes. Él nos encontró de inmediato en el estacionamiento, luego nos volvió a encontrar en nuestro asiento; lo volví a encontrar cuando yo me había ido; subí con los *seconds*, que son los asistentes de los boxeadores, y lo vi cortando las cuerdas de los guantes, estaba arriba del cuadrilátero, y me lo acabé encontrando otra vez en la fiesta...

Para darle unidad a la crónica, hay un personaje que me parece central en este caso, que es el colado. En todos los actos mexicanos siempre hay por lo menos un colado: si no lo hay, no es una fiesta normal. Ese tipo de gente que todo mundo piensa que es amigo de otra persona y por eso está en la fiesta y cuando se va, todos dicen: "¿quién era esa persona?" Yo decidí estructurar así esta crónica, que ocurre en muchos planos y siempre, en cada uno, aparece como Zelig —el personaje de Woody Allen, que se mimetiza y aparece en todos los momentos de la realidad— el colado, que es esta persona de Quintana Roo.

De esa manera, aunque yo estoy saltando mucho de una cosa a otra, siempre está apareciendo el colado y la crónica termina con una descripción en la que él se va por una calle, caminando, porque además ni tenía coche ni nada, pero se había colado a todo, y se va por ahí... Era como el testigo raro de todos estos acontecimientos. Ése es un modo artificial de escoger un personaje para empezar con él y terminar con él: es lo que le da unidad a toda la crónica.

Ése es un truco, pero hay muchos otros. Otros trucos son, por ejemplo, situar temporalmente una crónica: escoger los primeros días del carnaval para hacer una crónica:

lo fijas en un período. Son estructuras un poco arbitrarias que parecen darle una racionalidad a la crónica.

Medio tiempo: De la tribuna a la cancha

"Nadie se vuelve fanático por un penalti, pero el penalti saca al fanático que llevas dentro", lanza Villoro al cruzar el umbral del primer tiempo. La crónica deportiva tiene la peculiar condición de que depende de resultados fijos, ya conocidos. Nadie los puede poner en duda, porque no hay controversia ni manejo subjetivo respecto a cuál fue el marcador. De principio, pues, la crónica deportiva parece resuelta por la estadística, los datos. Por lo tanto, el reto es aún mayor:

El gran desafío de la crónica deportiva es demostrar que los datos tienen una vida secreta: que cada gol, cada enceste, cada clavado, tiene que ver con la vida interior de los protagonistas y la vida interior de sus testigos. En una competencia cristalizan supersticiones, ilusiones, sueños, temores, fobias, fanatismos, que no necesariamente tienen que ver con esa jugada.

Yo creo que eso es muy apasionante en la crónica deportiva, tratar de entender que cada jugada tiene que ver con eso: un jugador que tiene un problema personal, que está pensando en otra cosa al estar jugando un partido, también está jugando otro partido que tiene que ver con su destino. De pronto se enfrenta al tipo que conquistó a su esposa y lo quiere matar, pero entonces se tiene que dominar en la cancha, porque lo quiere matar pero no por una razón deportiva.

Y muchas veces es tanto el afán de querer ganarle, que lo puede llevar a perder por tanto deseo de ganar. Lo vemos mucho con el ejemplo de Rafa Márquez en la Selección Mexicana, que pierde la cabeza... Un jugador que es muy fino en el Barcelona, pero ahí es un subordinado de calidad, es una persona que acepta una responsabilidad limitada, la cumple muy bien y se siente protegido.

Él tiene una psicología que le impide ser el responsable total de ese destino: cuando le delegan la función de capitán y le dicen: "tienes que ganar", quiere hacer las cosas tan bien, que se le sube la sangre a la cabeza y acaba haciendo todo muy mal. Ahí hay un tema psicológico interesante que quizá tiene que ver con un comportamiento muy típico aquí en México: eres muy bueno cuando te exigen un poco y no tan bueno cuando te exigen todo.

El tema de la presión, la responsabilidad, el liderazgo, todas estas cosas están en juego. Si haces una crónica deportiva del último lance de Rafa Márquez con la Selección Mexicana contra Estados Unidos, que fue esta patada de karate, lo primero que tienes que hacer es pensar en otras jugadas similares que él ya hizo para trazar una conducta. En el

mundial de Corea y Japón le dio un cabezazo a otro jugador norteamericano y lo sacaron; en la Copa Confederaciones hizo una falta absurda ante Argentina que significó una expulsión cuando México iba ganando; en el pasado mundial de Alemania cometió otra falta: una mano en el área que significó un penal, una jugada totalmente absurda.

Entonces, empiezas a sumar errores, todos ellos en la selección y dices: ¿qué pasa? ¿Le pesa demasiado la camiseta? Quizá no le pesa demasiado la camiseta, porque ha sido muy buen jugador en la Selección. Le pesa ser el capitán, llevar ese liderazgo. ¿Por qué? Ahí empiezas con toda esta vida privada... Ahora, para eso lo ideal sería hablar con él, estar cerca de él y ahí hay un mundo muy interesante.

Lo mismo podemos ver en el caso de la famosa jugada de Zinedine Zidane en la final de Alemania 2006. Es un grandísimo jugador que estaba arañando la gloria, había jugado muy bien ese último partido, era el último de su carrera y salió expulsado de la manera más vil por una conducta totalmente animal, impulsiva. Lo que a mí me parece muy interesante de este planteamiento es que si el marcador pertenece al mundo de la información, al mundo de los datos incontrovertibles –que sólo pueden ser entendidos de esa manera— la explicación del marcador, de lo que pasó, pertenece al mundo de la narración, y el mundo de la narración se puede entender de muchas maneras posibles.

Es decir, el partido siempre va a quedar 2-2. Pero por qué quedó así, qué pasó, qué vida interior se puso en juego. Empiezas ahí a tener muchas hipótesis y la diferencia entre la información y la narración es que la información es unívoca. Pero la narración no, la narración es siempre –aunque se comprenda cabalmente— en cierta forma misteriosa, porque se puede interpretar de muchas maneras:

¿Por qué Zidane dio ese cabezazo? ¿Qué puso en juego? ¿Tuvo que ver con que él viene de Argelia y en Argelia la honra de la madre es importantísima y la honra de la hermana también? ¿Tiene que ver con una conducta reptiliana que todos tenemos en el cerebro? ¿Tiene que ver con qué? O como me dijo un futbolista: "Su error fue que vio a los ojos al contrario: el que ve a los ojos, técnicamente pierde porque ve la ofensa del alma. Todo el futbolista se está insultando todo el tiempo, pero eso es como lluvia: se escupen, se dan pellizcos... pero cuando ves a los ojos, ésa es la mirada interior, y él no debió haber hecho eso". En fin, una serie de explicaciones... O no: simplemente estaba harto de ser inmortal, quería ser un hombre común, quería retirarse como un hombre normal. Porque él siempre tuvo esa conducta de ser un futbolista que nunca se comportó como estrella, y era

su última jugada. Podía ser Aquiles, el inmortal, que lo logró todo, o podía ser un hombre común, con los defectos de los hombres comunes, y salió así.

Obviamente, él no pensó nada de esto, pero todo es posible. Ahí es donde la crónica enriquece mucho, porque pasamos de la información a la narración, de lo unívoco a lo múltiple, y eso es sensacional porque todas las narraciones son múltiples. Romeo y Julieta, volviendo a ese ejemplo, siempre podría evitarse la muerte de los dos, siempre tienes esa sensación y te sobrecoges porque dices: “Qué tontos, cómo no saben que pueden ser felices, por qué se van a matar por amor, deténganse”. Cada vez es misterioso por qué se produce algo que podría haberse evitado de otra manera.

La “vida secreta” de los datos es el ingrediente indispensable en las crónicas deportivas de Juan Villoro. Así recrea, en el tono más épico, la despedida de Zinedine Zidane en su última crónica de Alemania 2006, en la que “pinta” a un héroe que decidió volver al “barro común de los hombres”. Y aunque es la narración la que constituye el “alma” de la crónica, no pueden olvidarse los elementos imprescindibles:

No se puede prescindir de lo que todo el mundo conoce, que son los marcadores, y no se puede inventar al respecto. Eso me parece que es lo esencial. Creo que la crónica debe buscar justamente qué hay detrás de esos datos: eso es lo importante.

Yo escribí, por ejemplo, una crónica en *Dios es redondo* del “Maracanazo”, que es una historia fascinante, porque todo mundo sabe que en ese partido que ganó Uruguay, se produjo una gran decepción de los brasileños y no hay la menor duda de que Uruguay legítimamente conquistó su segundo campeonato.

Lo interesante al contarlos es todo lo que puso en juego, es decir, que nunca jamás ha habido una final en donde se considere tan seguro al ganador: el presidente de la FIFA ya tenía en su bolsillo un discurso escrito para felicitar a Brasil (por las reglas que había en ese entonces a Brasil le bastaba con el empate para ser campeón, jugaba en su casa, en una época en que no se trasladaban muchos fanáticos a los estadios). Había unos cuantos uruguayos nada más.

Luego lo que esto significó para el hombre al que responsabilizaron de todo, que fue Moacir Barbosa, el primer portero negro de la selección brasileña. Muchos consideraban que era mal augurio tener un portero negro, cosas así... Empiezas a jugar con todas esas ideas y además, el propio portero rozó la pelota y creyó que la había despejado. Cuando cayó al pasto, sintió el silencio: algo gravísimo pasó y vio que la pelota estaba en las redes, y lo que

no supo es que eso no lo iba a perdonar nadie, que era muy buen portero, pero falló en la jugada decisiva.

Volvemos ahí a las estadísticas. ¿Qué significa haber detenido un millón de balones, que te hayan metido tantos goles? Son estadísticas. Pero hubo un balón, *uno*, que tenías que detener: en ese balón estaba la gloria. La gloria cristalizó en uno, de todos los que ibas a recibir en tu vida, y ése se le fue. Eso es lo que empieza a darle riqueza a una crónica, porque la crónica se alimenta de esta vida interior; la superstición, que siempre está en juego, hace pensar que un portero que falló va a tener una mala suerte para sí mismo, pero también contagiosa para los demás.

Entonces, a Moacir Barbosa le impedían que entrara a los vestidores de los equipos, porque pensaban que iban a perder si él llegaba. Si alguien se lo encontraba en la calle antes de un partido, pensaba que iba a perder, y muchas veces sugestionado por eso, perdía. Se convirtió en un talismán de la mala suerte, un hombre que simplemente dejó ir una pelota accidentalmente, hizo lo que pudo y nada más. Eso creo que es lo más interesante para el tipo de cronista que soy.

La crónica deportiva es la más objetiva que existe, en la medida en que no se pueden falsear los resultados y en que, al tratarse de sucesos populares de alto impacto, la gente ya vio eso por televisión. El cronista debe ejercer su libertad tratando de volver apasionante lo ya conocido y comentado. Es una tarea difícil que sólo logran los grandes.

Lo que un cronista nunca debe soslayar son los datos concretos, y lo que debe buscar es el secreto de esos datos.

La mayoría de las crónicas deportivas relatan hechos altamente perecederos: terminan a unas horas de haber empezado. Los datos y estadísticas que ayer parecían informativos, hoy son de interés para muy pocos. En cambio, las circunstancias de vida, las emociones que alberga cada uno de ellos pueden, a veces, ser perdurables. ¿Cómo darles vigencia y conservar el interés de hechos pasados, para poder incluso compilarlos después, como sucedió en Dios es redondo?

Eso es muy difícil, yo he tenido que dejar fuera muchísimos textos. *Dios es redondo* es un libro que tiene que ver con las crónicas de fútbol que yo he escrito desde 1990, desde el Mundial de Italia. Cuando publiqué *Dios es redondo*, llevaba 16 años escribiendo crónicas. A lo largo de esos años, hay muchas crónicas que no puedo recuperar porque son contingentes, que es otra característica del periodismo deportivo: es efímero, habla de lo que

pasó el partido de ayer, pero es muy difícil que la gente recuerde ese partido dentro de 20 años o que ese partido le importe.

Hay dos maneras básicas de que eso se vuelva perdurable. Una, porque en sí misma esa acción sea recordada por la gente. Por ejemplo, el gol fantasma de Wembley, es un gol mítico que se seguirá recordando; el gol de la mano de Dios de Maradona; o el gol de los ingleses, donde burló a media selección inglesa, y luego el gol en donde Messi, jugando contra el Getafe, imitó prácticamente la misma jugada de Maradona. Son jugadas que ya están en la mente de la gente. Ahí trabajas con ventaja, porque eso ya arraigó en la imaginación popular y aunque fueron jugadas de un segundo, la gente las sigue comentando. Ésa es una manera: escoger ese tipo de jugadas, porque son las significativas.

Otra es “montar” la escena para que la gente vuelva a vivir el valor de esa jugada: reproducir las circunstancias, reproducir el momento, reproducir lo que estaba en juego, lo difícil que era crear esa jugada para que la gente entienda —a través de una dramaturgia que estás haciendo, de un montaje— la importancia que eso tuvo en su momento. Creo que esto se puede hacer. La pregunta es cuándo hacerlo, porque no vale la pena para cada gol que has visto, tratar de hacer todo ese esfuerzo, porque no todos los goles han sido así de importantes.

Una crónica deportiva puede convertirse en un relato épico, pero es en ésta —remata el autor— en la que hay vicios más grandes que en otros géneros. Porque todos los deportes poseen su propia terminología y llegan a la mente del espectador ya narrados. La tentación de las frases hechas es mucho mayor:

Por ejemplo, decir: “lanzó un tiro fuerte, raso y colocado” o “lanzó un tiro donde las arañas tejen su nido”... Ese tipo de metáforas ya muy hechas son fáciles de emplear y ya están en la mente del aficionado, porque una de las características de los deportes es que llegan ya narrados. El que es aficionado a cualquier deporte, hasta el billar, el ciclismo, deportes minoritarios, sabe los términos y está viendo no solamente las acciones, sino las palabras que las definen. Un aficionado al billar no ve un tiro, sino ve un “ranversé”. Un aficionado al toreo no ve un movimiento del capote, sino una gaonera. Está viendo algo ya narrado.

La gran dificultad es narrar con novedad eso que ya viene narrado de una manera canónica. El fútbol tiene esa fórmula muy canónica: “remate contundente”; pues sí, ¿habría otra manera de decirlo? Vamos a buscarla. Ése es un gran desafío porque el periodismo

deportivo viene ya narrado, a diferencia, por ejemplo, de lo que pasa con el periodismo de acontecimientos sociales: por supuesto hay lugares comunes, pero no todo lo que ves ya viene codificado.

Por ejemplo, la masa (eso es de un excelente libro de Canetti, “Masa y poder”) se mueve y Canetti trata de definir cómo se mueve, pero él inventa ese vocabulario. Cuando ve que la masa está en un estadio es masa en anillo, va inventando formas, vocabularios, pero no es como en los toros, que ves al torero y sabes que está “citando de frente” y sabes que cada acción, sobre todo en toreo —es quizá el que tiene más vocabulario— está codificada por unas palabras.

Los cronistas de radio, en la época de oro de este medio, eran los que mejor dominaban ese “lenguaje inventado”, que narra el fútbol de una manera diferente. No en balde, los calificativos grandilocuentes y las frases épicas de Ángel Fernández tienen eco hasta el día de hoy, y fueron también la fuente de inspiración, una de las vías de descubrimiento de la palabra, para Juan Villoro, como lo narra en el último capítulo de su libro Dios es redondo.

Los cronistas de la radio eran muy inventivos porque en la radio tú puedes recrear todo y tienes la obligación de conformar un paisaje: decir si llueve, si hace sol, cómo está el estadio, si está lleno, qué aspecto guardan las tribunas, cómo se han comportado los entrenadores... Tú eres los ojos de la gente, entonces tienes que pintar un cuadro como un pintor de batallas, con todos los detalles, y esta enorme libertad se pierde con la televisión, porque la gente lo está viendo.

Ahí los grandes magos de la narración, como Ángel Fernández, se desentendieron de contar las historias que todo mundo ya estaba viendo, por ejemplo, que un defensa se le barría a un jugador. Él lo que hacía era contar o bien historias, o bien hacer metáforas para emocionar a la gente. Era muy creativo. Su máximo heredero en ese sentido, en México, es el “Perro” Bermúdez, pero no es tan imaginativo y es bastante repetitivo: tiene una voz muy fuerte, como muy épica, le impregna emoción; por momentos es muy divertido, pero no es tan barroco ni tan rico como Ángel Fernández.

Lo que han hecho la mayoría de los cronistas es refugiarse en las estadísticas y en datos que muchas veces no sirven de nada, pero que los hacen ver a ellos como científicos. Decir: “Están jugando con línea de cuatro, donde a veces uno sube y se agrega al ataque, y entonces se queda descompensado en línea de tres, pero sube otro de la

defensa y compensa"... Son como matemáticos para teoremas que no existen. Es un poco aburrido y ése es el problema de la narración: que se ha vuelto muy aburrida o muy boba, en general.

--¿Te aburre la narración de un partido?

No, el "Perro" Bermúdez no me aburre y hay otros locutores que me parecen interesantes: Francisco Javier González, por ejemplo; Roberto Gómez Junco me parece muy inteligente, muy articulado, fue un buen futbolista; Raúl Orvañanos es como hablar con un amigo: él cuenta un partido como si lo estuviera platicando con un amigo.

Segundo tiempo: El inicio de la experiencia

Alto, de tez blanca y con un rostro redondo enmarcado por bigote y barba, no deja de gesticular y explicar con las manos mientras evoca el relato de su primera experiencia mundialista, en Italia. En cada detalle, su expresión retiene una sonrisa que se esconde entre los recuerdos que iniciaron su tránsito por la cancha, como algo más que un simple espectador. Lo que en principio parecía una locura efímera, se convirtió en un largo camino mundialista y en la producción de una serie de textos que aún no se detiene:

Fue una experiencia muy difícil y muy buena y muy aleccionadora. Primero que nada, una maravilla es que fue en Italia: es un país extraordinario; estar en Italia, por lo que sea, es una maravilla. Luego mi intención era vincular el fútbol con aspectos ajenos a la cancha y para eso es maravilloso porque está el Vaticano, que se mete con los partidos; el Partido Comunista, que también interviene; la mafia, que también interviene. El color local que brinda es extraordinario.

Era muy difícil porque no me pagaban un sueldo; me pagaron el boleto de avión, me dieron viáticos y boletos para ir a los partidos. Sin sueldo y sin estancia. Me conseguí la estancia con un amigo que vive ahí y cuando tuve que ir a otros lados, lo pagué de mis viáticos; en realidad, yo acabé perdiendo. Pero para mí era una gran experiencia. Me tenía que formar.

No estaba acreditado porque parecía muy loco que yo escribiera de fútbol. Entonces, no podía usar los servicios de prensa, las informaciones... Todo lo tenía que hacer por mi cuenta, leyendo periódicos, todo por fuera. Luego me transó un periodista de *El Financiero*. Yo tenía un número de boletos y él me dijo: "Te puedo conseguir dos más". Le di el dinero y se lo voló. Fue un escándalo: lo agarraron, porque lo mismo hizo con otras gentes... fue un desastre. Pero todo esto son las dificultades de acceder, yo no tenía mucho acceso.

Iba con una máquina de escribir Olivetti portátil en esa época. Escribía mi crónica del tamaño que me pedían e iba a una oficina de telégrafos y la picaba en telex, pero era un empleado italiano, entonces él producía muchos errores, y eso se iba a México, y en México lo reconstruían. Era una manera de trabajar bastante primitiva, digámoslo así, muy distinto a lo que podía hacer alguien que estuviera acreditado con todas las facilidades...

Otro gran desafío es que fue un mundial muy malo, ha sido de los peores. Tampoco era que pudieras estar contando siempre la gloria, había cosas muy feas, pero al mismo tiempo fue muy interesante toda la dinámica que se vivió con Maradona, que estaba en

Nápoles, y cómo soliviantó a toda la Italia del Sur para que lo apoyara contra la Italia del norte. Todo eso fue interesantísimo. Fue una gran experiencia.

Yo pensé que esta locura iba a parar ahí. Siempre he sido aficionado al fútbol, quería escribir de fútbol; estuve ahí, lo hice y dije: “Ya. Se acabó”. Para mi sorpresa, poco a poco me empezaron a pedir cosas de fútbol.

Después, en Francia 1998, el salto tecnológico sorprendió a Juan Villoro de una manera inesperada:

Siempre es complicado, al menos para mí. Era ocho años después y ya existían las computadoras personales y ya existía la laptop, pero yo no tenía una. Mi hermana me la prestó, pero yo no conocía bien ni el sistema operativo ni las cosas que hay que hacer... entonces, se me olvida que hay cambio de corriente en México y Europa. Lo primero que hice fue llegar a mi hotel y poner la laptop, salió una nube de humo y dejé sin luz a la mitad del piso, porque causé un corto terrible y se desconfiguró mi máquina. ¿Qué haces? Y tampoco estaba acreditado.

Tenía que resolver las cosas por mi cuenta, no podía ir a una oficina de prensa ni nada. *La Jornada* es un periódico que no tiene muchos recursos para mandar periodistas deportivos, no es el fuerte. Además, yo fui no a todo el mundial, sino sólo una parte y como no estaba acreditado, compramos boletos con una compañía que transó a los aficionados: te ofrecían ocho boletos y a los que les ofrecían ocho les daban seis, a los que les ofrecían diez, les daban ocho y así. Fue una bronca terrible; naturalmente, también escribí una crónica sobre eso. Fue lo difícil para mí.

Tengo algunas ventajas: una es que puedo leer en varios idiomas, conozco bastantes periódicos deportivos. Creo que también la distancia, no estar en el centro porque tú entras al centro de prensa. Yo he estado en otras circunstancias en conferencias de prensa, entran todos los periodistas, se hacen las preguntas y todo mundo se queda con la misma impresión de algo. Sales, lo vas comentando con los colegas, como que van haciendo una síntesis entre todos. Es como una procesadora de datos, en donde al final queda una para todos. En cambio, cuando lees distintos periódicos desde fuera, lo ensamblas de otra manera.

Estar un poco al margen a mí no me molesta, porque además también hago muchas cosas de color, de lo que va pasando en el lugar. Yo creo que ya mis notas de Francia tenían un sentido más compacto, yo ya tenía más experiencia, al grado de que las incluí en el libro *Dios es redondo*, a diferencia de las de Italia. De Italia de plano ya no metí nada de eso.

El paso por Corea y Japón 2002 fue accidentado, como el autor lo narra en Dios es redondo: Renunció a peregrinar por las redacciones para ser enviado a la sede de la justa y, en cambio, sólo disfrutó las limitadas dosis que Barcelona recibió de los partidos del Mundial. Los cinco artículos de opinión que escribió entonces para El País están compilados en ese libro.

Más tarde, Alemania 2006 trajo consigo la incursión de Villoro a la pantalla televisiva, donde realizó cápsulas sobre el mundial como parte de un grupo de comentaristas en Televisa. La experiencia, como todas, fue enriquecedora, pero al volver la vista al pasado, el autor reconoce que ése no es su terreno de juego.

Para mí las cosas importantes son las que ocurren por escrito. Soy escritor, no comentarista de televisión. Me han ofrecido estar ahí y es algo que aprecio mucho, pero nunca he querido estar de manera estable en televisión: no creo que sea mi medio. Para mí era una oportunidad extraordinaria (Alemania 2006) por muchas cosas; primero que nada porque era la primera vez que iba a estar acreditado en un mundial después de tanto tiempo.

En segundo lugar, porque en el grupo en el que yo iba, había comentaristas como Hugo Sánchez⁶⁷, Schuster⁶⁸, (Fernando) Redondo⁶⁹, el entrenador Carlos Bianchi⁷⁰, Batistuta⁷¹, gente de primerísimo nivel con la que yo tenía una oportunidad inmejorable de convivir, y por medio de ellos, con amigos de ellos del mismo nivel del fútbol internacional. Era una gran oportunidad de entender tras bambalinas, hablando con ellos, muchas de sus maneras de ser y actuar.

Lo que yo quería era otra cosa: quería hacer una serie de documentales sobre la pasión futbolística en todo el mundo, registrar a las personas que sostienen el juego del fútbol y que nunca nadie conoce: los monjes en Tíbet que juegan en un convento, los empleados que juegan en una plataforma petrolera, los ciegos que juegan en Argentina usando un cascabel para reconocer la pelota, todo eso. Hice un proyecto muy amplio para Televisa y como tantas cosas, se aprobó en primeras instancias y luego no se hizo, porque era muy caro... Creo que se podría haber hecho, pero no se hizo.

⁶⁷ Jugador y entrenador de la Selección Mexicana.

⁶⁸ Bernd Schuster (1959), ex futbolista y entrenador alemán. Entonces ex director técnico del Getafe de España.

⁶⁹ Ex futbolista argentino (1969) que jugó en la selección nacional de ese país.

⁷⁰ Entrenador y ex futbolista argentino (1949), apodado "El Virrey".

⁷¹ Gabriel Omar Batistuta (1969), futbolista argentino y actual Manager del Club Atlético Colón de Argentina.

Entonces, me ofrecieron hacer una serie de cápsulas en donde yo contara, de otra manera, momentos de los mundiales que ya se conocían, utilizando imágenes de archivo. No era tan interesante, pero estaba bien. Esto me permitía ir al mundial también, y aceptaron todas las condiciones que yo puse:

No ponerme el saco de Televisa, eso era muy importante para mí. Les dije: “Es como si ustedes contrataran a un sacerdote, yo no pertenezco a ustedes, yo vengo con mi ropa de trabajo”. Lo aceptaron muy bien.

No aparecer nunca en el programa *En la jugada*, donde aparecen los cómicos, el “compayito”, las chicas en bikini... Solamente aparecía ahí, pero aparte, en un diálogo con Javier Alarcón, que es una persona extraordinariamente receptiva para esto.

Tuve la oportunidad de ser comentarista, junto con estas personas, en el estadio, en la inauguración y en la final. Y la verdad eso fue una experiencia muy especial, de entender cómo se da, saber desde dentro el teatro de operaciones de una transmisión hacia millones de personas... eso fue muy interesante y para mí fue un aprendizaje, y todo salió muy bien.

A partir de ese momento, Javier Alarcón —que ha sido una gente extraordinaria conmigo— me invitó a trabajar permanentemente en el programa *En la jugada*, luego a las Olimpiadas de Beijing, pero no he querido ir, porque creo que yo debo mantener mi perfil de que, finalmente, soy un escritor, y lo que hice fue escribir tres crónicas, más o menos largas, para la revista *Proceso* mientras estaba en Alemania, pero sí me queda claro que no es lo mío.

No acepté ir a Sudáfrica con Televisa y no hago televisión. He recibido muchas ofertas para estar en ese medio. Me invitaron a Inglaterra para las Olimpiadas, tanto Televisa como Canal 22, y no acepté. No podría escribir los libros que escribo si me dedicara a otro medio. Respeto mucho los distintos lenguajes de comunicación, pero hay que concentrarse en lo que en verdad te interesa. Canal 22 tiene un enfoque cultural y por eso acepté estar ahí 12 programas (en Sudáfrica 2010). Creo que la relevancia de lo que puedo hacer en la tele depende, precisamente, de mantener cierta distancia respecto al medio.

Tiempo extra: “Me interesa escribir sobre la pasión”

“Las crónicas de futbol son para la fanaticada, la masa circular de los estadios, la barra brava de Boca, los forofos que hinchaban las cabeceras del Santiago Bernabeu, la torcida brasileña. Ninguna palabra define mejor al fanático que la italiana tifoso. En efecto, se trata de gente infectada, incurable (...) Para el fanático, el futbol ocurre antes y después del partido”, escribe Juan Villoro en Los once de la tribu. Sin embargo, entre esa “fanaticada” para la que escribe, distingue dos lectores extremos, que son igualmente importantes para el autor:

Uno es el fanático que conoce muchos más datos que yo. Una de las características de los deportes es que producen aficionados que se obsesionan con los datos de una manera increíble y se convierten en auténticas enciclopedias ambulantes. Hay gente que sabe cuántas fracturas de rodilla, por ejemplo, han tenido todos los jugadores de la primera división. Saben esos datos extravagantes porque es muy difícil tener una afición deportiva y no enamorarte de las minucias del deporte, porque el deporte está hecho de eso... Las hazañas no son otra cosa que pequeñas minucias que se acumulan significativamente. Al cabo de ciertos *hits*, resulta que ganas un partido.

El aficionado tiene un verdadero amor por las minucias. Hay muchos lectores que saben mucho más que yo, de datos, de todo. A mí me interesa mucho ese lector extremo que conoce los sucesos con más detalle fáctico o técnico que yo, y que, sin embargo, se interesa en la forma en que yo se los cuento o, en su caso, en la forma en que se los vuelvo a contar. Generalmente, es gente que ya sabe todo eso. Ése es un lector extremo.

Y el otro lector es alguien que no sabe nada de futbol o incluso detesta el futbol y, sin embargo, se interesa en el fenómeno, como yo me podría interesar por ejemplo en el carnaval de Brasil o en un rito africano simplemente por saber qué comportamiento humano hay ahí. Entonces, ese lector que, odiando el futbol, de pronto dice: “Qué interesante poder leer esto sobre futbol, entiendo a los locos”, porque para él es como un aprendizaje de los locos —cómo son estos locos y por qué forman parte de su familia, tal vez—, esos dos lectores son los que a mí me dan una satisfacción especial porque son desafíos muy grandes. Cada vez que me encuentro con ese ejemplo, me gusta mucho.

Por supuesto, en medio están los que se parecen más a mí: que les gusta el deporte, pero igual tampoco están tan obsesionados.

Sobre su parecido con esos lectores, contesta específicamente:

--¿Te consideras aficionado?

Yo sí, yo me considero aficionado, pero no un experto. Yo sólo puedo escribir desde la afición. Por eso durante un año tuve una columna en la sección deportiva del periódico *El Universal*. Fue un ejercicio mío de ser testigo semanal del fútbol.

--¿Por qué la dejaste?

Porque fue por un año y yo quería estar así, pero entre otras cosas la dejé porque yo quiero ser un aficionado de fútbol. No quiero ser un experto. Creo que yo escribo mejor con la distancia que tengo. Soy un escritor que llega, como aficionado de fútbol, y se deja sorprender por cosas. Pero no alguien que está pensando ahorita que el jugador va a fallar porque ha tenido problemas digestivos y estuvo internado en nutrición hace dos semanas y el gastroenterólogo –al que yo ya entrevisté— me dijo que no está al 100 por ciento. Esos conocimientos exagerados no me interesan. A mí me interesa ser un aficionado.

Además, lo que a mí más me interesa es escribir sobre la pasión. No sobre los goles, porque los goles están ahí, todo mundo los conoce. Lo que me interesa escribir es por qué eso le interesa a la gente. Por qué cuando cae un gol, da felicidad o tristeza a tantas personas y qué elementos rodean esa tristeza. Qué supersticiones, ilusiones, anhelos, revanchas, venganzas, fanatismos... Todo eso es lo que a mí me interesa y para eso tengo que tener condición de aficionado porque si no soy aficionado, ya estoy hablando como un técnico: lo que digo del partido es que jugaron con línea de cuatro en vez de con línea de tres... Cosas así, del falso entrenador.

Es lo que tiene que hacer inevitablemente el periodista deportivo, porque el periodista deportivo es un experto. Yo no soy un experto, trabajo para no serlo. Me cuido. Creo que eso es muy importante.

“El que sólo sabe de deportes ni siquiera sabe de deportes”, critica el periodista al hablar sobre la excesiva especialización; además, confiesa que coincide con la idea generalizada de que haber pisado una cancha es un aspecto útil para escribir sobre fútbol.

La especialización absoluta es una de las peores taras del periodismo. Así como el periodismo deportivo fomenta la objetividad, también fomenta la innecesaria precisión de los datos. Hay comentaristas que saben cuántas fracturas de la rodilla tiene un jugador, pero son incapaces de definir por qué es un ídolo de la gente. Mientras más cosas variadas sepa un cronista, mejor será.

A mí me costaría trabajo entender el juego si no hubiera jugado cerca de treinta años en diversos equipos. Pasé de infantiles a juveniles en los Pumas, hasta llegar a AA y probarme con la reserva especial. No quedé en el primer equipo y seguí jugando por afición.

Es muy difícil tener sólo un conocimiento teórico del juego y de lo que significa pertenecer a un equipo. Obviamente, no es necesario ser Cruyff para opinar del juego, pero si nunca has pateado un balón, cuesta más trabajo.

Para escribir sobre la pasión, nada como haber tenido como ejemplo definitorio de la vocación por la palabra a un hombre que “narraba los partidos como gestas de la Iliada”: Ángel Fernández, el locutor que influyó profundamente a Villoro. De eso —lanza— ha escrito bastante: desde la entrevista que incluyó en Los once de la tribu, titulada “Conversación con Ángel Fernández”, hasta el homenaje que cierra Dios es redondo:

“Hay algo que antecede a toda inclinación literaria: el descubrimiento de las palabras como símbolos mágicos. De golpe, el idioma utilitario se transforma en un mecanismo de invención. Concedemos poca importancia a este rito de paso, que suele provenir de un estímulo ‘popular’, prejuicioso sinónimo de lo intrascendente. Y, sin embargo, el rumbo de una vida puede cambiar con un hombre que grita en un estadio.”

Fue así como el camino de Villoro viró de manera definitiva con dirección a la narración de las emociones.

“¡Me pongo de pie!”, exclamaba el locutor ante un lance meritorio. Importa poco que yo me ponga de pie ante sus logros, pero importa mucho que se ponga de pie el niño de Mixcoac al que le reveló el juego del hombre”, anota el autor en el “Tiempo extra” de Dios es redondo:

Él es una persona esencial para mí, porque me regaló varias cosas. Una de ellas, asociar para siempre el futbol con la palabra. Yo creo que todo deporte es mucho más interesante si se comenta, y esto lo sabe cualquier aficionado. Por eso digo yo que el futbol o el basquetbol o el béisbol ya nos llegan narrados, porque los estamos viendo a partir de las palabras que sabemos que los describen, y luego esas palabras son usadas para comentar el juego con los amigos. A mí me regaló esa asociación entre el futbol y la palabra.

Y, por extensión, me descubrió el gusto por la narración. Yo era un niño, no sabía que se podía narrar, no sabía que se podían contar historias y vivir de eso. Obviamente, no asocié eso con la literatura; simplemente, me deslumbré con el arte de narrar. Muchos años después, cuando supe que existía la literatura, la asocié con esa pasión, dije: “Claro, lo que hacía Ángel Fernández era literatura oral”. Era como los rapsodas griegos que no escribían con papel. Él algunas veces escribió y muy bien, tenía un gran estilo literario. Fue absolutamente esencial.

Luego tuve la inmensa suerte de conocerlo cuando él estaba de capa caída, porque se había ido de Televisa al Canal 13, lo corrieron de Canal 13, no lo aceptaron de regreso en Televisa, y se quedó sin trabajo. Lo conocí en una época en que me dio horas y horas de conversación. Creo que él evidentemente sintió la admiración que yo le tenía, pero se produjo una amistad muy hermosa, porque él apreció mucho el trabajo que yo había hecho y una de las grandes satisfacciones de mi vida fue que el “Che” Ventura, que fue muy amigo de Ángel, le organizó un homenaje y empezaron a buscar cómo contar la vida de Ángel Fernández en un video.

Para mi sorpresa, la forma que encontraron de contarla fue la crónica que yo había hecho. Para mí fue extraordinario que la vida del cronista fuera contada por su admirador y testigo, que soy yo. Y él aquilató muy bien eso, era un gran lector y empezó a leer cosas mías. Me mandaba señales, me hice amigo de sus hijos y fui muy amigo de él... Muy amigo de él. Iba a las presentaciones de mis libros, era para mí un regalo de la vida extraordinario, y el libro de *Dios es redondo* termina con un homenaje a Ángel Fernández. Lo presenté en el Estadio Azteca, en una mesa con periodistas, y él no pudo llegar, pero me mandó un papelito con su hijo, y murió dos días después. Fue casi como una despedida de un ángel; naturalmente, fui a su sepelio y todo. Y guardo una amistad bastante estrecha con sus hijos.

Es alguien que a mí me enriqueció muchísimo.

--Como amigo, ¿qué es lo que más recuerdas de él?

Era divertidísimo. Era único, absolutamente único, porque no podía hablar normalmente. Todo lo narraba. Si estaba hablando de unos huevos rancheros, decía verdaderas barbaridades sobre los huevos rancheros, sobre lo que fuera... Contaba historias de personas, todo el tiempo estaba narrando. Una vez nos vimos a desayunar en un hotel, me ve de lejos, yo llevaba un saco azul, y dice: “Juan, te veo vestido como un brazo de mar”. Todo era así. “En cambio, yo vengo como Bill Clinton”, porque Clinton se ponía una cachucha –iba con cachucha, tenis, rompevientos y una mascadilla—. Todo era así, era muy divertido.

Ángel Fernández reunió para Juan Villoro el fútbol y la palabra. Sin embargo, durante mucho tiempo no fue una combinación común y, en ocasiones, ni siquiera deseable. Y aunque hay escritores que continúan expresándose despectivamente de ese deporte, el autor de Dios es redondo asegura que “ya se perdió el complejo”:

En 1966, Emanuel Carballo escribió en su “Diario Público”, su columna en *Excélsior* – él venía de Guadalajara donde hay mucha cultura futbolística—: “Me parece rarísimo que ninguno de los intelectuales que conozco va a ver el mundial de Wembley (que además México jugaba), se me hace muy raro, porque o son muy *snobs* y no se atreven a aceptar que les gusta algo tan popular, o simplemente son muy tontos y se están perdiendo de un gran espectáculo. No sé qué pasa”.

Esto era así en el 66; hoy en día todo mundo habla de futbol. Hay muchos escritores que escriben de futbol. Creo que modestamente yo he contribuido un poco también a que se propague esta vinculación entre la literatura y el futbol, pero antes ha habido figuras mucho más importantes porque fueron de ruptura, como Manuel Vázquez Montalbán en España, Osvaldo Soriano y Roberto Fontanarrosa en Argentina, que hicieron que se volviera habitual hablar de futbol, sin que fuera un problema que un escritor o un intelectual abordara el tema.

A los “detractores” de ese deporte --que, como todos, cultiva infinidad de vicios-- les dedica estas líneas en el relato “Los once de la tribu”: “¿Hay forma de calmar a los enemigos del futbol? Ciertas cosas no pueden hacerse de modo indiferente. La fruición con que Paco come sesos en mantequilla negra hace que Malú desvíe la vista a la mesa de junto. Como esos guisos succulentos y escabrosos, el futbol se promueve o se desacredita solo. Las apologías del futbol sólo convencen a los convencidos. Comparto el categórico entusiasmo de Vinicius de Moraes, que sólo aceptaba dos excusas para rechazar la samba o el futbol (estar enfermo de un pie o mal de la cabeza), pero no tengo nada que argumentar contra la repulsa de Oscar Wilde: ‘El futbol es un deporte muy apropiado para niñas rudas, pero no para jóvenes delicados’. Lo dicho: Paco y Malú, el gusto y el asco, los aficionados y los ‘sobrevivientes’, Beckett y Orwell”.

Por ello, ante ejemplos de “la repulsa”, como Fernando Vallejo, quien afirma en su libro La virgen de los sicarios que “cuando la humanidad se sienta en sus culos frente a un televisor a ver a 22 adultos infantiles dándole patadas a un balón, no hay esperanzas”, o Alvaro Mutis –que trae a la charla el propio Villoro—, quien afirmó que los estadios eran “los burdeles de la gloria”, el cronista recuerda que el deporte siempre expresará de manera extrema los vicios de una sociedad:

La xenofobia, el machismo, la comercialización, el oportunismo político, el dopaje... todo eso mancha el futbol. Realmente el futbol puede ser algo oprobioso y me parece muy bien que haya gente que esté manteniendo la señal de alarma respecto a los horrores que

puede significar el futbol. También me parece muy importante que haya gente que señale que si alguien siente que somos mejores porque México ganó un partido, pues no... No, la vida no es así. Ahora, yo en lo personal, que soy muy aficionado a los deportes, soy un amigo raro de Fernando Vallejo, porque yo soy católico y él es anticatólico. Conoce mucho el catolicismo y quizá es un católico secreto, y yo soy aficionado al futbol, pero son pasiones en las que yo veo cosas que otras personas no tienen que ver.

¿Qué ve, entonces, Villoro en la pasión futbolera?

Porque para el cronista, el futbol no es sólo un tema más del cual escribir. Él encuentra, incluso, similitudes entre las dos disciplinas: el futbol, remata, se asemeja no sólo a las letras, sino a la vida misma. Sociólogo por la Universidad Autónoma Metropolitana, en sus crónicas termina internándose —como ya lo ha señalado Proceso— en la psicología futbolera:

Son dos formas del juego, dos formas de la representación. En el juego lo más importante es que las reglas se respeten mucho y que no se violenten, y las reglas literarias operan también con mucha severidad: el que no las cumple paga un precio muy alto. Creo que tiene que ver con el placer, con el sentido lúdico, con la pasión. Todo deporte cuenta una historia, es un relato que termina de alguna manera específica.

Incluso hay deportes, como el beisbol, por ejemplo, que están estructurados como *La Odisea*: se trata de volver a casa, volver a home. Es la estructura de *La Odisea*: un hombre solitario, como Ulises, se va a enfrentar a todos los peligros de un camino hasta volver a casa. Es un relato típico, y cada uno de los partidos tiene que ver con eso: los enfrentamientos del débil contra el fuerte, el bien contra el mal, los testigos, el coro, la multitud, hay muchos elementos de comparación entre el futbol y la literatura.

Además de los puntos de coincidencia con la literatura, entre las noblezas del futbol Villoro anota la vuelta a la infancia, aunque precisa que no se trata del deseo de regresar a una etapa idílica, sino de la posibilidad de “construirla” por segunda vez:

La parte noble del futbol es que es una posibilidad de recuperar la infancia, y hay muy pocas actividades en la vida adulta que te permiten establecer contacto con el niño que fuiste. A través del deporte, los héroes son posibles, la balanza del mundo vuelve a ser justa, en un sentido relativo, que eso es muy importante. En el deporte gana el que metió más goles o gana el que encestó las canastas, y es otra manera de evaluar las cosas.

Creo que la infancia es muy difícil, es una etapa muy dura y es un poco fácil decir que la infancia es agradable. En lo personal, además, es la peor etapa de mi vida. Realmente sólo hay una etapa que no quisiera volver a vivir nunca y es mi infancia hasta los 12 años, es lo que yo no quisiera vivir. Por lo tanto, yo no tengo una visión idílica de la infancia.

Lo que permite el futbol es una segunda infancia, que es voluntaria: es la infancia que no tuvimos y es inventada, y por eso es mejor, porque es una infancia sin papás que te regañen, sin escuelas siniestras, sin personas que abusen de ti. Es muy mejorada porque es una infancia que tú te conquistas. Ha habido gente que ha tenido grandes infancias, me gustaría pensar que mi hija tiene una gran infancia; ojalá, yo no la tuve. Pero a lo que me refiero es más bien a esta infancia conquistada voluntariamente, que es una infancia imaginaria.

Y después de la infancia, llega la vida, en la que Villoro también encuentra analogías con el futbol:

Muchas veces hay un árbitro que se interpone, sobre todo en el futbol, y en ese sentido, es el más falible de los deportes. Eso se parece mucho a la vida. El fútbol es también una escuela contra la adversidad y contra las arbitrariedades del destino porque de repente un jugador mete un golazo y el árbitro lo invalida. Del mismo modo, cuando crees que ibas a conquistar a la chica de tus sueños, un día se voltea y no te vuelve a hablar nunca. Esas cosas pasan, y el futbol te puede educar mucho a aceptar una realidad que a veces no es la que tú quisieras tener.

Por otra parte, el comportamiento sano del fanático —que se pinta la cara, o grita locuras, o enciende una antorcha— me parece muy importante para establecer un contacto con el pasado; no sólo con el niño que fuimos, sino con la tribu del comienzo: un comportamiento que no nos atrevemos a tener en una sociedad aparentemente racional.

Luego también la posibilidad del heroísmo en el futbol tiene que ver con el triunfo de los débiles. El héroe del futbol es un equipo que le gana a otro que es más fuerte y que incluso, podemos decir, le gana a otro que es mejor. Todos nosotros sabemos que si jugaran 20 veces, ganaría el otro equipo 19 veces, pero hubo una vez en que todo cambió y todo fue distinto, y los débiles, los que no eran tan buenos y nunca serán tan buenos, lo lograron... y eso es algo que solamente pasa en el fútbol. Desgraciadamente, los pobres siguen siendo pobres en la vida real, y no tienen ni siquiera momentos de compensación como esos.

El fútbol tiene todas estas cosas de nobleza, es particularmente caprichoso que se juegue con los pies, que es la parte liquidada de la evolución. La evolución dependió del ojo, de la mano y la voz del *homo sapiens*, y el pie es lo menos importante. Entonces, es volver a la horda del comienzo en donde los pies podían tener otro significado. Luego, la idea del juego de conjunto me parece importantísima.

La pobreza de medios también. Porque eso es muy interesante en el fútbol, que se puede jugar con una pelota de trapo en una playa; no necesitas nada para jugar fútbol, no necesitas equipo. Y otra cosa: las habilidades que exige el fútbol; en ese sentido, es como una democratización del talento que no tienen otros deportes. Ya estoy distinguiendo el fútbol de otros deportes, porque por eso me apasiona más.

Tú no puedes medir 1.50 y ser basquetbolista profesional. O no puedes pesar 80 kilos y ser jockey de carreras, o pesar 60 kilos y estar en la línea de golpeo de un equipo de fútbol americano. Hay características físicas. Incluso lo ves: los negros para las carreras, sobre todo las de corta distancia, los blancos para la natación... Se ven hasta predisposiciones raciales en los deportes.

En el fútbol puedes ser lento, chaparrito y gordo y ser Maradona; puedes ser despistado y hábil, y ser Cruyff; puedes haber padecido poliomielitis y ser "Garrincha". Lo importante del fútbol es encontrar una forma especial de la picardía, encontrar un talento que tienes, nada más. Hay jugadores como David Beckham, que básicamente sabe hacer dos cosas: lanzar pases y tirar a la portería. No sabe hacer nada más y ha circulado... Más allá de la parte mediática, que en él juega mucho también, sabe hacer dos cosas y con esas, ahí va.

Por ejemplo, a mí me dijo Jorge Valdano: "Hugo Sánchez es suficientemente inteligente para que no sepamos si sabía burlar o no sabía burlar, porque nunca lo intentó". Como no era lo suyo, no lo intentó; entonces, no hizo nunca el ridículo: nunca quiso burlar a nadie, no lo intentó y lo suyo era otro tipo de habilidad. Esta repartición de habilidades tan extraña que te permite encontrar futbolistas muy raros, es también particularmente rica y a mí me parece ennoblecedora.

Porque estamos acostumbrados en la vida a una competitividad que empieza casi en plan genético, entre quién es rubio, quién es alto, quién es bajo... Vivimos en estado de segregación: quién tiene título, de qué universidad, quién no tiene, quién habla inglés... En una determinada comunidad, quién es católico, quién es más, así todo... O en otra, quién es laico, porque entonces parece súper anticuado que alguien sea católico, en fin...

De repente llegas al futbol y todos están unificados en una tribu en donde simple y sencillamente la combinación de las destrezas es lo que hace un equipo. Y hay jugadores – por ejemplo Gattuso, un jugador de la selección italiana— que realmente es difícil saber cuál es su habilidad, más allá de la furia y el coraje. Es un jugador enardecido que va persiguiendo la pelota como un loco y que no es bueno para nada, pero es bueno para eso, y con eso está en la selección que ganó el campeonato del mundo (Alemania 2006), aunque ni siquiera sabe muy bien qué hacer con la pelota.

A mí me parece que todo eso dignifica mucho al hombre. Es como un repertorio teatral donde todos pueden ser Hamlet, siempre y cuando encuentren esa habilidad personal que los convierta en Hamlet, pero va a ser distinta la de cada uno, y todos son verosímiles como Hamlet, y eso me parece muy importante.

El nivel de fanatismo futbolero en México, ¿se explica desde la analogía con la vuelta a la infancia, el regreso a la horda del comienzo, el triunfo de los débiles...?

Tiene que ver con cosas que le interesan a la gente en general, como el salir de ti mismo, como decía Ortega y Gasset: “el darte vacaciones de civilización”. De pronto estamos hartos de ser civilizados: queremos saltar, queremos gritar, queremos abrazarnos con otra persona que no conocemos, festejar un gol, tirar una cerveza al aire, hacer locuras... eso creo que tiene que ver.

Respecto a lo que le interesa al mexicano, creo que al mexicano lo que le interesa es el relajó. Lo que al mexicano le interesa es la posibilidad de estar juntos, eso es lo más importante. El futbol es un pretexto de congregación maravilloso, donde preparamos tortas, donde nos reunimos con la gente que queremos o nos reconciamos con la que ya no queríamos, estamos ahí juntos, ya sea en torno a un televisor en la casa, ya sea en una cantina, ya sea en un estadio... es una oportunidad de echar montón, y esa es una característica del mexicano.

El mexicano se siente muy bien en montón. Creo que porque tenemos un país que se organiza mucho mejor comunitariamente que societariamente. Somos muy fuertes para los valores compartidos, los lazos familiares, los rituales, las ceremonias, las fiestas... En cambio, somos muy malos para respetar leyes, normas, principios. Eso hemos demostrado: que en responsabilidades cívicas somos muy malos.

El futbol entra muy bien en la zona de la comunidad, porque necesitas ser responsable, se necesita estar juntos, echar relajó. Esto también explica que guste tanto,

aunque los resultados no sean muy buenos, porque no hay una relación eficientista con el fútbol. De hecho, en México es muy raro encontrar una relación eficientista con nada, porque somos uno de los países más ineficaces del mundo. Somos simpáticos, pero ineficaces.

El espectador argentino, por ejemplo, considera que influye en el resultado de manera muy decisiva y está ahí para influir en el resultado, y es un apoyo crítico muy grande. Por eso salió en Argentina la expresión del jugador número 12, porque el público decide, quiere decidir, lo que pasa. En cambio, en México no: el público ve lo que pasa; por supuesto que apoya a su equipo, pero si no ganamos, no importa. De todas maneras nos la pasamos muy bien y las tortas estuvieron sabrosísimas. Echamos relajo.

Yo creo que esta capacidad de aglutinar a la gente para el relajo es maravillosa. Sí nos gustaría ganar, pero nunca ha sido lo esencial. Porque si fuera lo esencial, ya no habría afición en los estadios después de tantas derrotas que hemos sufrido.

Escribir sobre algo tan intenso y complejo como la pasión no requiere de solemnidades. En cada una de las crónicas deportivas, en sus cuentos e incluso en columnas de opinión, hay otro elemento que nunca se extraña al leer a Juan Villoro: el sentido del humor. Sin embargo –lanza un último tiro— todo es involuntario.

Tiene que ver con la personalidad de quien escribe. Yo nunca me propongo tener sentido del humor, porque creo que es muy peligroso que alguien quiera ser chistoso. Y hay una gran diferencia entre quien tiene sentido del humor, como Jorge Ibarguengoitia, y quien se hace el chistoso. De pronto se nota muy forzado eso. Entonces, yo simplemente veo la realidad de una manera bastante irónica y en las crónicas de fútbol, como tratan de la pasión, me interesa tener una visión celebratoria, una visión que reproduzca emocionalmente esos fuegos de artificio que se producen en los grandes acontecimientos.

Ahí el humor entra porque tiene que ver con cómo soportamos la tragedia, cómo nos distanciamos de ella, tiene que ver con cómo nos acercamos de una manera chusca a los demás. Creo que en las crónicas de fútbol también está más presente porque forma parte de la celebración del juego, del aspecto lúdico, aunque cuando he escrito cuentos, más bien son cuentos tristes sobre fútbol. Los dos cuentos que he publicado, uno "El Silbido" en mi libro *Los culpables* y "El extremo fantasma" en mi libro *La casa pierde*, son tristes, porque también el fútbol tiene grandes problemas, frustraciones, cosas de ese tipo.

Para Juan Villoro, cuál gana: ¿la pasión futbolística o la pasión literaria?

No, la pasión literaria, porque la pasión futbolística es una afición que yo tengo, pero de la que me he apropiado a través de la literatura. He usado la literatura para todo en la vida, incluso para la pasión futbolística. Si a mí me invitan a ver un partido o a ser comentarista en un programa, no lo hacen porque yo sea un ex jugador —me hubiera encantado serlo—, un ex técnico o un directivo, o un comentarista profesional de televisión, sino que me invitan siempre por lo que yo escribo. Siempre mi punto de partida es la escritura, y por eso voy a los estadios y todo.

El niño de Mixcoac describe un tiro libre, anota gol y pone punto final al marcador.

Conclusiones

Durante dos fines de semana completos (de jueves a domingo) revisé la sección deportiva de dos periódicos de circulación nacional en busca de crónicas. No con afán de compararlas con el trabajo de Villoro —ante el que, de inicio, tendrían una evidente desventaja— ni para realizar un análisis exhaustivo, pues eso quedaría fuera de los objetivos y alcances de este trabajo. Pero si habría de concluirse algo acerca del trabajo de investigación presentado aquí y las crónicas analizadas, que se acreditan a sí mismas, ese corolario tendría que relacionarse por fuerza o presentar un contraste con el trabajo que se hace actualmente en los medios de comunicación.

La gran sorpresa —y lo fue porque no estoy acostumbrada a revisar esa sección del periódico— fue que las crónicas eran escasas. La mayoría son notas basadas en declaraciones o comunicados. Y a esas se agregan las notas previas: "se enfrentarán", "no jugará", "prevén ganar", "disputarán", "defenderán". Son casi siempre dos partidos, los más importantes del día, los que intentan cronicarse.

En el fondo de esas crónicas, puede encontrarse un vicio que hoy prevalece en los medios: la tendencia a repetir fórmulas, a hacer crónicas, notas o entrevistas partiendo de un mismo "molde", es decir, una estructura que siempre funciona y que pocos se arriesgan a abandonar. Las secciones deportivas no son la excepción.

La mayoría de las crónicas se presentan del mismo modo: la entrada es casi siempre un balance de lo sucedido con el marcador como dato central ("América metió el acelerador poco más de 20 minutos y con eso le bastó para darle una paliza al San Luis al son de 3-1"⁷²) y lo que sigue es un relato cronológico de los minutos en los que sucedieron las jugadas decisivas, las faltas, los cambios en el marcador ("Jugando por el centro y no por las bandas, Arellano encontró su primer opción al 61', con un disparo que mandó por fuera. Al 77', el arquero Cirilo Saucedo quedó vencido tras un disparo de Marco Fabián y, cuando el balón parecía entrar a gol para el empate, en la línea Juan Carlos Núñez lo sacó. Cuando ya caían 2-0 y un sector de las 25 mil personas que acudieron al Omnilife abucheaba al equipo, Fabián remató con la cabeza y Saucedo desvió al 90', tras un servicio de Julio Nava desde la izquierda"⁷³).

⁷² "Cancha", *Reforma*, domingo 29 de enero de 2012.

⁷³ "Cancha", *Reforma*, domingo 22 de enero de 2012

Tres carencias es importante destacar, con base en lo que se explica en los tres capítulos que conforman este trabajo: el abuso de las estadísticas, que el mismo Villoro señaló durante la entrevista, la falta de detalles y anécdotas que puedan despertar el interés de lectores no aficionados y las frases hechas: “Viniendo de menos a más”, “va perdiendo gas”, “al espectador al filo de la butaca”, “marcaron el primero de la noche”, “despejar el esférico”... Además, en muchos casos, las “crónicas” o notas de partidos de futbol a los que no es posible mandar a un reportero, se escriben en la redacción, con base en la transmisión televisiva.

El autor de las crónicas analizadas en esta investigación distingue dos lectores extremos: el aficionado (que puede llegar a saber más datos que él) y aquél a quien no le gusta el futbol, del que dice que sus textos pueden permitirle “entender a los locos”. Un experto aficionado a este deporte, cualquier día lee una crónica de un partido de futbol –en el supuesto de que ésta tenga algún aspecto de interés diferente a lo visto en televisión—. En cambio, alguien que no gusta del futbol, difícilmente se detiene a leer esta sección. ¿Qué hace, entonces, que este segundo lector –que incluso puede odiar el futbol— se interese en las crónicas de Villoro?

La “vida secreta” que hay detrás de los datos. Lo ha sintetizado ya el autor: “a mí me interesa escribir sobre la pasión”. El escritor no se centra en los datos técnicos, en el nombre de las jugadas o en “la línea de tres que luego fue línea de cuatro”, como suelen escribir a quienes llama “cientificistas”. Estos últimos sólo tienen impacto en un grupúsculo, en una porción de lectores cautivos que están habituados a leer las secciones deportivas.

Por supuesto, todos los lectores tendrán preferencias hacia unas secciones por encima de otras. Y, claro, habrá quien jamás esté dispuesto a leer las páginas deportivas. No todos los lectores de un periódico están llamados a leer siempre la publicación completa. Sin embargo, vale la pena subrayar que si hay alguien capaz de hacer la diferencia logrando que el lector no aficionado, que cree que nunca se interesará por una crónica de futbol, termine disfrutando la lectura de este género, todavía hay un camino por andar al respecto.

Debe reconocerse que el nivel de calidad en los textos de Villoro está en gran medida vinculado a su formación como escritor de ficción y sociólogo. Por lo tanto, no podemos pretender que todos los periodistas deportivos tengan el mismo conocimiento o los mismos resultados, pero sí que conozcan otras fórmulas para la crónica deportiva y echen mano de algunos elementos que podrían despertar el interés de un público más amplio.

Al final, las secciones deportivas están insertas en periódicos dirigidos al público en general. No estamos hablando de revistas especializadas dirigidas a un lector determinado, con intereses específicos. Y si en el resto de las secciones existe una intención de usar un lenguaje claro y sencillo que haga los textos entendibles para todo tipo de público, ¿por qué no habría de prevalecer esta preocupación también en las páginas dedicadas al deporte?

¿Se logra este objetivo únicamente leyendo a Villoro? ¿Todos tendríamos que escribir crónicas como él? Por supuesto que no. La intención no es ésa, sino que esta investigación haya servido para explorar algunos elementos, retomar ciertas características, entender los elementos principales que utiliza este autor, los recursos que más explota, para tener un poco de luz sobre cómo puede mejorarse la construcción de una crónica; en particular, la deportiva.

Las jugadas de Villoro

Como se mencionó ya, en repetidas ocasiones las páginas deportivas se usan para decir nuevamente lo que ya se vio en televisión. A veces ni siquiera de manera diferente, pues si el reportero redacta la crónica en la redacción de un periódico, a partir de lo que ve en la televisión, es difícil que pueda otorgar detalles o panoramas distintos. Esta forma de hacer las cosas trae implícita la desventaja que apunta Villoro en la entrevista: al ser un deporte con expresiones propias, en donde muchas cosas se presentan ya narradas, la descripción de éstas puede volverse “boba o aburrida”.

Ante la rapidez de difusión mediante la radio y la televisión, hoy los periodistas se enfrentan al reto de decir algo más que lo que ya se vio (si es que deciden y se les permite asumirlo). El director editorial de un periódico de circulación nacional lanzó una pregunta como preámbulo a un breve curso de narrativa: “¿quién paga por leer lo que ya sabe?”. El cuestionamiento es acertado, pero al mismo tiempo retórico, si se toma en cuenta que casi a diario, la mayor parte del contenido no sólo de su medio, sino de la prensa en general, es una reiteración de lo que se dio a conocer el día anterior no en uno, sino en más de cinco noticiarios de radio y televisión.

Con mayor o menor interés, dependiendo de la publicación, los periódicos pugnan por sacar adelante una agenda propia. La mayoría de las veces ésta se ve opacada por la inercia y el “molde” con el que se cuentan los acontecimientos diarios, así como por la arraigada

creencia de que por su valor noticioso, han de contarse con el mismo ángulo que se determinó en los medios electrónicos.

En las secciones deportivas es mucho más evidente la carencia de información especial o exclusiva. Priva la llamada “declaracionitis”. ¿Debemos, entonces, cambiar y reformular todos los contenidos de las páginas deportivas? Eso merecería una discusión más amplia y detallada. Por lo pronto, podemos mejorar lo que ya se publica ahí, trabajar en la calidad de los textos haciendo verdaderas crónicas, y no relatos cronológicos de los partidos.

¿Qué elementos se pueden rescatar de la forma en que Villoro construye sus crónicas deportivas? Como primer punto, habría que destacar la figura del cronista como testigo. El autor de crónicas va a donde ocurrieron los sucesos, no escribe con base en una transmisión televisiva. Asegura el escritor que el suceso debe recrearse “con la intensidad de quien lo vivió de primera mano”, aunque el cronista recoja los datos mediante otros testigos. Es decir, el reportero no puede convertirse en protagonista, pero tiene que estar en el lugar de los hechos para recoger las voces de quienes sí lo son.

Otro aspecto fundamental en las crónicas deportivas de Villoro son las constantes referencias culturales, así como a otros textos y autores. Más que reflejar su formación como escritor, éstas hacen evidente su trayectoria como lector. No todos los reporteros estamos llamados a ser autores de ficción; en cambio, sí debiéramos estar obligados a ser lectores constantes de periodismo y de literatura. No sólo para fomentar las posibles referencias durante la construcción de una crónica, sino el ejercicio de la memoria que éstas conllevan y que es notorio en el caso del autor analizado.

No hay que perder de vista la analogía que hace el autor respecto a los recursos de la ficción en las crónicas. El cronista selecciona los elementos de la realidad como lo haría un cuentista. Debe otorgarles un sentido y una circularidad. En los partidos de fútbol, destaca, esto es más fácil, pues hay un claro inicio y final. Pero, a veces, incluso cuando la realidad determine la temporalidad de un partido de fútbol, las crónicas de éste pueden parecer incompletas, porque carecen de ese sentido de unidad, ya que en el afán de contar lo relevante, el reportero olvida que debe haber una conexión entre el principio y el final, y que en una crónica el remate es casi tan importante como la entrada, a diferencia de la nota dura.

Un elemento más a destacar a partir del análisis de los textos de Villoro es el uso de los adjetivos calificativos. Es importante subrayar que la crónica, por más carga subjetiva que tenga, al igual que el resto de los géneros periodísticos, no es lugar para verter juicios ni opiniones del cronista.

A lo largo del segundo capítulo, en cada uno de los análisis se desglosaron las fórmulas interpretativas que usa este autor: muchas veces presentaba cuestionamientos para luego responderlos con hechos y reforzarlos con datos; otras veces la pregunta se quedaba abierta, y en algunas ocasiones más, el escritor hacía –incluso abría sus crónicas, como sucede en la primera de Alemania 2006 y en la de Hugo Sánchez— una clara afirmación, pero sólo para después continuar con la información que la sustenta.

Por lo tanto, si bien hay una valoración –siempre derivada de datos concretos—, así como un sello subjetivo y personal del autor, no vemos en sus crónicas textos de opinión, ni mucho menos a un periodista que se coloque en el papel de “juez” para calificar los hechos. Sin embargo, esto no lo exime de utilizar los calificativos necesarios para lograr imágenes y descripciones contundentes, atractivas para el lector.

“Adjetivo que no da vida, mata”, decía Vicente Huidobro. En las crónicas de Villoro cada adjetivo enriquece, contribuye a la construcción de imágenes en la mente del receptor, porque hay una selección de la palabra adecuada, la cual sólo puede provenir de un lector asiduo y de una persona interesada en hacer un buen uso y sacar el mejor provecho de su idioma (interés que debiera ser generalizado en el ámbito periodístico).

En lo referente a la interpretación, se vuelve necesario también señalar la cercanía de las crónicas de Villoro con un género que es fundamentalmente interpretativo: el ensayo. En *Safari accidental*, incluso podría discutirse cuáles de los textos que ahí se incluyen tienden más hacia el ensayo que hacia la crónica. En el caso de las crónicas deportivas, también podemos encontrar ciertos rasgos de ese género, sobre todo por la capacidad del autor de argumentar y sustentar esas afirmaciones, y de llevar al lector de una idea a otra, “encadenando” cada una de éstas.

Pero habría que distinguir que aunque en el ensayo se refleja por igual un estilo libre y personal, éste tiende más hacia un sustento teórico, fundamentado en referencias muy específicas. Esto es diferente al contexto que se requiere para escribir una crónica, que conoceríamos más bien como *background*. Mientras que el ensayo puede reflejar mejor la capacidad de investigación y análisis de un autor, la crónica refleja con mayor intensidad sus cualidades como observador y re creador de una realidad, auxiliado con su propia experiencia.

Al final, para un ensayo no es necesario acudir a un lugar, mientras que para escribir una crónica ése es un requisito indispensable. Para el primero, hay además una construcción diferente, que consiste en introducción, desarrollo y conclusiones. Recordemos que en los

géneros periodísticos hay subjetividad, puntos de vista particulares e interpretación, pero nunca conclusiones (a excepción de los géneros de opinión). El único personaje destinado a concluir es el lector. Por lo tanto, más que una estructura argumentativa, como en el caso del ensayo, en la crónica hay una estructura argumental (principio, nudo, desenlace), que es lo que la asemeja al cuento.

Aún así, es innegable que en las crónicas de Villoro con frecuencia se encuentran características propias del ensayo y que se pueden acercar mucho a éste. En las deportivas, es el caso, por ejemplo, de “Hugo en llamas”. El mejor argumento para creer que ese texto no es una crónica es que no cuenta un único suceso –cronológicamente o no—, sino que detalla la historia de los entrenadores de la Selección hasta llegar a Hugo Sánchez y presenta una interpretación respecto a lo que implica estar al frente del tricolor y, por otro lado, tampoco recrea o reconstruye un ambiente.

En este punto es donde debemos recordar a Raymundo Rivapalacio, que enfatiza la existencia de crónicas sobre personajes. Lo que sí reconstruye esa crónica es a un personaje y sus características, así como las situaciones que envuelven a la selección nacional, y se trata de un texto que refleja más la experiencia del autor, así como su capacidad de acercamiento y aprehensión de la realidad, que un análisis basado en referencias teóricas.

En su artículo “El hijo prodigo” (*La Jornada*, 1998), Susan Sontag señala que la más exacta de las definiciones del ensayo, así como la menos satisfactoria, es que se trata de un texto corto en prosa que no cuenta una historia. Será, quizá, la menos satisfactoria, pero es, sin embargo, la que determina la diferencia fundamental que hay entre este género y la crónica.

“Hugo en llamas” es, entonces, una crónica en la medida en que su objetivo es contar la historia del “Pentapichichi” y de su paso por la Selección Mexicana.

Aun considerando estas distinciones, quizá resulte imposible clasificarlo en uno u otro género, pues esa intención derivaría sólo de nuestra insistente tendencia a encasillar, a calificar con un nombre específico las cosas. Pero entonces estaríamos ignorando lo que de manera cotidiana nos presenta la realidad: géneros híbridos.

Hoy es muy difícil encontrar en los diarios ejemplos de géneros puros: la crónica se entremezcla con la nota, esta última con el reportaje; otras veces también encontramos elementos de los géneros de opinión, pero la pureza no sólo se ha vuelto inexistente, sino

incluso indeseable. Los géneros se enriquecen entre sí, y podemos entenderlo y aceptarlo de esa manera, o seguir persiguiendo un ideal teórico que el diarismo ya rebasó.

Otros dos elementos habría que añadir antes de finalizar este fragmento de las conclusiones. El primero es qué personas gramaticales elige Villoro para su narración. Casi siempre, se trata de la primera del plural, ese nosotros incluyente que abarca al lector y a él mismo. Algunas veces usa también la tercera del plural y la primera del singular. Es importante mencionar este punto por la eterna discusión que existe en nuestra profesión respecto a en qué persona deben escribirse los textos periodísticos. No hay que olvidar que en la mayoría de los periódicos la exigencia clara es la tercera del plural. Pero tampoco hay que perder de vista que las buenas crónicas no están sujetas a una regla estricta, pues éstas reflejan el estilo particular del autor.

Sin embargo, hay que saber seleccionar. Si no se es un experto en la labor literaria ni se dominan las posibilidades del idioma, no es posible tampoco construir una crónica “saltando” de una persona a otra. Y más porque los medios de circulación diaria no lo permiten. Para quienes ejercemos el periodismo en la cotidianeidad, bastaría con reflexionar cuál es la mejor persona para cada tipo de crónica y si es posible, experimentarla sin caer en el abuso de la primera o la segunda del singular. Si no, tengamos presente que la más entendible y amena para el lector es la tercera del plural.

La última característica que es pertinente rescatar es el sentido del humor en Villoro. Como él señala en la entrevista, “no es lo mismo tener sentido del humor que hacerse el chistoso”. Debemos aclarar que en sus crónicas, esa particularidad proviene más de la ironía que de la gracia. Incluso uno de sus cuentos de fútbol (“El silbido” en *Los culpables*) efectivamente trata de una historia triste que, a pesar de eso, provoca en más de un momento la sonrisa del lector, por la forma irónica de relatarla. Lo mismo sucede de manera constante en sus crónicas, característica fundamental para despertar el interés del lector, sobre todo de ese segundo lector extremo, que el autor describe como el que incluso puede odiar el fútbol.

Inserción en los medios

Como apunta Juan Villoro en la entrevista previa, la mayor desventaja de la crónica es quizá la dificultad para publicarla. Hay mucho que aprovechar y aprender de las crónicas de este

autor, y los medios de circulación actual no cambiarán ese hecho. Pero no por ello debemos ignorar la siguiente pregunta: ¿a qué dificultades nos enfrentamos cuando llegamos a una redacción, por mucha voluntad que tengamos para escribir crónicas?

En primer lugar, a la dictadura del espacio. Al menos en los periódicos, las limitaciones de la publicidad no permiten la publicación frecuente de textos que rebasen un cierto número de caracteres. Esto ha provocado, en consecuencia, que en la práctica, se vaya diluyendo el requisito de circularidad en las crónicas, y la importancia de que éstas tengan un principio, un nudo y un desenlace, estructura en la que un determinado remate sólo tiene sentido al ligarlo con la entrada del texto. Algunos editores han olvidado esa característica por completo y optan por prescindir de los últimos párrafos, como harían en el caso de una nota.

Por otro lado, el concepto de crónica se ha ido diluyendo. Quizá por la misma falta de espacio, hoy se le llama crónica a una nota informativa con un par de detalles “de color”, como sucede con las deportivas, que privilegian e incluso abusan de las estadísticas, por sobre la descripción de ambientes, escenas o personajes. La inercia de la nota diaria provoca, por un lado, que casi no se pidan crónicas en el ejercicio diario del periodismo y, por otro, que se clasifiquen en este género textos que no lo son (y que se acercan más bien a ejercicios descriptivos o relatos impresionistas), o bien, que aquellos que sí lo son, aparezcan incompletos y se merme la estructura que determina a la crónica como tal, pues aunque es un relato circular en el que no se podría prescindir de los últimos párrafos, para algunos editores ésa es la salida más sencilla.

Todo periodista debe recordar además que su punto de partida y destino es el mismo: el lector, al cual muchas veces se pierde de vista. ¿Qué hace que el público general no se interese en las crónicas deportivas que hoy se publican, a menos de que sea un aficionado? Que, en el mejor de los casos, están escritas para un grupo particular, que entiende los términos técnicos de ese deporte; en el peor, llegan a ser un monólogo del reportero o textos que repiten lo que ya se vio en televisión. El problema es quizá que las crónicas ya no son un reto, ya no hay reflexión previa para su elaboración; se “maquilan” con los mismos “moldes” que la nota diaria.

Ése es un valor importantísimo en Villoro: él no ha perdido de vista a sus lectores, tanto que incluso puede distinguirlos, clasificarlos y, así, dirigirse a ellos. Además, escribe sobre lo que en verdad puede tocarlos, sobre la sensación con la que se identifica a los aficionados y que atrae por igual —porque casi con seguridad la han experimentado en otros ámbitos— a quienes no lo son: la pasión.

Valdría la pena revisar nuestros medios, deportivos o no, y reflexionar acerca de cuántos escriben hoy sobre la pasión y no sobre la técnica, cuántos se interesan por reflejar lo que experimenta el aficionado más que por la visión “cientificista” que menciona el escritor y que se basa en apreciaciones del falso entrenador. Quizá entonces se revaloraría a los lectores de esa sección y se atraparía a muchos otros. Por supuesto, no todos escribirán sobre la pasión; pero crónicas, al menos ocasionales, de ese estilo sumarían mucho a las secciones deportivas.

Un ejemplo ideal de lo que le interesa a Villoro, de los paralelismos que encuentra entre la vida y el fútbol, es el texto “Vuvuzelas”, que fue publicado, por supuesto, en una sección deportiva y en el contexto del mundial Sudáfrica 2010, aunque no habla de lo que sucede en la cancha. Es al mismo tiempo la crónica de un objeto —que pretende darnos una imagen de lo que son las vuvuzelas y el peso que pueden tener en la contienda— y de algo intangible: el silencio.

Ese texto es una muestra de la capacidad del autor para combinar el fútbol y la literatura (y la vida misma), así como de obtener una gran narración, circular y amena, a partir de un detalle que incluso, en principio, puede parecer insignificante, pero detrás del cual en realidad subyace el ambiente futbolero y el interés esencial del cronista: escribir sobre la pasión. Y para dibujarla mejor, describe también nuestra peculiar y ruidosa forma de ser. Habla de nosotros, de sus lectores, y se incluye en ese “nosotros”, pero como en todas sus crónicas, va más allá del ruido: es el ejemplo perfecto de que escribir una crónica no es ordenar una serie de palabras para que suenen bien, sino componer con ellas una melodía.

Fuentes consultadas

-Bibliografía

Alcoba López, Antonio, *Periodismo deportivo*, Madrid, Síntesis, 2005, 205 pp.

Arreola Medina, Angélica, *La crónica*, México, Édere, 2001, 135 pp.

Baena Paz, Guillermina, *Metodología de la investigación*, México, Publicaciones Cultural, 181 pp.

Bastenier, Miguel Ángel, *El blanco móvil: curso de periodismo*, Madrid, Santillana, El País, 2001, 260 pp.

Bastenier, Miguel Ángel, *Cómo se escribe un periódico*, Bogotá, FCE, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2009, 352 pp.

Campbell, Federico, *Periodismo escrito*, México, Ariel, 1994, 191 pp.

Fernández del Moral, Javier (coord.), *Periodismo especializado*, Barcelona, Ariel, 2004, 492 pp.

Garza Mercado, Ario, *Manual de técnicas de investigación*, México, El Colegio de México, 2007, 287 pp.

Kapuscinski, Ryszard, *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*, México, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, Fundación Proa, FCE, 2003, 90 pp.

Levinsky, Sergio, *El deporte de informar*, Buenos Aires, Paidós, 2002, 176 p.

Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 2003.

Rivapalacio Raymundo, *Manual para un nuevo periodismo*, México, Plaza Janés, 2005, 205 pp.

Rotker, Susana, *La invención de la crónica*, México, FCE, Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2005, 230 pp.

Santoro, Daniel. *Técnicas de investigación. Métodos desarrollados en diarios y revistas de América Latina*, México, FCE, Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano, 2004, 287 pp.

Villoro, Juan, *Dios es redondo*, México, Planeta, 2006. 221 pp.

Villoro, Juan, *Safari accidental*, México, Joaquín Mortiz, 2005, 258 pp.

Villoro, Juan, *Los once de la tribu: crónicas de rock, futbol, arte y más...*, México, Punto de lectura, 2005, 330 pp.

-Hemerografía

Marín Montín, Joaquín M., "La crónica deportiva: José A. Sánchez Araujo" en *Ámbitos*, No. 5, 2º semestre de 2000, p. 241-257.

Mejía Barquera, Fernando, “¡Piques! ¡Amagues! ¡Frenos!... de la crónica deportiva en México” en *Revista Mexicana de Comunicación*, No. 26, Año 5, Nov-Dic. 1992, p. 7-12.

Sontag, Susan, “El hijo pródigo”, en *La Jornada Semanal*, 5 de abril de 1998.

Trejo Fuentes, Ignacio, “El futbol y las letras”, en *Revista de la Universidad de México*, No. 28, junio de 2006.

Villoro, Juan, “El paisaje antes de la batalla” en *Proceso*, No. 1544, 4 de junio de 2006.

Villoro, Juan, “Pasiones y sinrazones del mundial”, en *Proceso*, No. 1547, 25 de junio de 2006.

Villoro, Juan, “Un mundial de la tercera edad”, en *Proceso*, No. 1550, 16 de julio de 2006.

Villoro, Juan, “Hugo en llamas”, en *Proceso*, No. 1640, 6 de abril de 2008.

Villoro, Juan, “Vuvuzelas” en *Reforma*, Cancha, 13 de junio de 2010.

-Webgrafía

Villoro, Juan, *Página web oficial*, <http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/villoro/>, 30 de marzo de 2012.

Villoro, Juan, *Sólo literatura*, <http://sololiteratura.com/vill/juanvilloro.htm>, 30 de marzo de 2012.